

ANTILIADOS

La decisión de John

Slow Death  5



La decisión de John

Slow Death 5

ANTILIADOS

Antiliados

Titulo original: La decisión de John Slow Death-5

La decisión de John

DL. B 21888-2018

ISBN 978-84-949190-3-9

Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras mediante alquiler o préstamo público.

Para mis lectores, con todo mi cariño. Porque sin vosotros, Antiliados solo sería una loca más en un mundo caótico que no deja de moverse a la velocidad de la luz.

Gracias por permitirme compartir mis locuras con todos.

Anti.

La decisión de John

1. Prudencia

2. Sensatez

3. ¿Por qué a mí?

4. El secreto

5. Perdidos

6. Aceptación

7. Solteros

8. La sinfonía

9. La llamada

10. La llegada

11. Charla con el chef

12. El postre

13. Punto de partida

14. Tres son multitud

15. Traición

16. Protagonista

17. Intenso

18. Apetito

19. Diseño

20. L'amour...

21. La polémica

22. Elección

23. Expuesto

24. Serenidad

25. Datos

26. Evasivas

27. Y el mundo gira

28. Expuestos

29. Remedio

30. El adiós

31. La despedida

Epílogo

Sinopsis

John Wells, bajista del grupo Slow Death, siempre se ha caracterizado por ser una persona serena, que se preocupa por los suyos, hasta incluso se podría decir que en ocasiones demasiado. Sin embargo, todo su mundo se ve agitado cuando Nate el primo de la esposa de su amigo Henry, aparece con la intención de conquistarle y remueve sus sentimientos.

No obstante, John, aloja en su corazón el recuerdo del primer amor. Una mujer que ha cambiado tanto en los últimos años que ni él mismo la reconoce cuando regresa a su vida.

Por si fuese poco, Slow Death, como grupo musical y unidad familiar pende de un hilo. John tendrá que tomar una decisión que determinará el futuro de todos y cada uno de los miembros de la banda.

¿Acaso este será el final de Slow Death?

Descubrirlo conllevará desvelar secretos que él solo conoce.

"El amor no entiende de géneros, ni de números, es incapaz de cuantificarse. Simplemente llega, se siente en lo más hondo del alma, golpea con fuerza, y logra atrapar hasta el corazón más duro".

Antiliados.

1. Prudencia

Buenos aires, Argentina. Final de la gira.

DANA

Alejo el portátil colocándolo a un lado del colchón, y estiro los brazos por culpa del cansancio acumulado. Llevo dieciséis horas despierta, y la cafeína ya no hace efecto alguno en mi organismo para mantenerme en pie.

Me levanto de la cama dirección a la cocina, necesito recargar energías. Parpadeo de manera lenta, y la vista se me nubla mientras observo como la cafetera llena la taza. Si por mi fuera me quedaría dormitando lo que resta del siglo, pero eso es imposible.

Mientras cursaba la carrera de periodismo me imaginaba dando las noticias del medio día en la BBC y que con el tiempo me convertiría en la imagen de la cadena.

Sueños...

Sin saber muy bien cómo, terminé acechando a artistas por las calles, siempre en busca de un nuevo cotilleo. Me propuse ser la mejor, y aunque no esté cubriendo la política internacional o una guerra de guerrillas en el tercer mundo, siempre perseguiré la verdad.

Expulso el aire de mis pulmones, me siento cansada y agotada.

Todo comenzó con Adam Fuller, tanto las revistas especializadas del sector musical como la prensa en general estaban eufóricos por conocer qué había ocurrido con esa misteriosa chica que aseguraba estar embarazada de él. Y mi jefe de aquel entonces también sufría esa curiosidad, por supuesto terminó dándome la orden de que me encargara de destapar todo y sacarlo a luz.

¡¿Cómo iba a negarme?! ¡Era mi trabajo!

Poco, o más nada le importaba a mi superior mi pasado con ellos. Sin embargo, cuál fue mi sorpresa cuando ninguno de ellos se acordaba de quien era. Mi corazón se llenó de rabia y dolor, pensé que lo había superado. ¡Qué equivocada estaba!

Para no relacionarme demasiado con los chicos de la banda busqué fuentes cercanas a ellos, y reconozco que me dejé arrastrar por la ex mujer de Alex, Kimberly. Creí que las cosas que me contaba tenían veracidad, pero cuando me percaté de que me estaba usando, era demasiado tarde.

Expuse ante mi superior que estaba disconforme sobre lanzar al público el pasado de Mey Wood, pero querían ser los primeros en dar la noticia. Al final, y para evitar una demanda, me despidieron. Siempre será más sencillo echar la culpa a un trabajador que a la cadena de televisión y sus directivos.

«Creo que esa fue la primera vez que John contactó conmigo», pienso para mí.

Supuse que el nuevo empleo me alejaría de la banda, y de ese modo distanciarme de él, pero en Top Magazine pretenden que continúe cubriendo las noticias de los Slow Death. Y por mucho que me moleste debo hacerlo. Tuve suerte de conseguir este empleo después de la exclusiva que se dio sobre la pareja de Alex James, Mey. En esta ocasión me aseguraré que las fuentes fueran fiables, y de contrastarlas antes de lanzar ningún tipo de titular, aunque con ello me arriesgara a quedarme sin el puesto de trabajo.

Mi redactor me ha exigido que hurgue en el pasado de Henry Strom. Bueno, para ser sincera primero mencionó a John Wells como primer objetivo, pero le hice entrar en razón y desvié su interés hacia el batería del grupo.

—*Daniel, dudo que se encuentre algo jugoso de él. Es el miembro que menos titulares ha generado de Slow Death desde la creación de la banda*
—*le informé mientras manteníamos una reunión en la sala de juntas.*

Al principio dudó un poco en darme la razón, pero al final aceptó que

investigara a Henry en su lugar.

Sigo sin entender por qué lo hice, teniendo en cuenta el odio que le tengo.

Te engañas a ti misma.

Me niego a darle la razón a mi conciencia. ¡Lo he superado! Fin.

¿Por eso mantienes conversaciones por whatsapp con él?

¡Eso es porque intento sonsacarle declaraciones! Además, el muy tonto, no se acuerda de quien soy. ¿Y qué hago contestándome a mí misma? *Buf*, el sueño está pasándome factura.

Echo dos cucharillas de azúcar al café y lo sostengo entre las manos. ¡Está ardiendo! Dejaré que se enfríe unos diez minutos antes de que me queme la lengua con él.

Camino de nuevo dirección al dormitorio, mientras remuevo con la cuchara para que enfríe antes. Cuando avisé al hotel que quería una cafetera en mi dormitorio se extrañaron bastante, y no es para menos, debido a que en Buenos Aires en esta época del año se derrite hasta el asfalto. Pero tengo un vicio que no puedo dejar: el café.

El tintineo de la cucharilla me genera un estado de somnolencia del que debo huir. Tengo que asegurarme de que la información que tengo es real, y en caso de que sea así alguien debería de alertar a Adabella de ello.

¿Y esa persona serás tú?

Me siento en el borde de la cama y repaso de nuevo el testimonio telefónico que gravé del padre de Henry, por supuesto después de que se llegara a un acuerdo económico al respecto. No obstante, en esta ocasión me he asegurado que no sea posible que se publique nada sin mi consentimiento.

He aprendido del pasado, y ahora sé que por muy bien que te llegue a caer tu superior una exclusiva siempre iré por delante de todo, incluso de la amistad.

Tengo que contrastar esta declaración lo antes posible.

JOHN

Compruebo de nuevo la aplicación del *whatsapp*, hoy no me ha enviado ningún mensaje. Si los chicos se enteran que he estado hablando con Dana durante estos últimos meses posiblemente se enfadarían bastante. Guardo el móvil en el bolsillo del pantalón vaquero mientras camino hacia el restaurante del hotel para desayunar.

Todo comenzó el día que Alex nos pidió ayuda para sacar a hurtadillas de su casa a Mey sin que la prensa se enterase. Ese día Dana, se encontraba entre los corresponsales, Adam llevaba en brazos a su hija, Awen. Mientras que el pequeño Peter huía de los focos de las cámaras escondiendo su cabeza en el cuello del padre.

Comprendo que la prensa tenga interés por nuestra vida, teniendo en cuenta que somos personajes públicos. Sin embargo, me molestó que atosigaran de ese modo a mis amigos, y a los que considero mis sobrinos.

En ese instante no se me ocurrió otra cosa que intentar coquetear de algún modo con ella, y por la reacción que tuvo a lo que le dije funcionó.

«*¿Alguna vez te han dicho que tienes la mirada más preciosa del mundo?*» —se sonrojó al escuchar mis palabras.

Me sentí como una basura al hacer eso, pero la insistencia de Dana no cesó. Pensé que si trataba con ella podría tantear cuales serían sus próximos pasos, y sin darme cuenta cómo, hemos mantenido contacto de vez en cuando por mensajes.

La dinámica habitual es: ella pregunta, yo evado la respuesta, vuelve a insistir y termino desviando la conversación alagando su belleza. A pesar de saber que lo que hago está mal, he llegado a sentir una excitación incomprensible.

Lo prohibido siempre te ha atraído.

Creo que en parte es cierto, se ha vuelto una adicción, y debo acabar con

ella de raíz.

Sacudo la cabeza volviendo al presente, debo dejar de pensar en ella. Observo a mí alrededor y veo que los peques de la familia están con sus padres. Awen intenta comer por sí misma como una niña mayor bajo la atenta mirada de Alice y Adam, sujeta la cuchara con fuerza entre sus deditos y se la lleva a la boca. Peter, pone los ojos en blanco al ver que a la pequeña se le caen unos pocos cereales y que se ha manchado el vestido rosa que tanto le gusta. Antes incluso de que Mey y Alex se den cuenta de lo que sucede, él le pasa una servilleta y le comenta que tiene que ser más cuidadosa.

—Buenos días, ¿dónde se han metido el resto? —interrumpo sentándome en una de las sillas libres.

—Max estará lo más seguro jugando al escondite con Em —Mey mira de reojo a los niños quizá intentando no soltar ninguna barbaridad—, Henry se ha llevado a Bella a un encuentro romántico, y los Fuller, supongo que estarán descansando en su *suite* —enumera de manera graciosa.

Asiento en silencio, y me quedo con ellos un rato más. Me gusta pasar el rato con los chicos, hemos vivido tantas cosas a lo largo de estos años, que ahora, viendo lo felices que son con sus parejas, me percató de que todo ha sucedido como debía ser.

Sonrío de manera inconsciente, Mamá Fuller tenía razón, siempre la ha tenido.

Al cabo de la media hora, me levanto de la mesa y les digo que voy a subir de nuevo a la *suite* para recoger las gafas de sol que me dejé allí. Adam mira de reojo a su mujer y le comenta que va a aprovechar para pillar la bolsa de Awen, que la espere que no tardara en regresar.

Nos subimos juntos en el ascensor, y noto que mi amigo frunce el ceño.

—¿Qué te ocurre ahora? —le suelto de golpe.

—Me preocupa mi madre, no estoy de acuerdo con lo que ha hecho. El

ritmo de la gira es demasiado, tengo miedo a que... —realiza una pausa, y traga saliva, incómodo.

—Adam, llegamos al acuerdo con la discográfica para realizar la gira en tres meses doblando el tiempo en que pretendían que la hiciésemos. Y todo fue gracias a ti, porque no querías separarte de tu pequeña musa —comento haciendo referencia a su hija, Awen—. Es lógico que tu madre quiera pasar tiempo con ella también, y con el resto. ¿Te acuerdas de cuando nos seguía en los primeros conciertos que dábamos por los institutos?

Él se ríe al recordar esos años. Las puertas del ascensor se abren y salimos al pasillo.

—Siempre ha sido nuestra mayor fan, la primera *Deathlady* —asegura con orgullo.

Voy a responderle cuando me percato de que el rostro de Adam cambia de expresión. Desvío la mirada hacia donde él mira. Dana está delante de la puerta que corresponde a la habitación de Henry.

—¡¿Qué cojones haces aquí?! —le increpa Adam dando varias zancadas hacia ella.

—He venido a hablar con Strom, tengo que verle —contesta Dana.

—Lárgate ahora mismo si no quieres que llame a seguridad —le amenaza mi amigo.

—No me iré hasta que hable con él —dice manteniéndole la mirada—, su padre me lo ha contado todo.

¡Qué!

Sujeto del antebrazo a Adam cuando este da un paso en su dirección.

—Ve a avisar a Max, y que vaya a buscar a Henry sin falta. Yo me ocupo de ella—le murmuro con rapidez.

—¡¿Cómo qué te vas a ocupar de mí?! —alza la voz indignada.

Sin pensármelo dos veces abro la puerta de mi habitación y la sujeto de la

mano tirando de ella, para que el resto del hotel no se entere de que está aquí.

—¡Suéltame! —grita dándome un manotazo.

—Tranquila. ¿Quieres que charlemos de algo mientras le esperas?

Pretendo que se relaje, puede que de ese modo me cuente qué es lo que el padre de Henry le ha dicho. Quizás si aprovecho las conversaciones que tuvimos para...

—Solo quiero ver a Strom —repite, sin dejar de dar vueltas por la habitación.

—Vas a desgastar el suelo —le comento, y su reacción es quedarse inmóvil al instante. Gira la cabeza y sonrío con timidez—. Tienes una sonrisa muy bonita, deberías sonreír más a menudo.

—Odio mi sonrisa —murmura mientras se le sonrojan las mejillas.

Y de golpe, todo cobra sentido.

«*Odio mi sonrisa*» —recuerdo esa misma frase, pero no es posible. ¿O sí?

—¿Dany? ¿Eres tú? —doy un paso al frente, y observo como su respiración se acelera.

¡Joder, es ella!

2. Sensatez

DANA

La boca se me seca, y el corazón me va a mil por hora cuando John menciona el apelativo por el que me llamaba años atrás. Se ha acordado, pero eso no quiere decir nada. Que ahora recuerde quien soy no cambia el motivo por el que estoy aquí.

—Dany... —John menciona de nuevo mi nombre como si de un suspiro se tratara. Siento como si una mano imaginaria apretase mi corazón intentando hacerlo trizas.

—No me llames así, soy Dana. La Dany que recuerdas ya no existe —le aseguro intentando mantener la calma.

—Pero... ¿Por qué no me dijiste que eras tú? —inquieta dando otro paso al frente.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa? —me alejo de él, conozco sus artimañas, durante los últimos meses las ha estado usando para intentar frenar mi trabajo de investigación.

—Desapareciste —protesta como si la culpa de ese resultado hubiera sido mía en algún momento.

—¿De verdad vamos a discutir sobre lo que ocurrió hace doce años?

John me lanza una mirada que expresa contrariedad, quizás pensaba que esa adolescente de quince años, tímida, dudosa y temerosa de hablar en público que conoció en el pasado seguía presente en mi interior. Se equivoca, ya no soy esa niña asustadiza que se deja deslumbrar por unas dulces palabras al oído como antaño lo hice.

Él niega con la cabeza y vuelve a fijar su mirada en la mía, intenta acercarse de nuevo hasta donde estoy cuando de repente escucho que llaman

a la puerta. Acto seguido entra en la habitación, el batería del grupo, Henry Strom.

—¿Qué es lo que te ha dicho mi padre? —me pregunta exigiendo una respuesta, y sin apenas mirar a John paso por su lado centrando la vista en Henry. Este es mi trabajo, averiguar la verdad y desenmascarar a quien quiera engañar a la sociedad.

—Todo, me ha contado todo —le acuso, usando un tono de voz duro y contundente.

Henry estalla en cólera, alza la voz cabreado y en un momento dado tengo miedo a quedarme a solas con él en la *suite*. Tragándome el orgullo miro a John a los ojos y le imploro con la mirada que no se marche. Justo después me sorprendo cuando le escucho defenderme delante de su amigo.

—Henry, déjala, la estás asustando. —John le sujeta del brazo para que no siga avanzando hacia mí. Realiza un movimiento brusco y se aparta dando un paso atrás—. No le he contado la verdad, porque creí que sería mejor que se lo dijeras tú, estoy convencido de que cuando...

—¡Haz lo que te de la puta gana! —grita, y después, me mira con desprecio para añadir —. No mereces ni la saliva que malgasto hablando contigo.

Sus palabras no me afectan, a lo largo de los años me han llamado de todo. Sé que siempre seré la mala de la película, que nadie se planteará los dilemas morales que se me pasan por la mente cada vez que tengo que desvelar algún sórdido secreto. Y a pesar de eso, aquellos que se quejan de la prensa y sus tácticas son los primeros en leer tanto las revistas del corazón como los programas sensacionalistas. Por no hablar de los artistas que nos llaman cuando precisan de publicidad. Esta es la doble moral que rige al ser humano.

Strom sale furioso de la habitación y reacciono por instinto al seguirle al pasillo. Le persigo seguida de John que grita su nombre, para que no se marche. Necesito respuestas, y que me diga si es cierto que él es el causante

del trágico final que tuvo Annie.

Adabella, la hija del magnate discográfico que lleva la carrera de Slow Death y que hace escasos meses se casó con Henry en Las Vegas, entreabre la puerta de su habitación y observa lo que sucede con perplejidad. En cuanto la veo la ira me invade. ¿Cómo es posible que ninguno de los integrantes de la banda la haya advertido sobre él?

—No te fíes de Strom, es peligroso. Es... —le comento con rapidez a la pelirroja.

—¡Dana! —exclama John, que sin perder tiempo me sujeta del brazo—. No tienes derecho a hablar así de Henry, no lo conoces, no tienes ni idea de lo que hablas.

—Sé lo suficiente como para... —mascullo entre dientes.

—Eres una maldita cabezota —farfulla él, dejándome perpleja al levantarme del suelo sin dificultad y dando zancadas hasta el dormitorio de nuevo—. Esa noticia no va a salir a la luz.

—¡Eso no es decisión tuya! —le grito, mientras intento deshacerme de su agarre.

—Lo decidirás una vez conozcas la verdad —me contesta él, que cierra la puerta como puede mientras le golpeo con los puños cerrados en la espalda, y le increpo para que me suelte—. Lo haré si me prometes que me escucharas —me indica, usando esa voz dulce y melosa que tanto le gusta utilizar con sus conquistas.

—¡Haré lo que me dé la gana! ¡Suéltame!

Me desliza por su cuerpo hasta posar los pies en el suelo. Alzo la vista, debido a que John siempre ha sido más alto que yo, y nuestras miradas se unen. Por un instante el recuerdo de una vida pasada se apodera de mí:

«Estás preciosa cuando sonrías de esta manera».

—¿Qué te ha sucedido Dany? Tú no eras así... —susurra John.

—Nunca tuviste la oportunidad de conocerme, John. —Mantengo la serenidad al responderle, sin embargo, puede que esté utilizando todo esto para mantener a su amigo fuera de los focos—. Ahora dime, ¿qué esconde Strom?

JOHN

«Dany..., la dulce y risueña Dany».

No puedo creer que sea ella, y mucho menos que no la haya reconocido durante todo este tiempo. La he mantenido en mi recuerdo durante estos años; joven, tímida, y tentadora. Sigue manteniendo esa aura de prohibición que la caracterizaba cuando era una adolescente, solo que en esta ocasión son otros los motivos por los que no me debo acercarle a ella más de lo que lo he hecho.

Los chicos no dejan de enviar mensajes al grupo de *wasap* preguntando por el paradero de Henry, y me temo que ha vuelto a huir de sí mismo.

Los ensayos previos al concierto han dado comienzo, camino por el *backstage* escuchando uno de los temas de los teloneros, y cuando llego al extremo del escenario me percato del nerviosismo que tienen mis amigos.

—¿Sabes algo de él? —inquire Alex.

—No, pero aparecerá, ya lo veras —intento tranquilizar los ánimos.

Nuestro batería y amigo Henry aparece con media hora de retraso. Llega todo magullado y con la nariz rota, desvío la mirada a sus manos para asegurarme de que no es necesario suspender el concierto. Ha llegado borracho, y mantiene una discusión con su mujer, Bella.

Al poco rato ella, lanza un bombazo, y por culpa de Ray Larson el vocalista del grupo Dark & Black Roses contratado para la gira, los chicos y yo tenemos que sujetar a Henry para que no cometa un asesinato.

Han pasado un par de horas desde que Bella anunció su embarazo, me

enteré que mantuvieron una conversación en el camerino, pero no ha debido ir muy bien porque el espectáculo que está ofreciendo Henry es penoso. Se le va el ritmo, no consigue entrar a tiempo cuando debe, y las miradas que le echa Alex no ayudan...

A pesar de eso el público de Buenos Aires se vuelca con cada tema que tocamos.

Al finalizar la actuación, una vez las luces se apagan y dan por concluido el concierto, nos dirigimos al *backstage*. A todos nos sorprende la presencia de nuestro mánager, Jeremy, y Adam es el primero en pronunciarse al respecto.

—¿Qué cojones hace él aquí? —maldice Adam.

—Tranquilo, *bro*, deja que me encargue yo —le aconseja Alex.

Todos estamos deseando que se le acabe el contrato y que nos deje de una vez en paz. Adam no puede verle delante, y Alex suele ser quien intervine para que no corra la sangre al río. Un asistente se acerca hasta nosotros y nos trae agua para refrescarnos, mientras observamos como nuestro vocalista habla con él. Escucho la voz de April que me llama y me giro en su dirección. Es una de las pocas chicas junto con Em que trabajan en el equipo de sonido, del cual Mike es jefe. A su novio no le agrada la idea de estar rodeada de tanto hombre, pero ella siempre ha defendido su trabajo.

—¡Hey!, tienes una visita en el camerino —me indica con rapidez.

—¿Sabes quién es?

—Ni idea, solo sé que dijo que era importante. —¿Será Dany? Puede que quiera hablar sobre lo de ayer...—. Hey, ¿estás bien?

—No es nada. Gracias por avisarme, April —le agradezco dándole un fugaz beso en la mejilla antes de alejarme—. Chicos, luego me ponéis al día con... nuestro mánager.

Avanzo por el pasillo, con la incertidumbre de si es o no ella la que está esperándome. Ayer, después de darle las explicaciones pertinentes sobre lo

que sucedió con Annie, y desmentir las acusaciones del padre de Henry. Lo único que farfallo entre dientes fue que debía realizar una llamada urgente y se marchó, o más bien huyó.

Esa misma noche, al no dejar de pensar en ella, le envié varios mensajes por el *whatsapp*, pero no respondió a ninguno.

Estoy convencido de que no dará la exclusiva, al menos Dany no lo haría sabiendo la verdad. No obstante, como ella me aseguró ayer, no es Dany, es Dana Tuner una periodista implacable.

Me es imposible dejar de darle vueltas a la cabeza con lo que pudo formarse entre ambos si no hubiese sucedido aquello.

—¿Me vas a besar? —preguntó cohibida bajando la mirada.

—Es lo que se espera, pero si no quieres siempre podemos engañar a todos y decirles que...

—¡Sí que quiero! —exclamó ruborizándose al instante.

Nuestros labios se juntaron por primera vez hace años, a raíz de un juego inocente que propuso Henry en una fiesta de adolescentes. Era la excusa perfecta para celebrar nuestro primer contrato discográfico, acabábamos de realizarnos un tatuaje esa misma tarde en el local de un amigo que él conocía.

Sabía que era más joven que yo, pero no le di importancia. Días más tarde me percaté de su presencia en el instituto, al que por casualidades de la vida acudíamos ambos. Y volví a hablar con ella...

Abro la puerta del *set* y la veo pasando las yemas de los dedos por las cuerdas de un bajo que esta posado en su soporte.

—Hola —la saludo cerrando a mi espalda la puerta—, no estaba seguro de que fueses tú.

—He venido para decirte que me marcho a Londres, mi jefe pretende lanzar la exclusiva sin mi consentimiento.

Doy varios pasos avanzando hacia ella, y cuando la tengo frente a mi

acaricio su mejilla. Ella cierra los ojos.

—¿Por qué desapareciste Dany? —le pregunto directamente.

Cuando abre de nuevo los ojos, frunce el ceño y da un paso atrás.

—¿En serio me preguntas eso?! Acaso te creías que no lo descubriría, que no me daría cuenta de tu farsa —me recrimina.

—No sé a qué te refieres...

—¡Te vi! —exclama alzando la voz furiosa—. A mí no me engañas.

—¿De qué hablas? —Realizo un gesto con la mano como si fuera a acariciarla de nuevo y ella se aleja más.

—Sé que eres gay, que has estado engañando a todo el mundo durante todos estos años —. Dana no usa un tono de desprecio, utiliza uno de dolor para referirse a lo que cree es mi condición sexual.

—No soy gay —le informo con tranquilidad, aunque me ha dejado con la intriga de cómo ha llegado a esa conclusión.

—¡Claro, y yo soy la reina de Inglaterra!

Demuéstraselo.

Haciendo caso a lo que mi conciencia me aconseja me acerco a ella y rodeo su cintura. Sin pensarlo demasiado la beso, no de la manera delicada y prudente que ambos recordamos, en esta ocasión la beso con ardor y pasión.

Sus manos han dejado de ejercer fuerza para apartarse, y ahora rodean mi cuello mientras profundizo el beso usando la lengua. Pego la pelvis a la suya y dejo patente la excitación que me ha causado.

Cuando nos separamos nuestras respiraciones hablan por sí solas. No obstante, quiero dejárselo bien claro.

—Me gustan las mujeres Dana. Me gustabas tú...

Aprieta la mandíbula con fuerza y retiene las lágrimas en los ojos. Sin decir una sola palabra de por medio me da una bofetada y se marcha dando un portazo.

Me acaricio pensativo la mejilla.

La has engañado.

No, tan solo no he entrado en detalles. Aún no sé hasta qué punto puedo confiar de nuevo en ella. Aunque cabe la posibilidad de que no vuelva a verla. Cuando termine la gira intentaré retomar de nuevo las conversaciones por el *whatsapp*, necesito saber si seré el nuevo objetivo de Dana Tuner.

3. ¿Por qué a mí?

Dos semanas más tarde. Londres, Reino Unido.

DANA

Doy un golpe seco con la palma de la mano encima del escritorio. «¡Hasta aquí hemos llegado!», pienso para mí misma. No dejo de releer una y otra vez el artículo que ha publicado en la web del programa una de mis compañeras, Kassy, y no doy crédito.

Camino con las fotocopias entre las manos sujetándolas con fuerza, con la mirada fija en la puerta que está al fondo de la redacción.

«¡Esto no se va a quedar así!»

¡A la yugular, a la yugular!

—¿Se puede saber qué es esto?! —Entro sin llamar, alzando la voz y dejando a Daniel, el redactor jefe, sorprendido. Le muestro las hojas y se las pongo justo enfrente del teclado del ordenador. Él carraspea y desliza la silla un poco hacia atrás antes de dirigirme la mirada.

Daniel fue quien me dio una oportunidad en su plantilla después de salir el escándalo de Mey Wood, sobre la pérdida de su hijo durante el parto prematuro que experimentó siendo joven. No pretendía que esa información saliese a la luz, me negué, pero un día cuando me desperté ya estaba en todos los medios.

Recuerdo que al llegar al puesto de trabajo que ocupaba con anterioridad, me lo dejaron bien claro: «debes dar la cara, nosotros responderemos en caso de que suceda algo».

¡Ja! En cuanto recibieron el comunicado de la pareja del vocalista, Alex James, se les metió el rabo entre las piernas y me culpabilizaron de todo. Por eso solo accedí a empezar aquí con la condición de tener plena libertad a la

hora de publicar algo. Y les encantó que diese la exclusiva del supuesto noviazgo de Max Foster con la hija del jefe de sonido, Emilie.

Fue tal alegría que Daniel ese día intentó besarme...

No me amilané cuando le solté un bofetón, pero desde ese momento se ha vuelto más frío y distante, y me atosiga para que continúe investigando sobre el pasado de los Slow Death.

—¿Ahora qué ocurre Dana? —Su voz denota fastidio, y eso me irrita.

—Kassy es lo que ocurre, ¡¿cómo has podido?! ¡Esa era mi noticia y se la has dado a ella!

—Tranquilízate —comenta usando un tono suave y conciliador que solo consigue que me altere más—, es la edición digital, y no tienes tiempo para centrarte en otras parejas del panorama actual. Tu prioridad es Slow Death, se te contrató con esa idea. Y teniendo en cuenta que rehúsas la posibilidad de seguir por la línea de investigación que se te ordenó...

—No voy a realizar un reportaje que sé que es falso por mucho testimonio que haya dado el padre de Strom —asevero entrecerrando los ojos.

—Muy bien —desvía la mirada, y vuelve a arrastrar la silla en la posición inicial—, aun así, me debes una exclusiva de esa banda.

—Es un grupo hermético, desde que se han emparejado no realizan escándalos. Deberías de permitirme investigar la trama de corrupción que se rumorea de los premios de...

—No vamos a inmiscuirnos en esos temas —me interrumpe molesto fijando la vista en mí—, tienes ordenes concisas. Ahora vete a realizar tu trabajo —señala la salida dando la conversación por terminada.

Me doy la media vuelta y reprimiéndome las ganas de dar un portazo salgo dirección a mi puesto. Sin embargo, observo por el rabillo del ojo como se aproxima hacia mí Kassy, con ese aire de prepotencia que le caracteriza.

—Deberías de tener cuidado —realiza un gesto con el dedo de la mano tocándose el entrecejo—, te van a salir arrugas y no son fáciles de ocultar

delante de una cámara.

¡¿Pero qué dice esa loca?!

Después de un día caótico en la redacción, me tumbo en el sofá intentando olvidarme del trabajo, y reviso los mensajes que mi pequeño sobrino Ben me ha dejado en el buzón de voz:

«Tita, te echo *muxo* de menos. ¿Cuándo vas a *vení* a verme?», me dice con voz lastimera. Es imposible no sonreír al escuchar esa vocecita. Mi hermano, pese a su alocada vida, me ha dado lo mejor de mi vida. El día que sostuve entre mis brazos a Ben lo supe, se había apoderado de un trocito de mi corazón. Y a medida que va creciendo ese sentimiento va en aumento, ahora que tiene tres años es un amor.

Aprovecho para revisar el *whatsapp*, siempre me digo: «Dana, no lo mires. Te hará daño». Pero es inevitable, no logro olvidar a John.

John: ¿Por qué no me dijiste quién eras?

Ese es su último mensaje, deslizo el dedo por la pantalla y reviso mensajes más antiguos.

John: ¿Estás cubriendo la gira latinoamericana?

Dana: ¿Por qué tanto interés? ¿Ocultas algo, Wells?

John: Tan solo quería saber si volvería a verte pronto.

Dana: Y me imagino que es para evitarme.

John: Si tú lo dices...

Las conversaciones eran casi diarias, me creaban una ansiedad constante. No dejaba de revisar el teléfono cada poco tiempo, y cada vez que me llegaba una notificación el corazón me bombeaba con fuerza. Me limitaba a ser lo más correcta posible, pero en mi interior me moría por responderle de otra manera. Creo que de cierta manera ambos tonteábamos.

De repente, el teléfono vibra entre mis manos. Agrando los ojos al darme

cuenta de que está conectado, y se ha debido de dar cuenta que estoy mirando el *whatsapp*.

John: Sé que estás despierta, te veo en línea.

John: Dany, ¿me vas a contestar?

¡Mierda, mierda, mierda!

Le doy la vuelta al móvil con rapidez. ¡Como si al dejar de mirar la pantalla todo se fuera a solucionar! Me llevo las manos a la cara y me tapo los ojos, lamentándome por ser tan descuidada, y de repente me doy cuenta de que..., ¡lo he dejado en visto!

¿Y ahora qué hago?

¿En serio lo preguntas?

No sé qué espera que le diga.

¡Dile que es un cabronazo!

No puedo hacer eso, ya no soy una niña de quince años...

¡Suelta todo lo que llevas dentro!

Intento tranquilizarme realizando varias inhalaciones antes de volver a sujetar el móvil y mirar qué me ha puesto.

John: ¿Dany?

John: Por favor, contéstame.

Dana: No me llames Dany. Dime, ¿qué quieres?

John: ¿Por qué me diste una bofetada el otro día?

Dana: Bien lo sabes, me mentiste a la cara. Acaso me vas a poner alguna denuncia por golpearte.

Está bien, creo que tengo que respirar más. Porque no estoy lo que se dice tranquila, John me altera como nadie en este mundo.

John: No te engañé, nunca lo haría.

Uy, las ganas que me están entrando de tirar el teléfono contra la pared.

Me dispongo a escribirle una contestación, la borro. Vuelvo a intentarlo de nuevo, no me convence. Me quedo con los pulgares levantados, sin saber muy bien como expresar todo lo que llevo guardado en mi interior estos doce años, cuando de repente la pantalla se ilumina y comienza a sonarme el móvil.

¡Me está llamando!

—No quiero hablar contigo —le digo aceptando la llamada.

—Me lo imagino, pero quiero saber por qué —su tono de voz es suave, transmite la serenidad que siempre le ha caracterizado. ¡Me encantaría que eso cambiase!

—Hace doce años me rompiste el corazón, lo superé —le confieso—. Pero no voy a permitir que me sueltes una mentira como la del otro día y te creas que me has engañado.

—¿Por qué piensas que te he engañado, Dany? —me pregunta cauteloso.

—No es una suposición, sé que es así —le aseguro—. ¡Te vi John, te vi besándote con un chico! —alzo la voz cansada de tantos engaños.

Espero con paciencia a que me diga algo, no sé, algún tipo de excusa como que no es lo que piensas, o no que no fue él quien empezó ese beso.

—Creo que será mejor quedar en persona para que te explique lo que pasó —comenta al rato.

—No quier...

—Dany —me interrumpe—, no es sencillo de explicar y te mereces que te diga las cosas en persona y no a través del teléfono.

—De acuerdo... —termino aceptando.

Acordamos vernos en un par de días, y aunque no logramos concretar el lugar ideal para el encuentro y decido acabar con la charla diciéndole que ya lo hablaremos por *whatsapp*.

Cuando me acuesto horas más tarde, recibo un mensaje de él:

John: Buenas noches, Dany.

Paris, Francia.

NATE

Llevaré horas con la contabilidad del mes, y creo que por hoy he finalizado, ya no consigo diferenciar un nueve de un seis.

Apago el ordenador, como esto siga así tendré que despedir a la única dependienta que tengo. ¿En qué momento creí que viniendo a Paris me irían bien las cosas?!

Debí seguir con la página web, iba bien. ¡Pero no, me dejé guiar por el sueño de cualquier diseñador de moda y me vine a Francia!

Gasté todos mis ahorros en alquilar una boutique, y cuando vi que los beneficios eran escasos y me planteé regresar a Blessington, Irlanda, Vincent se cruzó en mi camino. Él me persuadió para que siguiese luchando por mi sueño, y aunque he de reconocer que nada más verlo me fijé en su estupendo trasero, fueron esos detalles los que me terminaron de convencer.

Lo conozco de hace cuatro meses, y sí sé que es precipitado, pero ya estamos viviendo juntos.

¡Joder, tengo unas ganas de llegar al apartamento!

Vicioso.

Hago oídos sordos ante el comentario de mi conciencia, me merezco disfrutar un rato con mi pareja. Y pienso hacerlo.

Cierro la tienda una hora antes, total nadie viene, y me desplazo hasta la esquina de la calle para ver si quedan taxis disponibles. Me saldrá carísima la carrera, pero quiero sorprender a Vincent.

He tardado en llegar unos quince minutos, y cuando le paso la tarjeta de crédito al conductor para que me cobre creo que un pedacito de mi corazón se rompe en dos. Subo en el ascensor hasta la cuarta planta, y deslizo la llave

con sumo cuidado para que no se percate de mi presencia.

Lo más seguro es que este enfrascado con el portátil con la bolsa de China, o a saber de qué lugar. Su trabajo consiste en comprar y vender, y siempre intentar llevarse algún beneficio de dicha transacción. Según me cuenta, es bastante estresante.

Pero yo de eso no sé mucho.

Frunzo el ceño cuando no le veo en el salón, y cierro la puerta con delicadeza. «Puede que sé este dando un baño...» Sonrío ante tal posibilidad.

Avanzo por el pasillo y me quedo sin aire cuando escucho los sonidos que provienen del dormitorio.

¡No puede ser!

Abro de golpe la puerta y lo que veo me deja de piedra: Vincent, se está follando a un tío en nuestra cama.

—¡Hijo de puta! —le grito.

—¡Joder! —exclama él, saliendo del trasero de su acompañante con rapidez.

—Eso mismo es lo que estás haciendo, joder con otro —le recrimino—. ¡Dios, como he podido estar tan ciego!

Me doy la vuelta y me dirijo al salón sin saber muy bien qué hacer, la cabeza me da vueltas y las ganas de tirarle a la cara algún objeto contundente cobra fuerza.

—Nate, espera —le escucho decir a mi espalda—. No es lo que parece, creí que tú mejor que nadie lo entendería — me giro, y la cara de asombro que debo tener debe de ser tremenda.

—¿Qué?

—A ver, tenía pensado decírtelo —levanto una ceja sin creerme lo que me está diciendo—, de verdad que sí. Eres una persona muy liberal, me dijiste que eras bisexual, y bueno... ¡No es para tanto!

—Wow, eres la *zorróna* menos convincente que he conocido en mi vida —le acuso señalándole con el dedo—. Punto número uno, ser liberal no te da derecho a ponerme los cuernos. Punto número dos, que sea bisexual no significa que me vaya acostando con todo ser viviente, y mucho menos teniendo una relación.

Niego con la cabeza. «¿Qué demonios hago yo aquí?»

—Venga mi amor —comenta bajando el tono de voz—, podemos hablarlo tranquilamente... Quizá lleguemos a un entendimiento.

Mi reacción no tarda en llegar, le doy un puñetazo en la cara.

—Ahí tienes mi respuesta —le indico antes de salir del apartamento.

No suelto ni una lágrima durante el trayecto hasta la calle, y en cuanto respiro en profundidad saco el móvil y llamo a la única persona que sé que me va a poder consolar.

—Mamá —le digo después de esperar cinco tonos de llamada a que respondiese—, Vincent me ha...

—¿Ya lo has pillado? —me corta en mitad de la frase.

—¿Lo sabías?

—No, pero reconozco la voz de decepción que tienes, aunque no pueda verte el rostro. No quiero que te vengas abajo, ese hombre no te merecía.

—No sé qué hacer mamá —me lamento, no solo por lo que acaba de suceder si no por todo lo que me rodea desde que me vine a vivir aquí.

—Vente a casa, Nate. Tú prima Adabella está aquí y creo que os vendrá bien volver a veros.

Levanto la cabeza y dirijo la mirada a la ventana del cuarto piso, Vincent nunca ha estado enamorado de mí, puede que yo tampoco de él porque la idea de dejarle no me supone ningún dolor. Es más, creo que me siento mejor.

—Mamá, como siempre tienes toda la razón —le indico más animado—. Tardaré unas semanas en organizar todo, pero vete preparándome el

dormitorio, porque cuando menos te lo esperes te estaré pidiendo que me hagas uno de esos postres tan sabrosos que sabes cocinar.

—Seguro que estas en los huesos... —afirma—. ¿Quieres que le diga a tu prima que vas a venir?

—No, prefiero darle una sorpresa. —Levanto el brazo para parar un taxi, y este frena para que me suba—. Mamá, hablamos en otro momento que ahora debo buscar un hotel para pasar la noche.

—Cuídate hijo, ese hombre no te merecía. Sé que algún día encontraras a alguien que sí lo haga.

—Te quiero, mamá —me despido escuchando un beso que me lanza a través del teléfono que casi me deja sordo.

Le indico al conductor que me lleve al hotel más próximo, y rectifico al instante, mejor que sea un hostel algo sencillo y económico. No estoy para derroches.

Ojalá este acertado.

4. El secreto

Dos semanas más tarde.

JOHN

Observo a través de la ventana de la casa de Alex a los *paparazzis* que esperan con impaciencia algún tipo de movimiento por parte de Henry. Estamos todos preocupados por nuestro amigo, su mujer lo ha dejado y sus demonios han vuelto a aparecer con la noticia que soltó Bella antes de irse.

Nos hemos reunido para comer, y ahora que los peques están en el jardín divirtiéndose con Alice y Mey, mis amigos han sacado el tema de nuestro batería.

Tengo la esperanza de que todo se arreglará a su debido tiempo, pero tanto Max como Alex tienen la loca idea de que debemos intervenir. Sé que en el pasado me he inmiscuido para que espabilasen y reaccionaran los demás, pero en este caso es distinto, Henry debe superar su temor por sí mismo.

—Chicos, hay que darle tiempo —les indico dándome la vuelta.

—¿Cuánto tiempo necesita? Hace un mes que terminamos la gira, y no da signos de vida. Ni siquiera se ha pasado a ver a los niños —comenta molesto Alex.

—John tiene razón —le señala Adam.

—No debe ser sencillo para él, y lo sabes —puntualizo haciendo referencia a Annie sin la necesidad de mencionarla.

—Toda la culpa es de esa periodista entrometida —. Interviene Max, y mi estómago se contrae al referirse a Dana.

—Eso no es justo —salto de golpe defendiéndola dando un paso al frente—, no ha difundido ningún reportaje sobre él, ni sobre su...

—¿Te olvidas de lo mal que lo pasó Mey por su culpa? —estalla Alex—

¿Acaso no persiguió a Max hasta que logró confirmar que estaba con Em? Es una víbora, a la que le importa una mierda el daño que puede llegar a causar.

«¡Ella no es así!» Quiero gritarles.

Ya no la conoces...

No pudo haber cambiado tanto... Frunzo el ceño, me niego a creer que todo eso fuese idea de ella, que sea la única culpable. No todo es blanco o negro.

—No sabemos el motivo por el que...

—¡Me importa una mierda! —alza la voz, cabreado.

De repente, Mey entra al salón con una expresión en el rostro que consigue que todos nos quedemos mudos, incluso su pareja.

—¿Se puede saber qué ocurre para que estéis dando estos gritos? —Alex abre la boca para responderle, pero ella realiza un gesto con la mano indicándole que aún no ha terminado de hablar—. Tanto Peter como Awen se han llevado un susto tremendo al escucharte.

—Lo siento, me he alterado —se disculpa acercándose para darle un beso y que la calma regrese.

—¿Mi princesa está bien? —cuestiona Adam asomándose para ver a su hija.

—Sí, lo está. Puedes bajar la guardia —Mey pone los ojos en blanco y al pasar por su lado le da una palmada en la espalda antes de regresar al jardín.

—Será mejor cambiar de tema... —plantea Max y estoy de acuerdo con él— Ya sabéis que le había pedido a Em venirse a vivir a mi casa...

—¡Sí, y Mike te va a matar! —se ríe Adam, pero a él no le hace ni pizca de gracia.

—Me ha dicho que debe pensárselo, puede que me haya precipitado.

—Hacéis una buena pareja, no te preocupes por eso —le aconsejo, y él asiente.

No puedo evitar pensar en Dana, llevamos intentando quedar varios días sin conseguirlo. Y de alguna manera me siento mal por ocultárselo a los chicos, pero tras escuchar cómo se han puesto creo que es lo mejor.

Me alejo del grupo y me dirijo a la cocina, saco el móvil y reviso si me ha enviado algún mensaje.

Dana: Buenas noches, John.

Leo el último que me envió anoche. Desde que la llamé por teléfono hace dos semanas hablamos todos los días, bueno para ser más preciso hablo yo. Ella se limita a contestarme con monosílabos, mientras le digo cosas sin importancia como que voy al gimnasio, o que voy a ensayar...

Decido preguntarle, y escribo con rapidez antes de que alguno de mis amigos cotillas me pille.

John: ¿Qué haces?

No tarda en aparecer en línea, y comienza a escribir.

Dana: Trabajar.

Para ser periodista es muy pobre en explicaciones...

John: ¿En la redacción?

Dana: No, estoy en la calle, mi jefe me ha castigado :/

Es la primera vez desde que hemos retomado el contacto que me contesta más como la antigua Dany que como la actual Dana.

Sonrío, y continúo preguntándole cosas, hasta que me confiesa que es una de las corresponsales que están en la calle esperando por alguna declaración de Henry.

Se me acaba de ocurrir la manera de verla.

John: En media hora acércate hasta la entrada de mi garaje, te estaré esperando.

Dana: ¡Estás loco! ¡Nos van a ver! Hay cerca de treinta compañeros aquí.

John: Media hora.

Guardo el teléfono en el bolsillo del pantalón, y me voy al salón con una sonrisa en el rostro.

—Chicos, yo me marcho —me despido levantando la mano al pasar por delante de ellos—, dejad de conspirar.

Sin embargo, antes de salir me acerco hasta la puerta que da al jardín y les digo a las chicas que me voy.

—¡Tío John! —grita el pequeño Peter. Me acucillo para quedar a su altura y se acerca a mi oído para susurrarme de manera confidente—: Awen no sabe jugar a la pelota.

—Es normal, a su edad tú tampoco sabías. Estoy seguro que contigo aprenderá muy pronto —le digo en tono bajo de la misma manera que él a mí.

Le doy un beso en la mejilla, y al rato se acerca la hija de Adam para darme un abrazo.

—Nos vemos —alza la voz Alice, y yo asiento.

Cuando salgo a la calle, reviso el tiempo que queda, y me hace gracia comprobar que Dany me ha enviado cuatro mensajes que no he leído, ni pienso hacerlo. Apago el móvil. Un par de reporteros se fijan en mí y me acompañan hasta la entrada de mi casa, pero como no les hago ni caso se dan la vuelta hacia la acera donde está la casa de Henry.

Antes de cerrar la puerta, me permito buscar con la mirada a Dany, la encuentro deslizándose entre varios compañeros, espero unos segundos más y sucede. Alza la cabeza y nuestras miradas se cruzan.

Me hubiese gustado continuar observándola, pero en su lugar acelero el paso y me dirijo hacia el garaje. En cuanto llego agarro el mando a distancia y acciono la puerta. Pretendo dejarla entreabierta para que pueda entrar Dana, y usaré el coche de barrera para que nadie la vea. Solo debo dejarlo en la entrada.

Lo dejo todo preparado y espero con impaciencia a que aparezca mientras recuerdo la primera vez que nos conocimos:

¡Joder! Henry está más pesado que de costumbre, lleva insistiéndome para que acuda a la fiesta que ha organizado el tío de la tienda de tatuajes toda la semana. He llegado a creer que teníamos que tocar o algo, sin embargo, él me asegura que es para divertirnos como grupo. Sé que me está ocultando algo.

Me dejo convencer para jugar a un estúpido juego de niños, y nos sentamos en el suelo del local para hacer rodar la botella. Observo a Alex y Adam que han preferido ponerse a charlar con unas chicas en la barra, y le doy un codazo a Max al que tengo a mi lado.

—¿No prefieres conocer alguna chica en vez de estar aquí? —le pregunto lleno de curiosidad, llevamos jugando una hora y me estoy cansando. He tenido que besar a dos chicas que ni siquiera me llamaban la atención

—Jamás desperdiciaría la oportunidad de meterme en un cuarto oscuro con una mujer, bro —se ríe él.

El chico que está situado a mi izquierda me comenta que me vuelve a tocar, bufo mientras me inclino para darle impulso a la botella. No sigo la trayectoria, ni siquiera le presto atención cuando se para. Simplemente escucho a una chica gritar llena de euforia:

—¡Dany te ha tocado!

Me levanto despacio y llevo la mirada hacia el lugar que señala el vidrio.

Me ha tocado con una chica bajita, de pelo oscuro y con gafas. Ella mantiene la cabeza agachada, mientras su amiga no deja de saltar a su lado con un entusiasmo que da miedo.

«Menos mal que no me tocó la otra», pienso para mí.

Dany, comienza a caminar hacia donde estoy, se la ve nerviosa e insegura. Aún no me ha mirado a la cara, decido sujetarle de la mano y

caminar junto a ella hasta el almacén que es donde nos quedaremos a oscuras durante cinco minutos.

Y es en el instante en el que entrelazo nuestros dedos, cuando me mira. Sus ojos son marrones, me quedo embobado devolviéndole la mirada no debido al color, si no a la fuerza que transmite.

—Me llamo John —me presento como un subnormal.

—Lo sé —baja la mirada sonrojándose—. ¿Me vas a besar? —pregunta cohibida.

—Es lo que se espera, pero si no quieres siempre podemos engañar a todos y decirles que... —le indico bajando la voz para no ponerla en evidencia y que nadie se entere.

—¡Sí que quiero! —exclama ruborizándose al instante.

Nos abren la puerta del pequeño cubículo, apagando la luz al instante. Ella da un salto cuando eso sucede, y reacciono sujetándola de la cintura.

—Tranquila, seré todo un caballero —le comento.

—Eso también lo sé —dice casi en un suspiro.

—¿Te llamas Dany? —Intento que se relaje, muevo el dedo pulgar rozándole la cadera y me percató que me está gustando estar con ella aquí.

—Sí, bueno... Así es como me llama mi amiga Terry, y mi hermano...

—Me gusta. ¿Te importa que nos besemos Dany? —le planteo soltándole la cintura y llevando la mano a su hombro.

—No me importa —vuelve a soltar otro suspiro.

Deslizo la palma de la mano por su cuello, y bordeo con las yemas de los dedos su mandíbula hasta dar con esa boca que me muero por probar.

Ladeo la cabeza y me inclino con lentitud sobre ella, nuestros labios se unen por primera vez. Muevo la boca despacio, deleitándome con la sutileza y dulzura con la que me corresponde. Entreabro la boca y sin necesidad de que insista ella hace lo mismo, mi lengua se abre paso y juega con la suya.

Puedo escuchar el sonido de nuestras respiraciones mientras el beso se intensifica. Y pienso que sea demasiado para Dany, así que antes de ser pillados por alguien en este momento de excitación decido alejarme, muy a mi pesar.

¡Justo a tiempo!

Han abierto la puerta, y ahora soy capaz de ver el rubor que muestra Dany en sus mejillas. Al darse cuenta de que la estoy observando, baja la mirada y se apresura a salir.

Por acto reflejo, sujeto su muñeca para frenarla.

—¿Te apetece volver a quedar? ¿Dónde estudias? —no le doy ni tiempo a que responda, necesito saber cómo localizarla, quiero volver a verla.

—Estudiamos en el mismo instituto —dice con rapidez antes de soltarse, para luego correr en dirección a su amiga la cual parece que no ha dejado de saltar en todo este tiempo.

Suelto una pequeña risa en alto al recordar todo, su aspecto ha cambiado tanto que no la reconocí, y su carácter es tan distinto que jamás se me habría pasado por la mente asociarla con ella.

El sonido de unos tacones me devuelve a la realidad, la observo agacharse para entrar por debajo de la puerta del garaje, y coloca las manos en la cintura en forma de jarra.

—Bien, ya estoy aquí —expone con seguridad—. Ya puedes contarme lo que quieras.

Pulso el botón del mando a distancia para que la puerta se cierre de nuevo del todo, lo dejo encima de una estantería, y luego me giro para entrar en la casa.

—Sígueme hablaremos dentro.

5. Perdidos

DANA

Daniel ha estado más insoportable que nunca en las últimas semanas, y creo que el motivo es que no he cedido, pese a la insistencia que ha mostrado, en dar la noticia de que Henry Strom fue el causante del trágico suceso de Annie.

Puede que ese hombre no sea de mi agrado, e incluso que hace tiempo llegase a odiarlo con todo mi ser, tanto a él como a John. Sin embargo, ya no soy esa niña que lloró durante semanas desconsolada, y que le rogaba a mamá y a papá que le cambiaran de instituto.

Lo conseguiste.

Ahora soy una adulta que antepone sus sentimientos por la carrera que tanto esfuerzo me costó conseguir, y no pienso dejar que me vuelvan a arrastrar para que dé una exclusiva falsa o dañina solo por los números de audiencia.

Y aunque me fastidie tener que seguir cubriendo las noticias de Slow Death, porque eso supone continuar viéndole, lo haré.

Todo un drama...

«¡Cállate!» —le ordeno a mi conciencia.

Intento centrarme, tengo que seguir trabajando. Todos los reporteros que me rodean están cansados, algunos llevan haciendo guardia delante de la casa de Strom más de dieciocho horas sin resultado alguno. Alterno el peso de un pie al otro y comienzo a sentir la misma desesperación que ellos.

Hace unos minutos he recibido un mensaje de John, me espera en su garaje. He intentado decirle que no puedo ir ahora, es demasiado arriesgado,

pero tiene el móvil apagado y no le llegan los *wassaps*.

Miro a un lado y al otro, y nadie me presta atención, son pocos los compañeros con los que me llevo bien. Mi fama de zorra me precede y temen que la mierda les salpique si se mezclan conmigo.

Empiezo a caminar alejándome de ellos, pretendo parecer distraída mientras finjo escribir en el móvil alguna nota. Cruzo la calle, y me sitúo cerca del coche descapotable que está aparcado delante del garaje de John. Lo rodeo, y cuando me doy cuenta de que nadie me mira, me agacho.

Me siento como una tonta en este instante.

Pongo los ojos en blanco, y casi reptando para que nadie me vea me aproximo a la puerta que está medio cerrada.

O medio abierta. Siempre eres tan negativa...

Entro, y al rato le veo. Decido ser lo más directa posible, cuanto menos tiempo esté aquí mejor.

—Bien, ya estoy aquí. Ya puedes contarme lo que quieras —le indico, y él lo único que hace es cerrar la única salida que tengo a mi espalda.

Con lentitud John se gira, y me dice por encima del hombro:

—Sígueme hablaremos dentro.

Resoplo con resignación, mi instinto por conocer la versión que me dará me puede más que agarrar el mando de la puerta y salir de esta casa. Lo sigo, subo un par de peldaños y ante mí me encuentro en una enorme y preciosa cocina.

—¿Quieres beber algo? Tengo refrescos, agua y cerveza —comenta al mismo tiempo que abre la nevera.

—No, gracias —. No puedo quedarme quieta, y me dirijo hacia el salón, me asombro al comprobar lo ordenado que está todo—. Siempre me imaginé que vuestras casas, la tuya y la de tus amigos —puntualizo—, estarían llenas de sirvientes.

—No tenemos sirvientes, tenemos empleados —me corrige, cosa que me gusta por la connotación que tiene la palabra sirviente. Fallo mío—. Y por si te lo preguntas —sonríe acercándose hacia mí—, sí que sé poner una lavadora, fregar, y cocinar. Mamá Fuller se aseguró de eso.

—Siempre habéis hablado maravillas de esa mujer, nunca he entendido del todo qué es lo que os une a ella. Llegué a imaginar que eras huérfano.

—Mamá Fuller, es especial. Creo que supo ver quiénes éramos antes incluso de descubrirlo nosotros mismos. No soy huérfano, quiero a mis padres, y ellos a su manera también a mí, pero eso no es sinónimo para una buena convivencia...

» Ellos se separaron cuando yo tenía cuatro años, y me quedé con mi madre que se pasaba la vida trabajando. Casi no teníamos tiempo para vernos, me pasé la infancia entre niñeras, y puede que ese sea el motivo por el que terminamos siendo unos desconocidos. Cuando conocí a la madre de Adam ella sustituyó en cierta forma la figura materna que necesitaba.

—¿No te hablas con tu madre? —cuestiono sin llegar a comprender del todo cómo es posible alejarse sentimentalmente de una madre de tu día a día.

—¡Claro que sí! Pero ella tiene su vida, la cual disfruta, y me alegro de que sea feliz. Yo tengo la mía, y ella no pregunta demasiado sobre cómo la vivo —se encoge de hombros—, es lo que hay.

Frunzo el ceño, y acordándome de la petarda de mi compañera de trabajo me llevo las yemas de los dedos a la zona, es imposible que esto no le afecte a John.

—Dany, hace años que acepté a mi madre tal como es. No fue sencillo, pero en su momento obtuve el apoyo necesario para comprender que no se puede cambiar a las personas si ellos no quieren hacerlo.

—De mamá Fuller —afirmo, y él asiente. Por unos minutos he bajado las defensas, hemos vuelto a charlar como cuando nos veíamos a escondidas a la salida del instituto—. ¿Y el motivo de que tu madre no quiera preguntarte

demasiado sobre tu vida es debido a lo que vi con quince años?

Decido redirigir la conversación, he venido por un motivo y no puedo volver a caer en el encanto de John de nuevo.

—Sí, aunque te equivocaste en asegurar que soy gay.

Levanto una ceja. Vamos a ver, recapitulemos:

Hace doce años, después de creer que era la chica más afortunada del mundo porque tuve la grandísima suerte de que el azar me eligiese para ser besada por él, y que días más tarde dejara de ser un fantasma en el instituto y se percatara de que existía. Comenzamos a hablar, a tontear, y me hice ilusiones.

¡Me volvió a besar! No una, ni dos veces, fueron muchas.

Y luego, un día todo se fue a la mierda. Pillé a Henry hablando con mi hermano, ellos se conocían, y yo no comprendía nada, todo había sido planeado. Me había mentado, no me quería.

Lo fui a buscar para pedirle que me desmintiera lo que había escuchado, cuando... Le pillé dándose un beso de lo más pasional con un chico, ¿y me dice que no es gay?

Me levanto del sofá, me paso las manos por la falda para que no se noten las arrugas, y le digo sintiendo la rabia recorrer mis venas:

—Si no vas a ser sincero conmigo, me marchó.

Me sujeta la muñeca de la misma manera que hizo en el pasado, y me frena.

—No, espera. No te marches aún —me suplica con la mirada—, no me considero gay porque me gustan las mujeres.

—¿Qué?

—He dicho que me gustan las mujeres.

—Eso ya lo he oído no soy sorda. Sin embargo, también te gustan los hombres, ¿es lo que me quieres decir?

—Sí, solo que... —cierra los ojos con fuerza como si buscara en su interior la manera idónea de explicármelo—, Dany yo te quería.

Ah, no. Eso sí que no.

Hago un movimiento brusco, pretendo darle un bofetón cuando él me agarra del antebrazo y me aproxima a su cuerpo.

—Escúchame —me susurra a poca distancia de mi boca—, eras una niña. Empezaba a sentir cosas por ti, y no podía olvidar que eras más joven que yo. Casi no conseguía entender qué era lo que me ocurría como para decirte que dudaba de mi sexualidad.

¿Y qué hay del trato que hicieron con mi hermano? ¿Eso también era parte del plan? ¿Usarme como una rata de laboratorio?

Me siento utilizada.

—¡No pongas la excusa de la edad! Son solo cuatro años —alzo la voz—. Recuerdo perfectamente las veces que te frenaste cuando nos besábamos y creía que íbamos a...

Aprieto los labios con fuerza. ¡Qué estúpida fui!

Llegué a creer que era su novia, que estábamos saliendo cuando todo era un experimento para encontrarse a sí mismo.

—No fue por eso, Dany —menciona mi nombre con tristeza, reprimo las lágrimas, ha pasado mucho tiempo, pero en mi interior recuerdo cada instante que pasé junto a él como único. Hasta que lo jodió todo, hasta que abrí los ojos—. Realmente me gustabas —continúa hablando sin soltarme—, y no era justo para ti que tuviera esas dudas en mi cabeza. Sé que no fue la manera correcta de realizar las cosas, me equivoqué, y jamás se me pasó por la mente que me habías visto. Simplemente desapareciste.

«Porque me rompiste el corazón». Me alejo de él.

—¡Esto es absurdo, debería irme!

El ruido de unos golpes en la puerta me sobresalta. Dirijo la mirada hacia

John en pleno silencio, y él me dice que no me marche que le espere en la cocina que no quiere dejar las cosas así.

Cruzada de brazos espero tal y como me ha dicho, dudando de si es lo que debo o no hacer. Es doloroso revivir todo esto de nuevo y descubrir que aún es peor de lo que imaginé.

—Joder, tío, ¿por qué cojones has tardado tanto? —Oigo las quejas de Henry—. ¿Para qué tienes el móvil?, ¿no has visto el *whatsapp*?

—Henry, no es un buen momento...

O sí, es el momento ideal. Salgo de mi escondrijo con ganas de soltar todo lo que he acumulado en estos años, pero al verle un nudo se me forma en la garganta.

El aspecto del batería es desaliñado, luce más delgado y con ojeras bajo los ojos. Y por alguna absurda razón me siento culpable.

Eso se llama conciencia.

¡Pues es una puñetera!

—¿¡Qué cojones hace ella aquí!?! —grita de golpe, y sin amedrentarme le comunico que ya me marchaba, y que solo vine a informar a John de una cosa.

Avanza en mi dirección, doy dos pasos atrás y busco la mirada de John temerosa de lo que me pueda hacerme Strom. Aunque no debería de darle mucho crédito a las palabras de su padre, intento ser cauta y no exponerme demasiado a posibles palizas.

—Pues ahora estoy aquí, así que dime qué quieres —me ordena, e intento que mi cerebro reaccione y no se estanque.

—Yo... quería avisarte de que puedes estar tranquilo. No saldrá ningún tipo de exclusiva sobre Annie o tu padre. He convencido a la revista de que era demasiado arriesgado sin tener pruebas... —Desvió la mirada, por no tener el valor de enfrentarme a él.

—No pienso darte las gracias por nada.

¡¿Que él qué?!

—No las esperaba —le replico mordiéndome la lengua, alejándome hacia la puerta que da al garaje—. Por cierto, puedes estar tranquilo. Tu padre tiene un contrato de exclusividad y no podrá hablar con ningún otro medio de comunicación —termino diciéndole, pero antes de marcharme, miro a John y me despido—: Adiós.

6. Aceptación

JOHN

Nos hemos reunido en la casa de mamá Fuller para pasar el día en familia, acabamos de despedir a Henry hará una media hora, se ha ido a Dublín, está decidido a recuperar a Bella, y dar un cierre al pasado que tanto lo atormenta. Su intención es que la prensa tarde lo máximo posible en dar con él.

Estoy convencido que no le será sencillo revivir parte de su infancia allí, pero al menos no se ha quedado de brazos cruzados esperando que las cosas se solucionen por sí mismas. Henry ama a Adabella, y merece ser feliz a su lado.

Reparo en Adam y Alice que se dan mimos sentados en el sofá mientras observan a su hija Awen y a Peter jugar en el suelo del salón. Alex abraza a Mey rodeando su cintura y deposita un beso en su sien, ella sonríe y acaricia sus manos.

Al mismo tiempo, me percató de que en la mesa del comedor están sentados Max y Emilie. Él le susurra al oído algo que la ruboriza, estoy por acercarme y preguntar de qué hablan, pero creo que es mejor dejarles a solas. Esas manos debajo de la mesa me da que pensar...

Me desplazo hasta la cocina donde mamá Fuller prepara la merienda para los niños, se ha empeñado en hacerlo ella.

—¿Seguro que no necesitas ayuda? —le pregunto, y ella se da la vuelta para sonreírme y negar con la cabeza.

—Anda, saca de la alacena los zumos de los niños —me indica sin dejar de untar los sándwiches.

Le obedezco y me quedo un rato mirando como organiza todo con detalle. Charles aparece, y rodea la cintura de su esposa para luego darle un beso en la mejilla.

—Cariño, ¿puedes llevarle esto a los niños, por favor? —le sugiere Martha a su marido—. Quiero mantener una pequeña charla con John.

Frunzo el ceño sin tener ni idea de qué sucede para que quiera hablar conmigo, pero cuando Charles se aleja con la bandeja hacia el salón, mamá Fuller realiza un gesto con la mano para que tome asiento en una de las sillas de la mesa que tengo enfrente.

—¿Sucede algo? —le pregunto un poco contrariado.

—Sí, y espero que no tenga que sacarte las palabras a la fuerza —me dice sentándose a mi lado.

—No me pasa nada, estoy bien —niego con la cabeza y ella se cruza de brazos. Fija su mirada en mí, y eso me inquieta—. ¡Está bien! He vuelto a ver a una persona que me importaba mucho, pero ya no es la misma.

—Sé que hay algo más, así que sigue —entrecierra los ojos y puntualiza—: desde el principio.

Giro la cabeza para comprobar que no hay nadie cerca de la puerta, no quiero que se enteren los chicos, y sé que puedo confiar en Martha.

Inconscientemente se me forma una sonrisa al nombrar a Dany, le explico cómo nos conocimos, y que después de ese primer encuentro la volví a ver en el instituto.

En aquel momento, Jeremy estaba detrás de todos para que no hiciésemos ninguna estupidez que nos costase el contrato que acabábamos de firmar con la discográfica, y decidí llevar en secreto nuestros encuentros. Nuestro mánager comenzaba a mostrar quien era en realidad, y no quería arriesgarme a que intimidara a Dany para que se alejara. Nos reuníamos al finalizar las clases en la parte trasera del edificio, y nos íbamos al cine, o al parque...

—¿Cuánto tiempo duro? —me interrumpe, y suspiro antes de responder.

—Unos cinco meses, más o menos —sin embargo, para mí tienen un valor incalculable. Parpadeo antes de hacer hincapié en algo que debo dejar claro antes de decirle de quien se trata—. En ese tiempo conocí a una chica llena de

sueños, alegre, espontánea, y bondadosa. Tenía un corazón de enorme, en más de una ocasión vi cómo se paraba para hablar con la gente sintecho y les indicaba donde podían conseguir un albergue para no pasar la noche a la intemperie. Se preocupaba incluso de las personas que no conocía.

—Eso sucedió cuando tenías diecinueve años —. No es una pregunta, pero de todas maneras asiento.

—Era distinta a todas las niñas que había conocido hasta ese día —realizo una pausa al darme cuenta de que efectivamente era una niña—. No me sentía cómodo con la diferencia de edad, pero disfrutaba de cada rato que me era posible con ella.

—Te enamoraste —. Otra afirmación, y en esta ocasión antes de asentir trago saliva al darle la razón.

—Quería decírselo, pero no me atreví. En su lugar las dudas empezaron a acecharme, y me planteé si estaba engañándonos tanto a ella como a mí.

—Recuerdo esa época, eras y sigues siendo un joven con una magnitud enorme para amar —me sujeta la mano y me mira a los ojos—. ¿Te acuerdas lo que te dije en aquel momento?

—Que existen personas con la capacidad de enamorarse de un alma, sin importar la envoltura que tengan, y que nadie tiene un manual sobre gustos —cito sus palabras con nostalgia, ella fue la primera persona a la que le conté que me gustaban los chicos y que también lo hacían las mujeres, y no me juzgó por ello.

No tuve la misma suerte con mi madre, ella no sintió ese tipo de empatía cuando se lo dije. Lo limitó todo al sexo y la lujuria, tanto le daba que mi experiencia por aquel entonces se limitase a un encuentro fortuito. Desde ese momento, supe que jamás tendría el mismo tipo de afinidad como la que tengo con mamá Fuller.

—¿La sigues queriendo? —Mamá Fuller aprieta con sutileza mi mano.

—Ya no es la chica que conocí, ahora somos unos desconocidos.

—No me estas contestando, John. Es normal que hayáis cambiado, ha pasado mucho tiempo. No obstante, sé que te intriga esa mujer, y que te inquieta algo más.

Martha no anda desencaminada, me atormenta ser el culpable del cambio tan brusco que ha dado Dany, y me duele pensar que se crea que la usé de algún modo.

—Es demasiado tarde —termino diciéndole.

—Te puedo asegurar que nunca lo es.

—No es tan sencillo... —vuelvo a revisar que no hay nadie escuchando a hurtadillas, y contengo el aire de mis pulmones antes de seguir hablando—. Ella es Dana Turner. Mi Dany, ella es la periodista a la que tanto odian mis amigos.

—El John Wells que conozco jamás se rendiría por una nimiedad como esa. El destino ha querido daros otra oportunidad, no la malgastes —. Se levanta, y sus ojos se estrechan cuando me regala una sonrisa tranquilizadora—. Me has dicho que no la conoces, que ha cambiado, me imagino que ella también opina lo mismo de ti.

Tengo la intención de explicarle que no creo que quiera volver a saber nada sobre mí, cuando de repente entran a la cocina Peter y Awen a todo correr.

—¡Abu! Ya *temimamos* —le anuncia Awen con orgullo.

—¡Yo terminé primero! —puntualiza Peter.

Adam entra al rato, y les pide a los pequeños que se despidan de los abuelos. La noticia nos gusta demasiado, he intentan convencerles de lo contrario realizando peticiones de lo más adorables a sus padres.

Al final, terminamos marchándonos una hora más tarde.

En la noche, desde la soledad de mi casa, reviso el teléfono móvil con dudas. Es posible que me haya bloqueado, y que no quiera volver a saber nada de mí. Sin embargo, decido que debo intentarlo.

John: No voy a rendirme, te dejé escapar hace años. No pienso cometer el mismo error dos veces.

Salgo de la aplicación, y mientras, me voy desvistiendo para entrar en la ducha. Escucho el sonido de la notificación con un *wassap* entrante, y sin importarme caminar desnudo por la habitación me acerco hasta la mesilla donde dejé el teléfono y lo agarro.

Dana: John, ¿se puede saber qué pretendes?

John: Que nos volvamos a conocer.

Dana: ¿Estas bromeando? No voy a dejar que juegues conmigo.

John: Aunque sería interesante llevarte a uno de los clubs que frecuenta Max para que “juguemos”, creo que antes sería conveniente que te convenza de quien soy.

Dana: ¿Y quién eres?

La comisura de mis labios se levanta ante esa pregunta, y decido contestarle con sinceridad.

John: El hombre que te hará recuperar la sonrisa.

Dana: Es muy tarde John, no estoy para acertijos...

John: Buenas noches, Dany. Que descanses.

Dana: Buenas noches, John.

No será sencillo que comprenda, pero la madre de Adam tiene razón, no puedo rendirme. Aún siento algo por ella, y aunque hemos madurado con los años, y las circunstancias nos han cambiado. Quiero saltar al vacío y arriesgarme.

7. Solteros

Blessington, Irlanda. Un mes más tarde.

NATE

Regresar a casa de mamá ha sido un cúmulo de sensaciones contradictorias; estoy feliz de haber vuelto a recuperar el contacto con mi prima Adabella, y también de abrazar a mi madre después de tanto tiempo, pero me siento como una mierda por culpa del fracaso que he experimentado en París. No solo por el tema profesional, que espero resolver pronto, si no por creer en un hombre como Vincent.

Hace poco he conocido al esposo de mi prima, Henry, me hizo mucha gracia la cara que puso cuando me vio por primera vez, creo que se pensó que era algún ex novio o algo por el estilo por como actuó.

Parece que su relación va a mejor, están viviendo en la capital, y hoy voy a visitarla al apartamento que comparte con Henry Strom.

Conduzco con la música a todo volumen, mientras entono, o mejor dicho desentono, un tema de Jessie J, y justo al doblar la esquina apago el equipo musical debido a que observo frente al edificio donde vive mi prima un grupo de periodistas. En el instante que paso frente a ellos medito sobre cómo llevará Adabella toda esta atención mediática que se ha formado en torno a ella.

Se le acabó la tranquilidad.

Eso parece...

Después de estar casi media hora intentando aparcar cerca de la edificación, y conseguirlo. El siguiente paso es esquivar a la prensa, sin embargo, me percató de que nadie se fija en mí, y puedo caminar entre ellos sin que se den cuenta del parentesco que tengo con la pecosa de mi prima.

Al llegar al portal, el portero me deja pasar sin inconveniente alguno debido a que estuve por aquí la semana pasada. Decido subir por las escaleras, porque tampoco son tantas plantas, y nunca viene mal ejercitarse un poco.

Cuando llego, casi sin aliento, y estoy a punto de tocar a la puerta, agacho la cabeza intentando esconderla como si fuera una tortuga. «¡Es horrible!»

Mi maravillosa prima está cantando. Entrecierro los ojos, y pienso para mí: «¡que deje de torturar a la humanidad!»

Viene de familia.

¡Eh! Que yo no lo hago tan mal...

Niego con la cabeza al darme cuenta de que es absurdo mantener una conversación conmigo mismo, y timbro.

Me recibe Henry, quien se tapa los oídos con las manos y se gira a propósito para que su mujer le vea. Ella, baja el tono y al pasar cerca del sofá agarra uno de los cojines que lo adorna y se lo lanza a la cara.

—*Álainn*, prométeme que nuestro bebé sacará mi don para la música —le dice él, mientras camina en su dirección.

—No te metas conmigo —se queja ella.

—Sabes que te gusta, admítelo... —Rodea su cintura con los brazos, y la besa con ternura.

—¡Eso, venga! Vamos a restregarle a Nate que está solo —pongo los ojos en blanco y me dejo caer sobre el cómodo sofá.

—Acaso me vas a decir que echas de menos al francés ese que te engañó —me dice la pecosa.

—¡Por supuesto que no! Pero eso no quiere decir que me guste ver como os lo montáis delante de mí —. Finjo un escalofrío, y escucho la risa grave de Henry.

—Creo que tu primo, necesita ir de fiesta con urgencia —le indica el

barbudo.

—Lo que necesita es volver a trabajar —Adabella, baja la mirada y se acaricia la barriga que empieza a notársele. En cuanto vuelve a fijar su mirada en mí, me dice—: No entiendo el motivo por el que me ocultaste lo que te pasó.

La pecosa tiene razón. ¿Qué voy a hacer con mi vida? Hace pocos meses estaba en París intentando levantar una pequeña boutique, el sueño que siempre he tenido, y, sin embargo, ahora, estoy perdido.

Dejé atrás la página web con la que me di a conocer, y tendría que empezar otra vez de cero. No me asustan los retos, pero tengo miedo a fallar, sobre todo fallarle a mi madre. Ella es la razón por la que quiero llegar a ser alguien. Siempre me ha apoyado, dándome ánimos, para que no me rindiera.

Buff, pensar en todas estas cosas me está dando dolor de cabeza.

—¿Por qué no quedas con tus amigos, y te despejas un poco hasta que decidas qué hacer? —Levanto una ceja. ¿A quién se refiere? — ¡No me mires así! Me acuerdo perfectamente, de que en la academia de moda te llevabas bien con un par de compañeros. Podrías llamarlos y quedar con ellos.

Como si fuera tan sencillo...

—Me hablaba con Darren y Michelle, y da la casualidad de que ambos se han marchado de Dublín —le indico.

El teléfono de Henry suena, y él se levanta para atender la llamada. Da un grito lleno de alegría al contestar, y me mantengo en silencio mientras está hablando.

—No, no volveremos hasta después de que Bella dé a luz. No quiero que el viaje le afecte, además allí el asedio de los medios es mayor —Henry, se gira para observar a mi prima y le sonrío con amor.

Comprendo la preocupación que tiene, Bella como la llama él, no está teniendo un embarazo sencillo. Está cansada todo el rato, no para de sentirse mareada y con náuseas. Debe controlar los alimentos que toma, y acudir al

especialista cada poco tiempo.

—¡Joder! —grita al cabo de un rato— ¡Eso sería genial! Nos vemos pronto —. Henry se despide, y se acerca a su mujer a la que ayuda a levantarse para acto seguido abrazarla y decirle casi en confidencia sobre sus labios—: Los chicos se vienen.

—¿Todos? ¿Alice, Mey y Emilie también? —le pregunta ella, y él asiente.

—Eh, que sigo aquí... —les comento a ambos, observándolos desde el sofá.

Henry chasquea la lengua, y se aleja con fastidio de mi prima.

—Tenemos que buscarle una novia —le comenta a ella como si no estuviese presente—, así dejará de venir y decirme cuando puedo o no besarte.

—O un novio... —Adabella le sigue el juego.

—¿Y si le apuntamos a una página de contactos? —Suelta él de golpe con demasiado entusiasmo.

—¡Vale, vale! Nada de meterme en páginas guarras, ya me voy —me levanto, y le doy un beso a Adabella en la mejilla para despedirme—. Llámame cuando quieras.

—No tienes que irte tonto —me dice ella.

—Yo creo que sí, demasiados arcoíris y unicornios ahí por aquí —. Abro la puerta y salgo al rellano, sin embargo, en esta ocasión espero por el ascensor.

Aparco la camioneta en la entrada de la casa de mamá, he tardado una hora en llegar debido a la parada técnica que realicé para comprar unas cervezas.

En cuanto entro me dirijo a la cocina, y abro el frigorífico para guardarlas.

—¿Eres tú, cariño? —pregunta mi madre, que entra desde la puerta del jardín que da al salón.

—No, soy un asesino en serie que busca algo para cenar —me meto con ella, y reprimo las ganas de reírme. Sin embargo, de poco me sirve, me da una palmada en el trasero como si fuera un niño de tres años al que enseñarle modales.

—Más respeto que soy tú madre —me señala con el dedo índice, y echa un vistazo a lo que acabo de traer—, ¿no te iras a poner a beber ahora que no tienes empleo?

Pongo los ojos en blanco, un mes viviendo con mi madre y estoy pensando en huir del país. A ver, que la quiero en con el alma, pero echo de menos zapatear la ropa por cualquier sitio sin que me venga a los dos minutos increpando para que recoja el desorden, o que me llame cada tarde preguntándome a qué hora llegaré...

Necesito hacer algo con mi vida ya.

Londres, Inglaterra.

DANA

Juego con el bolígrafo entre mis dedos de manera nerviosa, mientras releo las posibles preguntas que puedo realizarle al vocalista de Dark & Roses. En los últimos días, han salido distintas declaraciones de distintas jóvenes asegurando que el cantante de este grupo intentó propasarse con ellas.

No obstante, con este tipo de acusaciones hay que tener cuidado. Ninguna de ellas ha presentado pruebas, ni han interpuesto una demanda ante un tribunal...

Tacho una palabra que no me convence, y la modifico por una más contundente. Quizás de ese modo consiga que responda, y dé alguna declaración al respecto.

Miro de reojo la pantalla de mi teléfono móvil, y reviso la hora en el reloj que tengo situado en el escritorio. Son las diez y media de la noche, y hoy hace un mes que comenzó a escribirme.

Al principio le dije que no estaba para juegos absurdos, y al comprobar

que continuaba enviándome *wassaps* decidí no contestarle, pero él insistía.

Leí cada mensaje, y me contuve en responderle. Pensé que se cansaría tarde o temprano, pero no lo hizo. Y hace unos días, me confesó algo que provocó mi reacción.

Sujeto el móvil, y me levanto de la silla. Me dirijo hacia el salón, y me tumbo sobre el sofá, subiendo los pies también para quedar más cómoda. Entro en la aplicación y busco el mensaje en cuestión para releer desde ahí.

John: ¿Piensas que soy un enfermo? No me malinterpretes, no lo digo en un tono acusador, llevo un tiempo intentando hablar contigo y solo obtengo que me dejes en visto. Y he recordado una conversación con alguien a quien quiero y que me comentó cuando se enteró de mis gustos que era un enfermo...

No daba crédito, leí unas cuatro veces el *wassap*, y dudaba mucho que fuera alguien del grupo quien le llamara de esa manera. Mi vena curiosa, consiguió que le respondiera.

Dana: No pienso eso de ti, ¿quién te llamó así?

John: ¡No me creo que me estés contestando!

Dana: No me cambies de tema... Si no quieres decírmelo no pasa nada.

John: Fue mi madre.

Aún me cuesta creer que confiase de esa manera en mí, soy Dana Turner, nadie lo ha hecho jamás, y mucho menos suelta algo como eso, sin temor a que lo publique.

Pero él lo hizo, John Wells se arriesgó.

Dejo de darle vueltas a la cabeza, y sonrío al ver que entra un mensaje nuevo de él.

John: Hola, ¿qué tal ha estado tú día?

Dana: Bien, sigo odiando cada día más a Kassy :/

John: ¿Qué te ha hecho hoy?

Dana: ¿Respirar?

John: Jajajaja, venga no puede ser tan mala...

Dana: Lo es, desde que llegó al equipo ha intentado sabotearme varias entrevistas. Y no deja de lamerle el culo al redactor jefe, estoy segura que pretende robarme mi espacio.

John: Dudo que lo consiga.

Dana: Ah, sí. ¿Y eso por qué?

John: Porque eres única.

Leo de nuevo la última frase, y creo que el corazón me ha dejado de latir durante un segundo. ¿Irás con segundas intenciones o de verdad cree eso?

¿Qué le respondo?

¡Dale las gracias! ¡Dile algo!

Escribo con rapidez y le doy a enviar sin meditar lo que he puesto.

Dana: ¿En qué sentido lo dices?

Me llevo la mano a la frente. ¿Es que soy idiota? ¿Acaso estoy volviendo a sentir algún tipo de esperanza?

John: Eres buena en tu trabajo, he visto tus últimas entrevistas.

¡Vaya, me ha visto!

Dana: John, tengo que comentarte una cosa...

John: Dime.

Trago saliva con fuerza mientras escribo, me gusta esta dinámica que hemos mantenido y temo que pueda enfadarse cuando lo lea.

Dana: Daniel, me ha pedido que viaje a Dublín a cubrir la noticia de Henry y su esposa.

John: ¿Vas a ir?

Dana: ¿Se lo irás a contar en caso de que sea así?

John: No, no tengo porqué contarle a nadie de qué hablamos entre nosotros. Nunca lo he hecho, era simple curiosidad.

Dana: Perdona, me he puesto un poco a la defensiva. Tendré que ir, aunque no quiera, es mi trabajo.

John: Sí, lo es.

Y esa es una verdad de que no puedo huir, soy reportera de un canal de noticias de actualidad, y él es una estrella reconocida mundialmente. La distancia que nos separa hoy en día es mucho más grande de lo que creía en un inicio.

Dana: Es tarde, me voy a ir a descansar.

John: Buenas noches, Dany.

Dana: Buenas noches, John.

Y como viene ocurriendo desde hace algún tiempo, logra que consiga olvidarme de todo y vuelva a esbozar una sonrisa con un simple: «buenas noches, Dany».

8. La sinfonía

JOHN

Poso los dedos sobre las teclas del piano, cierro los ojos, y me dejo llevar. Una melodía que lleva semanas en mi cabeza sale sin esfuerzo alguno.

Empecé a tocar con cuatro años, mis padres adoraban la música clásica y su ilusión durante los años que me formé, era que en un futuro hiciese una audición para la sinfónica. Pero conocí a los chicos, y con el tiempo mis gustos fueron ampliándose, quise probar con otro instrumento y el bajo me enamoró. El universo tuvo que ser cómplice en reunirnos, y que así creásemos a Slow Death, no me cabe duda de ello.

Sonrío al recordar nuestra juventud, parece que haya pasado toda una vida cuando me los encontré en aquel callejón. Unos chavales estaban dándole una paliza a Max, y Adam, Alex y Henry viendo lo que ocurría se decidieron a intervenir.

No me gusta la violencia, o al menos no me considero una persona violenta. Prefiero mantener un dialogo y escuchar a ambas partes antes de perder la razón. Pero esa situación me superó, Max era solo un niño, y terminé uniéndome a la pelea.

Adam nos llevó a su casa, y ahí conocimos a mamá Fuller. Ella nos curó las heridas y nos alentó a regresar al día siguiente. Y así fue, con el tiempo terminamos pasando más tiempo en la cocina de Martha degustando su delicioso pastel de calabaza que en la calle. Charles, siempre ponía los vinilos en el tocadiscos de sus grupos favoritos, entre los que destacaban varios *rockeros* de toda la vida.

Eran sonidos que en la casa de mis padres no se oían, melodías llenas de ritmo y de vida. Una sonata me emocionaba, pero escuchar el compás de John Deacon, y la voz desgarradora de Fredy Mercury era algo indescriptible.

Dejo de mover los dedos al oír el sonido de un mensaje nuevo en el móvil, imagino que es Dany. Alejo el pie del pedal central, y la última nota continúa resonando durante un instante. Me levanto, y avanzo hacia una de las esquinas donde está situado el escritorio para leerlo:

Dany: Acabo de aterrizar en Dublín. ¿Contento?

John: Ahora que me has informado que estas bien, sí.

Dany: John, creo que debemos dejar de hablarnos.

¿Por qué me dirá esto ahora, le habrá sucedido algo?

Sal de dudas y pregúntale.

John: ¿Es por tú trabajo?

Dany: Sí, no. Es complicado...

John: No creo que lo sea, siempre tendemos a complicar las cosas. Dime, ¿qué es lo que te preocupa?

Apago la luz del sótano y subo al salón, mientras Dany me responde. Me fijo en la pantalla del teléfono, y leo:

Escribiendo...

Me dirijo a la cocina y me sirvo un vaso de agua sin dejar de mirar de reojo por si me llega una notificación.

¿Se ha puesto a escribir la biblia?

Dany: Tengo la sensación de que pretendes que sea la chica de hace años, no lo soy, y no puedo serlo de nuevo. Mi trabajo es lo primero, me gusta lo que hago, y quiero continuar en los medios. Eso es incompatible con lo que quiera que estemos haciendo.

Entrecierro los ojos, y medito lo que contestar. Camino hasta el salón y me siento en el sofá.

John: ¿Y qué estamos haciendo, Dany?

Dany: No me llames así, no me lo pongas más difícil...

John: No es mi intención, solo quiero saber el motivo real por el que

me dices que debemos dejar de hablar.

Dany: ¡Porque no sé a dónde va esto! ¿Ahora somos amigos? Ni siquiera has sido del todo sincero conmigo, sí me has contado cosas de las que no tenía ni idea, pero no me has contado la verdad.

John: ¿De qué verdad me hablas? Y por supuesto que te considero una amiga.

Dany: Eso me ha dolido.

¿Y ahora qué le sucede? ¡Dios, es imposible entender a esta mujer!

Decido llamarla porque me da la sensación de que hay algo que se me está escapando.

—¿Me vas a llamar en cada ocasión en la que te diga algo que no te gusta? —me suelta al instante de descolgar, y su voz suena rara. Todo cobra sentido cuando escucho como inspira en profundidad, y acto seguido se suena la nariz.

—Eso parece. Dany, ¿estás llorando?

—No. Bueno sí, pero eso no tiene nada que ver. John, por favor —me suplica y siento como su voz mengua—, no creo que pueda volver a soportar que juegues conmigo. No sé qué pretendes, ni lo que quieres con todo esto. Y...

No termina la frase, estoy desconcertado y preocupado al mismo tiempo.

—No juego contigo, he sido sincero contigo en todo momento desde que supe quien eras. Dime, ¿qué pasa?

—Pasa que me haces débil, que creí que te había superado, que no me dolería volver a tratar contigo. ¡Pero lo hace! —Le tiembla la voz al alzarla—. ¿Soy acaso algún juego para ti? ¿La diversión del año?

Estoy completamente perdido en la conversación, no entiendo nada y me cuesta entender el motivo de que este de esta manera.

—¡No! Por supuesto que no. ¿Por qué crees eso?

—No sé, quizás porque cuando te permití darme una explicación para entender el motivo por el que te pille besándote con otro chico, tu respuesta fue efímera —intenta decirlo en un tono sarcástico, pero entre que se le corta la respiración y necesita sonarse de nuevo la nariz no puedo evitar que se me eleve la comisura de la boca.

Por mucho que lo niegue sigue siendo ella, mi Dany.

—No fue premeditado, ese chico me besó, y es cierto que debí alejarlo al instante. Estaba saliendo contigo, pero lo cierto es que en aquel momento llegué a creer que algo estaba mal en mí. No por el hecho de que me gustasen los chicos, sino porque también lo hiciesen las mujeres. ¿Lo entiendes?

—¡No, no lo hago! —Y una vez más vuelve a usar el pañuelo—. Ni siquiera te has dignado en todo este tiempo en pedirme disculpas por la apuesta que hicisteis a mis espaldas Henry y tú.

—¿De qué apuesta hablas?

—Bien sabes de qué te estoy hablando, los escuché. Mi hermano y Henry estaban ese día delante del instituto charlando y cuando me acerqué a ellos mi hermano le estaba dando las gracias por haber cumplido con el acuerdo, y conseguir que me besaras en la fiesta.

—¡Yo no sabía nada de eso!

—Henry, le agradeció por los tatuajes que os hicisteis en su estudio... —comenta interrumpiéndome—. Me engañaste, me usaste, y no quiero volver a sentirme así.

—Dany, te juro que yo no sabía nada.

—Bueno, ahora eso da lo mismo —me dice sin dejar de llorar y no sé cómo ni en qué momento la conversación ha llegado este punto—. No puedo seguir con este juego, no puedo confiar en ti de nuevo.

—Déjame que te lo demuestre, permite que te muestre...

—Lo siento. Adiós John.

Me ha colgado.

Dublín, Irlanda.

DANA

Lo he hecho, le he dicho que no podemos seguir así, y le he colgado el teléfono. He apagado el móvil al segundo de hacerlo, porque me conozco y sé que terminaría aceptándole la llamada.

Eres una masoquista.

Lo soy, nunca debí aceptar cubrir las noticias sobre el grupo, y tampoco debí permitir que John volviese a ser una persona importante en mi vida.

Hoy, al llegar a Dublín mi jefe me envió un mensaje, al principio creí que era de John y me alegré, pero luego al comprobar que no era así me di cuenta de que estaba comenzando a perder la cabeza y el corazón por él.

No dejo de llorar, y me siento estúpida, no somos nada ni siquiera hemos llegado a ser amigos como tal. Pero duele a horrores...

Me tumbo encima de la cama, y me sueno la nariz con el pañuelo. La habitación del hotel donde me estoy hospedando es pequeña, y el sonido de mi llanto retumba con facilidad en las paredes.

Era necesario que lo hiciese, Daniel me ha pedido que fije mi objetivo en John, y me ha amenazado con pasarle mi sección a Kassy en caso de negarme. No quiero hacerle daño, pero tampoco quiero perder mi empleo. Sé que John siempre ha sido muy discreto en su vida, y estoy segura de que lo seguirá siendo, nunca utilizaría lo que ha compartido conmigo por beneficio propio.

Me seco las lágrimas, y me levanto de la cama con la sensación de que la cabeza me va estallar. Empujo la puerta del baño, y tras encender la luz abro el grifo del lavamanos para lavarme la cara.

«Dany, te juro que yo no sabía nada».

Me hubiese gustado decirle que le creo, pero no es lo mejor para ninguno de los dos. Tengo miedo, porque sé lo que significa, me estoy enamorando irremediabilmente de él.

Es lo mejor.

9. La llamada

JOHN

Llevo intentando dar con Dany desde hace varios días, y de esa forma que reconsidero todo, pero ha sido imposible localizarla. Me ha bloqueado, y todo indica que no quiere saber nada de mí.

He meditado sobre la posibilidad de llamar a Henry y pedirle explicaciones. Sin embargo, es algo absurdo teniendo en cuenta que; uno, al acuerdo que llegó con el hermano de ella sucedió hace doce años, es estúpido recriminarle nada a estas alturas. Y dos, Dany de cierta manera tiene razón, nuestras circunstancias nos impiden tener ningún tipo de relación bien sea de amistad o de otra índole.

No obstante, y pese a que sé que no debería insistir, no dejo de pensar en ella.

Niego con la cabeza y me centro en lo que estaba haciendo. Busco las llaves de la casa de Henry en el cajón del mueble de la entrada, aparto un par de papeles y las localizo con facilidad debido al aparatoso llavero que tienen.

Acto seguido salgo a la calle, y al mirar en dirección a la casa de nuestro batería, me encuentro con que ya están todos esperando por mí.

—¡Joder, ya creí que te habían secuestrado! —exclama Alex, levantándose las gafas de sol para echarme una mirada asesina.

—Seguro que estaba con los mensajitos otra vez —comenta de manera graciosa Max.

—No estaba hablando con nadie —le respondo acercándome a la puerta, para luego abrir y entrar todos.

—No nos has contado quién es la persona misteriosa con la que hablas —dice Adam tocándose el mentón.

—Eso ya se acabó —murmuro, y agradezco que Henry no esté en este instante o me intentaría tirar de la lengua.

—Así que sigues en el mercado —levanta las cejas Max, e intuyo cuál será su próximo comentario—. En mazmorra me suelen preguntar por ti...

¡Ahí está! Sabía que sacaría el tema del local al que acude con regularidad.
Pues no sería mala idea ir y sacarse de la cabeza a la periodista...

Intento no darle importancia a lo que ha dicho, y rechazo la sugerencia de mi conciencia para buscar un ligue de una noche. Empiezo a subir los escalones, mientras pienso en la sorpresa que quiere darle Henry a su mujer Adabella, hace unos días le preguntó a Mey si se podía encargarse de decorar una de las habitaciones que tiene para el bebé. Ella por supuesto que le dijo que sí, pero antes queremos asegurarnos de que nuestro amigo no tiene la casa hecha una pocilga.

Abro la puerta de la habitación contigua al dormitorio principal, y compruebo que por suerte lo único que tenemos que hacer es retirar un par de muebles.

—¿Crees que le dará tiempo a Mey a decorarla antes de que nos marchemos a Dublín? —cuestiona Adam desde el umbral.

—Confío plenamente en mi Diosa —le responde lleno de orgullo Alex—. Esto le vendrá bien para distraerse.

—¿Cómo lo lleva? —Me atrevo a preguntarle.

—No lo sé con seguridad, creo que desde que Peter ha empezado a llamarla mamá siente que forma parte de la familia y se ha relajado un poco.

—¡Y menos mal que lo ha hecho! —exclama Max riéndose—. La rubia no te dejó respirar ni un segundo durante la gira.

Adam reprime las ganas de reírse saliendo al pasillo, y Alex va a responder a Max, pero justo en ese instante es interrumpido por el timbre. Lo señala con el dedo cuando pasa por su lado.

—Deja este tipo de chistes si no quieres vértelas con ella.

Eso sí que da miedo.

El resto del día transcurre con rapidez, Alice llega un par de horas más tarde para revisar que no explotamos a su amiga, o como la llama ella, su hermana, Mey. Como los niños no dejan de solicitar atención, y la posibilidad de que salgan a jugar al jardín está descartada por culpa de la tormenta que cae fuera, me los llevo al sótano.

A Peter siempre le han llamado la atención las guitarras, y por más que lo haya intentado Henry en estos últimos años, la batería no le atrae mucho. Pero para mi asombro, Awen no duda un instante en sujetar con firmeza las baquetas y darle con fuerza a los platillos mientras el pequeño se tapa los oídos con las manos.

Tengo que pararla antes de que se hagan daño en los tímpanos, y ponernos unos cascos para que puedan seguir trasteando. Henry tendrá que volver a afinar la batería cuando regrese, sin embargo, dudo que se moleste cuando le explique que ha sido por una buena causa.

Cuando la pequeña se aburre de jugar con la novedad, se va derecha hacia el sofá y se sienta. Coloca las manitas encima de sus piernas, y mantiene la espalda recta. Está hecha una pequeña muñequita.

—Títo, ¡mila! —La pequeña señala con uno de su dedito, y dirijo la mirada hacia el lugar que indica, lleno de curiosidad.

—Es un saco para boxear, al tío Henry le gusta practicar ese deporte —inmediatamente me pide que le haga una demostración.

Awen aplaude emocionada, y Peter aparta la guitarra acústica a un lado con sumo cuidado y se levanta del suelo con interés. Me acerca los guantes que ve encima del reposabrazos del sofá, y me ayuda a ponérmelos, para luego sentarse al lado de la hija de Adam.

Al principio doy un par de golpes, mirando de reojo a los niños, pero enseguida me enfrasco en alternar varios ganchos seguidos, y mi cabeza

empieza a darle vueltas a todo el asunto de Dany. Sin apenas percatarme de ello el tiempo pasa, y solo paro cuando Peter tira de la tela de mi pantalón para que le haga caso. Bajo la mirada, el pecho me sube y baja de manera arrítmica debido al esfuerzo físico que acabo de realizar.

—¿Qué pasa, Peter? —inquiero mientras intento retirarme los guantes.

—Awen... —pone los ojos en blanco y ladea la cabeza. Miro hacia el sofá y es cuando la veo, se ha quedado dormida.

—Vamos a llevarla con sus papás —le indico.

Antes de atender a la niña, me seco el sudor de la cara y la nuca, con una pequeña toalla que Henry guarda en un pequeño mueble auxiliar junto al saco. Sonrío al hijo de Alex, y le hago un gesto para que no sea ruidoso al subir las escaleras. Cargo a Awen en brazos, pero al llegar al *hall*, me encuentro con Adam y se la paso a él.

Sigo el sonido del televisor y los murmullos de resto de mis amigos hacia el salón, donde los encuentro tomándose una cerveza.

—¡Joder! Es que nunca se cansaran —apunta Max observando las imágenes de la pantalla. Giro la cabeza y me doy cuenta de que están hablando de Henry y Adabella.

—Bella ha de estar pasándolo fatal —insinúa Alice, con el rostro compungido.

—En un par de meses estaremos con ellos allí —declara Alex.

Durante unos segundos nos quedamos en silencio, Mey baja por las escaleras, y se sienta al lado de su pareja mostrando una sonrisa pletórica. Le comenta entusiasmada la idea que tiene para la habitación del bebé, y que tiene que ponerse lo antes posible en contacto con varias empresas para pedir presupuestos y materiales.

—Henry ha dicho que no te preocupes por el importe, que lo decores como quieras —le informa Adam.

Mey abre la boca para responderle, pero rápidamente su rostro cambia por

completo cuando ve en la televisión la figura de Dany en segundo plano.

—Ya está la lagarta esa molestando —comenta de manera despectiva, y no puedo evitar sentirme molesto.

Contemplo al reportero, es de otra cadena distinta a la de Dany, y por lo que parece e (se) han desplazado bastantes medios de comunicación, porque en el plano que están mostrando no solo se la ve a ella al fondo, sino que también están otros periodistas.

—Tan solo están realizando su trabajo... —murmuro, y creo que mis amigos no se lo toman muy bien.

—Puedo llegar a entender que quieran una imagen de Bella con la barriga, o que pretendan obtener una declaración de Henry. Pero eso no les da derecho a difundir rumores falsos, a señalar y criticar las decisiones que has tomado en la vida como si no fuésemos personas —Mey, se ha levantado y mantiene los puños apretados.

Alex decide acariciarle la mano, y tira de ella para que vuelva a sentarse a su lado. Le susurra palabras dulces al oído, y ella le corresponde abrazándole.

Ojalá pudiese decirles que Dany no fue la causante de lo que les ocurrió, y sin embargo asumió la culpa y pagó perdiendo su empleo. Pero sé que no es el momento, y lo más seguro es que nunca lo lleguen a entender.

Añoro mantener charlas con ella, y desearle las buenas noches. Reparo en su rostro pequeño, y su nariz recta. Mueve los labios y gesticula con las manos hacia alguien que no sale en pantalla.

Le queda genial el atuendo que ha escogido, es simple, pero con personalidad; un top blanco con bordados en plata, y una falda negra con volumen. Es una pena que no sea capaz de vislumbrar sus ojos almendrados a la distancia en la que está...

Vaya, vaya... ¿Y ese quién es?

Doy un paso al frente sin pensarlo, y entrecierro los ojos fulminando con la vista al tío que sujeta del antebrazo a Dany, mientras le dedica una sonrisa

de oreja a oreja. Lleva consigo una cámara que sujeta en la otra mano, y me imagino que es un compañero, pero no sé si la escena que veo es a causa de una pelea o...

—¡Se acabó! —exclama Alice apagando la televisión.

«¡No!», grito para mis adentros.

Si tanto te molesta, vete a Dublín y solúcionalo con ella.

¡Vaya, mi conciencia tiene razón! El resto de los chicos pueden a ir mas tarde, pero yo en cambio...

Decidido, me voy.

10. La llegada

Dublín, Irlanda. Dos meses más tarde.

NATE

Estoy concentrado en el diseño de un vestido inspirado en los locos años '20. La iluminación en mi antiguo dormitorio no es la más idónea para esta tarea, sin embargo, estoy tan ensimismado, que no me importa.

Sujeto el lápiz sin titubeos, y poco a poco va cobrando forma. Sé que lo normal sería usar líneas relajadas y rectas, pero decido fruncir la cintura para crear un efecto visual más actual.

No soy consciente de cuánto tiempo invierto en el diseño, hasta que alzo la vista y veo la hora que es. Reviso el boceto, y lo guardo en el portafolios, sonriendo al haber conseguido crear algo distinto, y único.

Estiro los brazos por encima de la cabeza, notando como los músculos se quejan a causa de la postura en la que he estado. Me levanto arrastrando la silla hacía atrás, y salgo al pasillo revisando a un lado y al otro.

—¡Mamá! —la llamo y sigo sin tener ni idea de donde esta —Madre querida del alma... —canturreo abriendo a mi paso la puerta de su dormitorio, y me dirijo al salón al no verla allí.

—¡Estoy en el jardín! —La escucho gritar, y me acerco a la ventana para verla.

Esta de rodillas en la tierra, plantando nuevas flores, lleva unos guantes verdes que le llegan hasta los codos, y me fijo en el esmero y cuidado con el que trata a las plantas.

—¿Te me vas a quedar mirando todo el día, o piensas venir a ayudar a tu madre? —me pregunta mirándome por encima del hombro.

¡Buff! «Qué pocas ganas tengo de mancharme de pies a cabeza», pienso para mí. Aun así, expulso una bocanada de aire lentamente mientras cruzo la puerta trasera.

¡Ánimo que tú puedes!

Busco los guantes de repuesto que tiene mamá, y arrugo la nariz con la idea de estropear los pantalones que llevo puestos.

—Deja de comportarte como un bebé, y pásame el rastrillo —me regaña, y obedezco con rapidez.

No quiero tener que lidiar con una madre enfadada.

Me paso un buen rato ayudándola, y cuando termina de enterrar las últimas semillas, se levanta apoyándose en mi hombro. Siempre le ha gustado la jardinería, y me alegra verla contenta, pero odio que me arrastre con ella en sus *hobbies*.

—Perfecto. Te has ganado un refresco —me indica mientras se cambia el calzado para no manchar el suelo cuando entra en el interior de la casa.

—Prefiero una ducha —murmuro entre dientes mientras la sigo.

Me siento en una de las sillas de la cocina, y mamá llena un vaso para pasármelo después. Doy un trago largo, y al acabar me doy cuenta de que aún no le he comentado sobre mis planes.

—Mami —reclamo su atención usando la voz más melosa y lastimera del mundo, y preparando una de esas miradas adorables que ninguna madre puede resistir.

—Uy, ¿qué me vas a pedir? —¡Vaya, me ha pillado!

—¡Nada! Es que no puedo...

—No, no puedes porque te conozco muy bien, y sé que quieres decirme algo que te incomoda —me interrumpe sentándose enfrente de mí, y se cruza de brazos a la espera de que le responda.

—Está bien... —le doy la razón—, llevo varios meses aquí. ¡Que estoy

muy bien y te quiero mucho! —exclamo de golpe—, pero debo buscar un empleo y lo más seguro es que tenga que marcharme de Irlanda para encontrar algo de lo mío.

Me siento mal cada vez que la dejo sola, siempre hemos sido ella y yo contra el mundo. No conocí a mi padre, porque la abandonó en el momento que le dijo que estaba embarazada de mí. Y aunque su hermano ejerció de protector durante unos años, cuando su esposa falleció se volvió un huraño incluso con su propia hija, mi prima Adabella.

Agacho la mirada, no quiero que piense que no la quiero, ni que no me gusta vivir con ella.

—Nate —alzo la vista, y me sonrío—, si no llega a salir de ti te lo hubiese terminado comentando yo. Tu lugar no está aquí, y entiendo que tengas que marcharte.

—Pero no me voy a ir mañana, lo haré después de que la prima dé a luz a su bebé —puntualizo.

Me paso charlando con mi madre el resto de la mañana, y le comento mis intenciones de enviar a varias empresas de Londres mi perfil. No espero que me acepten a la primera de cambio, pero debo ir empezando a moverme. He decidido probar suerte en esa ciudad por dos motivos; el primero es que estaré más cerca de mamá, y el segundo es que mi prima si irá a vivir con su marido allí y así no perderé el contacto de nuevo con ella.

Vivir alejado de los míos durante tanto tiempo me ha marcado, y no quiero volver a sentirme solo.

DANA

Tengo la sensación de que cada vez me parezco más a una *groupie*, que a una periodista. Las horas que he invertido frente al domicilio de Henry Strom a la espera de unas declaraciones están agotando con mi paciencia.

Las veces que han salido del edificio han sido escasas, al menos de las que

tenemos constancia. Han usado una limusina para despistar a la prensa y así escabullirse con otro vehículo un rato más tarde, también se han escapado de los focos saliendo siempre desde el garaje...

Las únicas visitas que han tenido en este tiempo han sido; la del primo de ella, un joven bastante apuesto llamado Nate, y la del padre ayer. Pero la que ha trascendido es la de este último, debido a que es el dueño de la discográfica con la que trabaja el grupo, y que no se ha pronunciado en ningún momento sobre la boda, ni el embarazo de su hija.

Aunque, tampoco se ha conseguido ningún tipo de declaración en su visita exprés.

Estoy agotada... Los ojos se me cierran, y lucho contra el sueño mientras escribo un *e-mail* al redactor del programa. Hace semanas que he dejado de quejarme por cubrir esta noticia, me limito a mandar un video adjunto de la llegada del padre de Adabella, y su salida, y le explico que son solo treinta segundos en total.

Sé que de ahí podrán sacar una sección de media hora como mínimo. Los fans de Slow Death no se cansan de ver a sus ídolos, aunque sea por “seúdonoticias”, y los directivos de la cadena están encantados con las audiencias que se consiguen.

Abro los ojos de golpe al escuchar como llaman a la puerta de mi habitación, creo recordar que puse el cartel de no molestar, pero ahora no estoy muy segura. En cinco horas debo regresar a mi puesto, otra vez...

Me levanto de la cama, en la que estaba tumbada, y abro. Sin apenas saludar, mi compañero Mathew entra con el móvil en la mano, habla tan rápido que casi no logro entenderlo.

—Por favor, quieres ir más despacio... —le ruego, mientras cierro a su paso.

—Tienes que ver esto, no te lo vas a creer. Es una... —se sienta en el borde de la cama, y me hace un gesto con una mano para que me siente a su

lado.

Mathew, es el cámara con el que trabajo en este reportaje, es uno de los pocos compañeros con los que me llevo bien. Y todo se lo debemos al odio mutuo que le profesamos a nuestra adorada compañera Kassy.

—A ver, qué sucede ahora... —le digo con tono cansado— Déjame adivinar, ¿te han fastidiado el último capítulo de tu serie favorita con un spoiler?

—No seas gafe —se queja dándome un pequeño empujón con el codo—. Mira.

Me muestra la pantalla de su teléfono, y frunzo el ceño al ver la cabecera de nuestro programa, a los pocos segundos aparece en primer plano Kassy. Le quito el móvil de las manos y me levanto como si tuviese un resorte en el culo.

Le subo el volumen, y escucho con atención. ¡Está hablando de Slow Death! Enseñan varias imágenes en las que se ven a los chicos con sus mujeres y parejas, y justo antes de terminar deja caer una pregunta: «¿Por qué a John Wells aún no se le ha conocido ninguna pareja hasta el momento? Me he propuesto descubrir qué hay detrás del bajista de esta famosa banda de rock, y estoy segura que vosotros también tenéis curiosidad por conocer qué esconde».

—Oh, Dios... —susurro.

—¡Exacto! —exclama Mathew— ¿Qué vas hacer? Se está apropiando de tu sección, y estoy convencido de que se folla a algún pez gordo para conseguir el puesto.

Es muy posible.

«John...»

—Es mejor que te vayas a tu dormitorio —mi voz suena sin apenas entonación—, en unas pocas horas debemos regresar a hacer la guardia.

Giro el pomo de la puerta bajo la atenta mirada de Mathew, que se levanta

y camina a paso lento. Le devuelvo el teléfono, y entrecierra los ojos.

—¿Y ya está?! ¿A dónde se han ido los gritos, insultos y maldiciones? —Me encojo de hombros, aguantándome la rabia que bulle en mi interior—
¡Mierda! Yo quería la cabeza de Kassy.

Ya le llegará la hora.

—Vete a dormir... —insisto, y él me da un beso rápido en la mejilla pillándome por sorpresa antes de salir al pasillo.

En el instante que me quedo a solas, lo primero que hago es ir a por mi teléfono. ¿Qué debo hacer? Es posible que no se haya enterado, quizás debería de enviarle un mensaje o quizás...

Me pongo a dar vueltas por la pequeña habitación con el móvil entre las manos. No sé qué hacer, hace dos meses lo bloquee precisamente para evitar este conflicto, no debería de preocuparme tanto, no...

El corazón me late con fuerza, las manos empiezan a sudarme, busco el teléfono de John en la agenda y lo desbloqueo. Comienzo a escribir un *whatsapp*, pero tengo un millón de dudas, porque no me convence ninguna palabra que escribo. Todas me parecen llenas de un cinismo demasiado alto incluso para mí.

Así que decido inspirar en profundidad, cerrar los ojos por unos segundos y dejarme llevar por lo primero que salga.

Dana: Hola, solo te escribo para advertirte que mi queridísima compañera, sí esa a la que tanto cariño le tengo, ha salido hoy en mi sección del programa y ha hablado de ti. Cuídate y ándate con ojo...

Le doy a enviar sin apenas leerlo, expulso el aire de los pulmones que estaba reteniendo inconscientemente, y me siento de nuevo en el borde de la cama. ¡Ya está hecho!

Sé que no solucionaré nada, que Kassy seguirá intentando trepar en la cadena, pero tenía la necesidad de avisar a John.

Doy un salto al sentir el tono de un mensaje entrante: ¡Es él!

John: Me alegro mucho de volver a hablar contigo.

Dana: Solo quise avisarte, nada más.

John: Te lo agradezco. Te he extrañado...

La sensación de euforia que me genera volver a tener contacto con él me aturde. Mi intención es despedirme y volver a bloquearlo de nuevo, pero al ser consciente de la hora que es mi curiosidad me puede.

Dana: ¿Qué haces despierto a estas horas?

John: Lo mismo podría preguntarte, pero no me cambies de tema.

Dana: No empieces, John...

John: Esta bien, no insistiré más. Sin embargo, creo que no hacemos mal a nadie si seguimos hablando como amigos.

Dana: Eso no creo que sea posible, y lo sabes.

John: Te propongo un trato.

Sonrío como una tonta ante este intercambio de mensajes, y me subo del todo a la cama para apoyar la espalda contra el cabecero.

Dana: A ver, ¿de qué se trata?

John: Pongamos unas reglas.

Dana: ¿Reglas?

John: Sí, comienzo yo. 1ª nada de secretos.

Dana: ¿Vas en serio?

No me creo que esté dispuesta a seguirle el juego, y que al mismo tiempo lo disfrute tanto. Debo haber perdido la cabeza por completo.

John: Venga te toca.

Dana: De acuerdo. 2ª Si vamos a ser amigos, lo que diga el resto del mundo sobre el otro no nos afectará.

John: Esa me ha gustado. Continuo, 3ª nos hablaremos siempre que queramos, sin remordimientos.

¡Pedazo de indirecta!

Dana: 4ª Si se tarda en responder en alguna ocasión, se tiene que ser comprensivo. Existe el trabajo, la familia y los amigos...

John: 5ª Si somos amigos podemos quedar para vernos.

Dana: ¿Vernos?

John: Sí, vernos. Como amigos. No es raro que dos personas tomen algo o se saluden si se encuentran por casualidad.

Dana: Ya... Bueno, ¡me toca! 6ª No se puede enterar nadie de nuestra amistad.

John: ¿Temes que sea un inconveniente debido a tu trabajo?

Dana: Sé que lo es, si el mundo se enterase de que nos hablamos desde hace casi un año, perdería toda mi credibilidad como periodista.

John: Nunca dejaría que eso pasase.

Dana: Lo sé, pero no lo puedes controlar. La opinión del público es imprescindible para un empleo como el mío, además, tampoco quiero que la gente crea que has estado dándome información de tus amigos cuando no es cierto.

John: ¿Por qué crees que dirían algo semejante?

Dana: ¿Te olvidas con quien estás hablando? En mi mundo lo primero que harán es sospechar, luego preguntaran creando la duda, y con el tiempo todos lo creerán, aunque se niegue.

John: Dany...

Dana: ¿Qué?

John: Tienes que descansar, mañana madrugas.

Da la casualidad de que leo el último mensaje mientras me froto con la palma de la mano el ojo derecho. Tiene razón, al final dormiré cuatro horas escasas.

Dana: Buenas noches, John.

John: Buenas noches, Dany.

Dejo el teléfono encima de la mesilla de noche, y me llevo la mano a la frente. ¡¿Qué acaba de ocurrir?! No estoy muy segura, de cómo terminará todo, pero si nos limitamos a mantener conversaciones puede que consigamos mantener una... ¿amistad?

Prefiero no pensar mucho en ello, ya se verá con el tiempo lo que sucede.

JOHN

Hace una semana que llegué a Dublín, y no he ido a visitar a Henry y a su esposa para que la prensa no se dé cuenta de mi presencia. Al final me incliné a esperar un poco y hacer las cosas con cabeza, no podía irme de la noche a la mañana sin dar explicaciones a mis amigos. Mucho menos dejarles con todo el asunto de la decoración a ellos. En este instante lo único que saben es que me reuniré con todos en cuanto vengán a visitar a Adabella y a Henry.

Indagué un poco por mi cuenta y averigüé donde se alojaba Dany, lo malo de este plan alocado es que en ese mismo establecimiento están la gran mayoría de *paparazzis* que se han desplazado para cubrir la noticia de mi amigo.

Por suerte, no he tenido que secuestrarla ni nada que se le parezca, ella misma me ha vuelto a contactar a través del teléfono.

Voy caminando por la calle en plan incognito, llevo puestas unas gafas de sol oscuras que son más del estilo de Alex que mías, y en vez de vestir pantalones vaqueros y chaqueta a juego, me he puesto un chándal y una gorra para que nadie me reconozca.

Saco el móvil y comienzo a escribirle, es la hora de la comida, me imagino que hará algún descanso.

John: Buenas tardes.

Espero un poco a que lea el mensaje, y en cuanto me doy cuenta de que se ha conectado sonrío como un bobo.

Dany: Buenas tardes.

John: ¿Qué tal la mañana?

Dany: Con sueño... He discutido con el redactor de nuevo por culpa de Kassy.

John: ¿Qué te ha dicho?

Dany: Que no debo preocuparme por mi puesto, que solo me cubre mientras no estoy en el plató.

John: ¿Estás preocupada?

Dany: Estoy bien.

John: Dijimos que nada de engaños... Primera regla, ¿recuerdas?

Dany: Es cierto. Sí lo estoy, un poco al menos.

John: Quiero verte.

Dany: Jajajaja, va a ser un poco difícil estando tú en Londres y yo aquí.

John: No estoy en Londres.

Dany tarda en responder, compruebo que comienza a escribir, pero se me hace eterna la espera.

Dany: ¿Dónde estás John?

John: A dos calles.

Dany: ¡Qué! ¡Estás loco, te pueden reconocer!

John: Llegué hace una semana, y nadie se ha enterado. Quería arreglar nuestra amistad, y necesito que hablemos en persona.

Dany: Es demasiado arriesgado...

John: No pienso marcharme sin conseguir verte.

Dany: Déjame pensar...

Le contesto con un simple "ok" y espero. Noto una sensación extraña, por lo general suelo ser bastante tranquilo, pero ahora no dejo de sentirme

nervioso.

Dany: No podemos vernos en la calle, alguien terminará reconociéndote.

John: Ok, ¿entonces qué propones?

Dany: Dame la localización de donde te hospedas y me acerco yo.

Debo estar luciendo una sonrisa de oreja a oreja, mientras le indico la dirección. Aprovecho y le pregunto sobre qué hora llegará, pero me comenta que no puede asegurarlo con certeza. Cuando me despido, me doy la media vuelta y regreso por donde vine para que me dé tiempo a preparar, lo que espero sea una cena de reconciliación.

11. Charla con el chef

DANA

Llevo todo el día de los nervios pendiente del móvil, esperando recibir algún otro mensaje de John, pero no ha sido así. Le dije que acudiría a su hotel cuando terminase de trabajar, sin embargo, no es tan sencillo. Estoy en mi dormitorio, y Mathew se ha empeñado en que debo de intentar socializar con el resto de compañeros, asegura que soy una borde con ellos y que por eso nadie se atreve a hablar conmigo.

¿Borde yo? Que equivocados están... Soy satanás, mejor ni que se acerquen.

Me tapo la boca con la palma de la mano para evitar reírme por la ocurrencia de mi subconsciente, y me doy cuenta de que mi compañero, Mathew, levanta una ceja sin saber qué me ocurre.

—No voy a ir, por mucho que insistas —le comento, mientras me acerco hasta el minibar y saco un botellín de agua. Me muero de sed.

—Ni que tuvieses algo mejor que hacer —me dice, y casi me atraganto.

—Tan solo pretenden cotillear, es lo único que hacen, chismorrean durante el trabajo y continúan todo el día —exhalo un suspiro de cansancio—. No encajo entre ellos, y tampoco pretendo hacerlo.

—Deberías de hacer lo que yo, sonrío, asiente y luego cada uno por su lado —se encoje de hombros.

—No voy a fingir que me caen bien —insisto.

—Hazlo por mi —me suplica con la mirada, y estoy tentada de decirle que sí cuando caigo en que no puedo.

—Lo lamento mucho Mathew, tendrás que apañártelas como un chico mayor tu solito —lo sujeto de los hombros, y le insto a que se dé la vuelta

para que salga.

—No quiero ser mayor —lloriquea imitando a un bebé.

—Hasta mañana, tonto —me despido, y cuando me quedo a solas expulso el aire los pulmones.

«¿Y ahora que me pongo?»

He logrado escabullirme sin que se percatase nadie del hotel. Realizo un mohín, sin estar convencida de ir acorde para el encuentro. Como no tenía ni idea de qué tipo de ropa sería la adecuada, al final me he decantado por unos vaqueros cómodos, y una blusa en tono granate.

Miro una vez más a mi alrededor por encima de las gafas de sol, para asegurarme de que nadie me sigue, me estoy volviendo una paranoica.

Me subo al primer taxi que encuentro y le pido que dé un par de vueltas por el barrio antes de que se dirija a la dirección que John me facilitó. Después de un par de minutos, me permito apoyar la espalda, y me llevo la mano a la sien, llevo demasiado tiempo en este oficio.

Al llegar, le dejo al taxista una generosa propina, quizás para evitar que abra la boca en caso de que se haya dado cuenta de quién soy, y a donde me dirijo.

Me extraña comprobar que el hotel en el que se aloja John no es uno de lujo, más bien se podría catalogar como sencillo, y austero. Confirmando de nuevo las indicaciones que me dio a través de la aplicación del móvil, y sí, estoy en el lugar correcto.

Me acerco hasta la entrada, y verifico que no tiene una recepción. Frunzo el ceño, y lo zanjo de la manera más práctica, enviándole un wasap. Casi al instante recibo la contestación, indicándome que suba a la segunda planta, empujo la puerta cuando escucho el sonido del portero automático.

A medida que asciendo los nervios de reencontrarme con él van en aumento. Es algo que no puedo evitar, y que me cuesta controlar.

Trago saliva, y avanzo a paso lento por que; uno, no sé si darle un abrazo, dos, un beso en la mejilla, o tres, saludar de manera indiferente. Todo eso deja de tener importancia cuando llego a la entrada de su habitación, dado que me encuentro con la puerta entreabierta. La empujo con recelo asomando la cabeza mirando a un lado y al otro. El aroma inconfundible a vegetales horneados, o a la plancha me sorprende, menciono el nombre de John en alto y oigo como me indica que pase.

Cuando cierro la puerta a mi paso, me percató de que lo que ha alquilado es un aparta-hotel, que dispone de una cocina completa en la que se encuentra John haciendo...

—¿Qué estás haciendo? —pregunto mirando a mi alrededor cada detalle del apartamento.

—La cena. Ponte cómoda, le quedan unos diez minutos —me comenta, dándome la espalda, concentrado en su faceta de *chef*.

Me doy media vuelta, un poco decepcionada con el recibimiento. No he tenido ni un abrazo, ni una situación incómoda... Le obedezco, me quito el abrigo y poso las gafas de sol en la pequeña mesa que está dispuesta con la cubertería y los platos.

¡Tiene todo preparado!

Echo un vistazo por encima del hombro, no es que lo quiera espiar, simplemente me da curiosidad conocer qué tan bien se le da la cocina. Mis ojos, como si tuviesen vida propia, se han quedado hipnotizados por su culo, y da igual que mi mente grite que deje de comérmelo con la vista. ¡No me hace caso!

Levanto la mirada con rapidez en el instante que se da la vuelta con una bandeja entre las manos.

¡*Pillada!*

Sonrío, fingiendo que no sé a qué viene esa sonrisa perturbadora que me enseña. Él avanza con seguridad en mi dirección, y realiza un gesto con la

cabeza para que tome asiento.

—Me alegro de tenerte aquí, tenemos muchas conversaciones pendientes —me dice, colocando en el centro de la mesa la bandeja.

—Yo creo que ya lo hemos hablado todo —le contesto de manera tajante, no es preciso que sigamos con la misma canción una y otra vez.

John, levanta una ceja, quizá no piense de lo mismo que yo. Sin embargo, no me replica, se toma su tiempo para llenar las copas de vino, y luego servir la deliciosa berenjena rellena en sendos platos.

Me dispongo a tomar el primer bocado, cuando me fijo en que levanta la copa a modo de brindis, y cierro la boca dejando el tenedor en su sitio de nuevo. Y lo imito alzándola.

—Por los nuevos comienzos —declara, y con cara de: «qué está pasando», repito sus mismas palabras.

Durante lo que parecen unos largos minutos, ninguno dice nada, nos dedicamos a comer en silencio, sin apenas mirarnos a los ojos.

—¿Por qué me dijiste que no lo entendías cuando discutimos por teléfono, y dejaste de hablarme? —Me atraganto con el vino, y comienzo a toser.

—¿Perdón? —cuestiono sin recordar del todo a lo que se refiere.

—El día que te llamé, y me confesaste que me viste besándome con un chico —expone usando un tono de voz apacible—, te expliqué lo que pasó, pero no me quedó claro si lo que no comprendes es que me pueden llegar a gustar tanto hombres como mujeres, u otra cosa.

—Puedo comprender que tus gustos sean diversos —le planteo escogiendo con cuidado las palabras—, lo que no soy capaz de entender es que, si estabas conmigo, en aquel entonces —puntualizo—, te interesase alguien más.

Lucho por no bajar la vista, y mantenerla firme. Es doloroso pensar que no era lo suficientemente buena para el chico que me gustaba. John frunce el ceño, y se limpia la comisura de la boca con la servilleta antes de responderme.

—Dany, no fue nada premeditado, llevaba mucho tiempo desconcertado sin saber muy bien lo qué me pasaba. Fue el primer beso que me daba un chico, y cuando sucedió me quedé atónito, no me desagradaba, y me llegó a excitar —aprieto las piernas por inercia, que salga de su boca esa palabra consigue que se me acelere el pulso, y eso es algo que me perturba—. Tendría que haberlo apartado, pero no lo hice, y luego no volví a saber de ti.

—Creí que era parte de algún juego —me paso la lengua entre los labios, y prosigo—. Ponte un segundo en mi lugar, te encuentro besándote con un chico, mi hermano y tu amigo conspiran a mi espalda, y durante todo el tiempo que pasamos juntos nos mantuvimos a escondidas. Era imposible que no llegase a la conclusión de que me habías utilizado, deseaba que la tierra me tragase, y no quise regresar.

Es difícil sincerarse después de tanto tiempo, me doy cuenta de que aún me duele. Sin espéralo, John me sujeta de la mano y entrelaza nuestros dedos.

—Lo siento, Dany. Nunca quise hacerte daño, y hoy en día me sigo arrepintiendo de no haberte presentado a los chicos, y decirte lo que me atormentaba —su rostro reafirma cada palabra que dice—. Jeremy por aquel entonces no dejaba de atosigarnos para que no nos involucrásemos en ninguna relación y no quería que se enterase.

—Ya no se puede hacer nada al respecto —fuerzo una sonrisa.

—Has cambiado tanto —comenta cambiando de tema, y siento como el pulgar de su mano comienza a realizar círculos sobre el dorso de la mía—, antes llevabas el pelo largo, y usabas gafas.

—Las lentillas son un invento maravilloso, igual que las esteticistas —bromeo, lo cierto es que de adolescente tenía pinta de *nerd*.

Se ríe conmigo, y me relajo de tal manera que no sé cuando ha sido el instante en el que se ha movido con su silla hasta casi quedar pegado a la mía. Tomo aire por la boca sin saber muy bien como reaccionar, John me sigue sujetando de la mano y he comenzado a notar como un cosquilleo se me

forma en el estómago.

¡Mariposas, mariposas!

No, no, no. Eso sí que no.

Me alejo de él realizando un movimiento brusco, y pienso con rapidez.

—Te ayudo a recoger, es lo mínimo que puedo hacer —le indico levantándome de mi asiento, para agarrar la vajilla y llevarla a la cocina.

—No es necesario...

—Uy, sí créeme, sí que lo es —murmuro por lo bajo, dándole la espalda.

Poso sobre la pequeña repisa tanto las dos copas como los platos, y resoplo al ser consciente de que no ha sido buena idea venir. Doy un respingo al sentir que las manos de John en mi cintura.

Noto su respiración en mi cuello, y por consiguiente retengo la respiración pendiente de su próximo movimiento.

—Permite que te eche una mano —menciona en tono grave.

Esto, sin duda alguna no es una buena idea.

12. El postre

JOHN

La velada ha ido mucho mejor de lo esperado, me he quedado más tranquilo después de que Dany me dijese el motivo real de su enfado. Tenía el resquemor de que fuese debido a mis gustos, y sé que si el motivo hubiera sido ese no podría hacer nada al respecto, cada cual tiene una mentalidad, unos valores, o creencias que son muy respetables y que no soy quien para intentar cambiarlos. Eso debe venir de ellos.

En el pasado probé a explicarle a mi madre, y sé por experiencia que no es sencillo de aceptar.

He vuelto a sentir la misma conexión con Dany que en el pasado, la he reconocido al instante mientras sostenía su mano. Se encuentra dándome la espalda mientras posa los platos sobre la alacena de la cocina, y decido aproximarme a ella.

La sujeto de la cintura, y me inclino para susurrarle al oído que me deje echarle una mano, el doble sentido de mis palabras consigue que me excite con el simple pensamiento de tenerla en mi cama.

¡¿A qué esperas?!

Realizo un movimiento lento con ambas manos, subiéndolas por su silueta, y deleitándome con sus curvas. Cuando llego a sus hombros, deslizo las palmas por sus brazos hasta llegar a sus manos. Me percató de la rigidez de su postura, puede que me esté excediendo...

Alejándome de su calor, me situó a su lado y le sonrío mientras agarro las copas.

—¿Te encargas de secar, y yo lavo? —Ladeo la cabeza, y le pregunto para evitar que la situación se vuelva incomoda, ella a su vez asiente casi sin pestañear.

Durante el tiempo que estamos codo con codo recogiendo los retos de la cena, le comento que en un par de días los chicos llegarán a Dublín para quedarse cerca de Henry y Bella, dado que está cerca la fecha del parto.

—No deberías de contarme esas cosas —niega con la cabeza.

—¿Por qué no? Somos amigos, y los amigos se cuentan las cosas, tampoco es que te esté diciendo nada que sea un secreto —puntualizo, quiero que se dé cuenta que puede confiar en mí.

—John..., dudo que... —Su teléfono móvil suena interrumpiéndonos, se desplaza hasta el sofá donde tiene el abrigo, y lo saca del bolsillo. Lee con atención el mensaje que le ha llegado, y luego alza la vista —. Tengo que irme.

—¿Va todo bien? —le pregunto, lleno de curiosidad al ver con la rapidez que se pone el abrigo, y pilla el bolso.

—Son asuntos de trabajo —murmura, caminado hacia la puerta—. Nos vemos —me dice a modo de despedida, posando la mano en el pomo.

Me acerco a ella, y la beso en la mejilla, muy cerca de la comisura de sus labios.

—Hablamos, buenas noches, Dany.

—Buenas noches, John —me comenta, y me fijo en el tono que adquiere su rostro, se ha ruborizado.

Cuando me quedo a solas en el apartamento, no dejo de darle vueltas a la cabeza, y sonrío recordando el buen rato que acabamos de pasar juntos. Me dirijo al dormitorio, y comienzo a desvestirme, entro al baño, y abro el grifo de la ducha.

El chorro de agua caliente cae sobre mi nuca con fuerza, y cierro los ojos. Mi miembro despierta con el recuerdo de la figura de Dany, llevaba tiempo sin que una mujer despertase algún interés en mí.

El morbo que me produce nuestras circunstancias, lo aviva.

Rodeo con la palma de la mano la erección que se me ha formado, y empiezo a realizar un ritmo lento, casi torturador, porque siendo sincero no quiero terminar pronto.

Manteniendo los ojos cerrados, me imagino la escena de hace un rato con Dany en la cocina. Acercándome a su espalda, tal y como hice, pero en mi fantasía modifico lo que sucedió. La sujeto por la cintura, y la instó a que se voltee para luego aproximar mis labios a los suyos y besarla con pasión. Deslizo las palmas de las manos por su cuerpo, y cuando llego a su trasero la levanto en el aire para posarla sobre la encimera.

Le ayudo a bajarse los pantalones, arrastrando al mismo tiempo la ropa interior. Fantaseo con sus gemidos, sus pechos, y el sabor de su piel. Todo ello mientras aumento la velocidad con la que me masturbo. No necesito mucho más para llegar al orgasmo y correrme.

Apoyo la frente en las baldosas frías, el agua caliente no deja de caer sobre mi piel, un contraste de temperatura que me devuelve a la realidad. Abro con lentitud los ojos siendo consciente de lo que acabo de imaginarme.

Estás perdido chaval.

NATE

Hemos recibido una llamada del marido de mi prima Adabella, Henry, sobre las doce y media de la noche. El pobre estaba acojonado de miedo, iban de camino al hospital, porque Bella tenía contracciones, y como aun le faltan cuatro semanas para salir de cuentas estaba asustado.

Mi madre y yo nos estábamos preparando para salir de casa cuando nos devolvió la llamada de nuevo para avisarnos de que era una falsa alarma, sin embargo mamá se ha empeñado en que vayamos a verla. ¡Ahora! No mañana, ni pasado...

Y aquí me encuentro, de chofer particular a la una y media de la madrugada con un sueño de muerte y con ganas de morderle a alguien.

—Mete la furgoneta en el garaje, la entrada está repleta de paparazis —me ordena ella señalándolos con cara de disgusto.

Aminoró la marcha, y me percaté de que así es. Habrá unos diez corresponsales que realizan fotografías en nuestra dirección, y estoy convencido de que en unas horas saldrá la noticia en las redes sobre nuestra visita nocturna.

Estoy a punto de entrar en el parking del edificio cuando me doy cuenta de la llegada de una periodista que corre sin aliento hacia uno de los cámaras... «A esa se le han debido pegar las sábanas».

En cuanto subimos, Henry nos abre la puerta y nos saluda con un rostro cansado y lleno de angustia. Estoy a punto de reírme por la pinta que tiene, pero me contengo al estar mi madre cerca, no quiero que me regañe como a un niño pequeño.

—¿Cómo se encuentra? —pregunta mamá, ojeando a su alrededor sin encontrar por ningún sitio a mi prima.

—Bien, nos han dicho que son las típicas contracciones de preparación y que no regresemos a no ser que aumenten o se presente un sangrado... —Henry se pasa la palma de la mano por la mandíbula, y ese gesto consigue que toda la gracia de la anécdota se esfume por completo. Está preocupado por Bella, la quiere, de eso estoy seguro—. Le he dicho que pasase la noche allí, pero es una cabezota, y se ha negado.

—Te he dicho que estoy bien —interviene la pecosa asomando la cabeza por el pasillo. Saludo a mi prima con una sonrisa, y en cuanto la tengo cerca le doy un abrazo de oso, y un beso en la mejilla.

—¿Estás segura, niña? ¿Quieres que avise a tu padre? —Mamá también la abraza, y no tarda ni dos segundos en acariciarle la barriga con cariño.

—Lo estoy, la culpa es de Henry que se ha vuelto loco con la idea de que ya llegaba y que debía ir al hospital —pone los ojos en blanco y se sienta en el sofá—. Se ha montado todo un circo ahí afuera, ya he hablado con papá y

le mandé un *whasap* para asegurarle que aún no estaba de parto.

—¡Eh, que yo solo quería asegurarme de que Elvis no llegase antes de tiempo! —se queja su marido haciendo un mohín logrando que su esposa se ría en alto.

—No se va a llamar Elvis... —insiste ella.

—Algún día me contareis el motivo de esta discusión —les comento, mientras tomo asiento al lado de mamá.

—No era necesario que vinieseis —dice Bella, y observo como entrelaza la mano con Henry... Me dan envidia.

—No hace falta que te diga quien insistió —. Recibo una colleja de mamá que expresa su malestar.

—¡Por supuesto que había que venir!

—Bueno, no es la única que piensa de esa manera. Los chicos han adelantado el viaje y llegarán a Dublín mañana —nos informa Henry.

—¡¿Alice, Em, y Mey también?! —exclama con emoción volteándose mi prima hacía él.

—Todos —asegura sonriente.

—¿Y los niños? —inquieta dudosa.

—Ellos quedan a cargo de Charles y mamá Fuller, los traerán en un par de semanas.

—¿Ella es la madre de Adam, la vidente? —curioso, y me gano otro golpe en la nuca de parte de mami. Realizo un lamento, y ella frunce el ceño.

—Según ella no lo es, afirma que solo sabe leer a las personas, pero siempre hemos tenido cautela con sus predicciones... No suele fallar —responde Henry usando un tono de voz bajo.

Abro la boca con animo a continuar preguntando cosas sobre esa mujer, cuando percibo por el rabillo del ojo que mi prima bosteza contagiándome de inmediato.

—Será mejor que nos marchemos —dice mamá levantándose.

¡Claro, la embarazada tiene que descansar, pero no duda en ordenar a su hijo conducir media hora en plena madrugada!

Mi conciencia se queja, y con razón, me muero de sueño.

—Si queréis podéis quedaros a dormir aquí esta noche —nos invita el barbudo, y asiento efusivo rogando con la mirada a mamá.

—No es necesario, no hay tanta distancia —. ¡Mierda!

Nos acompañan hasta la salida, y le indico a mi prima que me avise cuando quede con sus amigas porque quiero conocerlas. He escuchado tantas cosas sobre ellas que no me puedo aguantar las ganas. Adabella me asegura que lo hará, y nos da las gracias por acudir a verla.

Durante el trayecto de vuelta a Blessington, mi madre se queda dormida en el asiento del copiloto, y el silencio me obliga a meditar sobre la posibilidad de que jamás encuentre a una persona que me mire a los ojos con el amor y confianza con la que se ven Henry y Bella. Y lo más difícil de todo, que confie de nuevo en alguien.

13. Punto de partida

DANA

Han pasado casi dos semanas desde que cené con John, y la tensión entre ambos ha ido en aumento desde la despedida fugaz y apresurada que tuvimos. Esa noche recibí un mensaje de mi compañero, Mathew, avisándome de que una enfermera del hospital donde tendrán a su bebé Henry y Adabella había dado la voz de alarma con la llegada de la pareja a las instalaciones.

Durante el trayecto, me mantuve pendiente por si había cambios, y por suerte los hubo. Era una falsa alarma, y los profesionales no tardaron en mandarlos de vuelta a su vivienda hasta que llegase el momento. Llego a perderme el acontecimiento, o se llega a enterar mi jefe de que no estaba cerca de la noticia y hubiese perdido el puesto *ipso facto*.

Mathew intentó sonsacarme en donde me había metido, pero supe esquivar perfectamente cada pregunta que me soltó.

Durante los últimos días hemos estado persiguiendo a los componentes de Slow Death por todo Dublín, y en mi caso, además, he continuado conversando con John cada día a escondidas de todos. Sin ir más lejos, anoche mientras él estaba en un pub con sus amigos tomándose unas pintas, y tanto mis colegas como yo esperábamos pacientemente a que saliesen me envió un mensaje al *whatsapp*:

John: Ni te imaginas las ganas que tengo de salir a la calle y saludarte tal y como te mereces...

Dana: ¿Y cómo me merezco que me saludes, Wells?

John: Te lo mostraría, pero sé que eso te pondría en una situación complicada. Sabes, anoche soñé contigo.

Dana: John...

John: Lo sé, lo sé... Pero no hacemos nada malo, solo quiero compartir con mi amiga los sueños que he tenido, y en los que por casualidad ella aparece.

Sabía que me podía arrepentir, pero la curiosidad me pudo, necesitaba conocer qué había soñado. Así que le pregunté, y desde ese momento nuestras charlas son mucho más que simples palabras, se han convertido en pura sensualidad y fantasía escrita.

Unos golpes en la puerta trasera de la furgoneta me obligan a centrarme en el trabajo, llevamos esperando en la entrada del hospital unas catorce horas. Todos pensamos que al fin ha llegado la hora, y que Adabella O'Connell dará a luz en breve.

Salgo a la calle, y el frío de la noche golpea en mi rostro.

—¿Alguna novedad? —le pregunto a Mathew.

—Todo igual, dicen que continua en la sala de partos —comenta poniendo los ojos en blanco—. ¿Es normal que tarde tanto?

Levanto una ceja un poco molesta por la pregunta. «¿A caso se cree que por ser mujer debo saber ese tipo de cosas?»

¡Claro que sí! Las mujeres somos expertas en el conocimiento de los embarazos y la duración de los partos, nacemos con esa sabiduría de forma innata...

El sarcasmo de mi subconsciente no ayuda, llevo sin dormir cerca de treinta horas, todo debido a que cuando nos disponíamos a irnos para descansar al hotel nos enteramos de que Henry y Adabella habían salido del apartamento para acudir sin demora al centro hospitalario.

«Tengo ganas de morder a alguien».

Decido no contestarle, le regalo una mirada asesina y continúo caminando hacia el grupo de corresponsales que se han desplazado para cubrir la noticia. Cuando llegamos, le echo una mirada cómplice a Mathew, y le rodeo con los brazos su cintura para poder musitar sin que nadie se dé cuenta:

—Quédate aquí, no quiero levantar sospechas —escucho murmullos que provienen de algunos compañeros de otros programas, se creen que entre él y yo existe algún tipo de relación amorosa. Y me estoy aprovechando de eso, lo sé.

Avanzo hacia la puerta trasera del hospital, alejándome de todos mientras hago que hablo por el móvil. He conseguido convencer a una auxiliar de que nos filtre información de lo que sucede en el interior, quiero ser la primera en anunciar el sexo del bebé, y el estado de la madre.

Puede que no me entusiasme demasiado el tipo de labor que desempeño, o en la reportera que me he convertido, pero sigo deseando ser la mejor en mi sector, y quizás con el tiempo pueda elegir el tipo de contenidos en los que trabajar.

Cuando llego al callejón, miro a un lado y al otro cerciorándome de que estoy sola. Expulso con cansancio un suspiro, y me pongo a revisar los mensajes del móvil. Por inercia, abro el chat que tengo con John, llevamos sin hablar desde que ingresaron a la mujer de su amigo, le pedí que no me contase nada al respecto y lo está cumpliendo.

Temo que nuestra situación tiene las horas contadas, y que en cualquier instante sucederá algo que hará que todo estalle.

Leo con atención los últimos mensajes que nos hemos enviado:

John: Soñé que estábamos en mi casa, en la de Londres. Entrabas por el garaje como hiciste la última vez. Llevabas puesto un vestido veraniego, hacía calor y tu piel transpiraba tanto que brillaba a la luz del día.

Dana: ¿Qué más?

John: Te sujeté de la mano guiándote hacia el baño principal. Soy un buen anfitrión, y te sugerí que podías usarlo para que te sintieses cómoda.

Dana: Muy amable por tu parte...

John: Puro egoísmo, te lo aseguro.

Dana: ¿Y eso?

John: Porque en cuanto te despojaste del vestido, y quedaste desnuda me aproveche de la situación. Te espiaba mientras entrabas a la ducha y cubrías tu cuerpo con jabón. La imagen de tu silueta detrás de la mampara, y el vaho... No puede contenerme, di un paso al frente entrando en el baño y comencé a masturbarme.

Tardé en contestarle, no podía creerlo, me estaba confesando que le atraía físicamente, o al menos que había fantaseado conmigo. Sabía que dependiendo de la respuesta que le diese todo se complicaría o se acabaría definitivamente. Y no quería que eso sucediese.

Dana: No creí que fueses de esos que le gustan mirar.

John: Y no lo soy, a excepción de que se trate de ti.

Vuelvo a expulsar el aire contenido de mis pulmones, en esta ocasión por culpa de lo que me hace sentir. Desde ese día, nos intercambiamos mensajes de *wasap* relatando sueños, o fantasías del uno con el otro.

Necesitas follar con urgencia.

Lo cierto es que en ningún momento hemos cruzado esa línea, nos limitamos a describir nuestra anatomía, a narrar nuestras sensaciones y la excitación de una caricia o mirada furtiva.

No sé hasta qué punto se está conteniendo él, en mi caso puedo confirmar que yo no consigo sacármelo de la mente.

El carraspeo de alguien a mi espalda me sobresalta, me giro y me encuentro con la chica que me tiene que informar.

—¿Qué tienes para mí? —Voy directa al grano, no me ando por las ramas.

—He tardado en acudir porque acaba de nacer, es un niño —la chica se emociona, y alza la voz mostrando una alegría excesiva— ¡Ay, es tan lindo! Cuando ese niño salga en las revistas todos se enamorarán de él.

—*Shh*, no es necesario que grites —volteo la cabeza comprobando una vez más que no hay nadie cerca que pueda escucharnos—. Solo dame los datos.

Ella reacciona poniendo los ojos en dos finas líneas, quizá molesta por mi frialdad, pero termina asintiendo con la cabeza. Saco una pequeña libreta de notas que llevo siempre encima para casos como este, y levanto el mentón para que me informe.

—Ha pesado... —escribo la cifra, escuchando atentamente cada dato—, el parto ha sido natural, y la madre se encuentra cansada, pero sana. Le darán en alta en unas horas, tal como el protocolo indica, dado que no ha habido complicaciones.

Intento que me confirme el nombre del médico que la asistió, las horas que ha estado en la sala de dilatación, y si ha sido necesario usar algún tipo de hormona para facilitarle el trabajo de parto, y cosas más técnicas.

Pese a que soy rápida, dado que ya tenía todas mis preguntas meditadas de antemano, la chica se cruza de brazos, y da un paso atrás. Lo hace de manera inconsciente, pero es un gesto que suelen realizar los informadores cuando comienzan a sentirse incómodos.

Queriendo evitar que me deje a medias, le nombro a los componentes de la banda, y al feliz papá. Eso contribuye a que su hilaridad regrese, confirmándome que estoy tratando con una de sus fans.

—¿Sabes el nombre que le han puesto?

—Neill, le han llamado Neill —acaba diciéndome—. Ahora debo regresar o se darán cuenta de mi ausencia.

Claro, ahora le entran las prisas. Como no has celebrado con ella el feliz acontecimiento...

—Puedes marcharte, muchas gracias.

La muchacha se lleva la mano a la boca, y se pone a mordisquear la uña de su dedo pulgar... Aquí llega su conciencia:

—¿Qué... qué hará con lo que le he dicho?

—¿A qué te refieres? —Utilizo un tono de voz grave, porque me enerva que siempre crean lo peor de mí.

—Bueno, es que no quiero que les hagan daño...

—Daré la noticia, eso es a lo que me dedico.

Me alejo del callejón a paso apresurado, a estas alturas de mi vida no debería de afectarme un comentario como el que acaba de lazarme una chica de apenas veinte años. Sin embargo, lo hace.

¡¿Es que se creen que disfruto con el mal ajeno?! ¿Acaso se piensan que soy la que escribe los guiones de los contenidos, o que tengo voz y voto? Puede que si fuera la presentadora principal del programa mi opinión tuviese algún valor, no obstante, soy una reportera con una sección específica de cotilleos, que no suele durar más de media hora.

Una reportera que teme perder su empleo por la entrometida de Kassy...

—Prepara el equipo —le murmuro a Mathew cuando llego a su altura—, tenemos una noticia.

Es posible que cuando enviemos el *e-mail* con el video, y llegue a la redacción, terminen de editarlo para más tarde en directo comentar lo que les dé la gana, como suele ser costumbre en este medio, pero mientras, se tendrán que adaptar a lo que les mando.

Con disimulo nos alejamos del resto de corresponsales, para grabar sin que nadie se percate de la noticia. Me paso los dedos de las manos entre las hebras del cabello, intentando peinarlo, y salir lo mejor posible. Alzo el mentón, cuadro los hombros, y a la señal de Mathew empiezo.

Durante el tiempo que estoy frente a la cámara, exponiendo los datos de los que dispongo no dejo de pensar ni un segundo en John, y en que ahora podremos retomar de nuevo nuestra... amistad.

NATE

He dejado a mamá en el hospital hace una hora, el mismo tiempo que llevo dando vueltas con la furgoneta intentando aparcar. ¡¿Cómo es posible que tengan el *parking* completo?!

Doy un grito lleno de alivio cuando observo que alguien deja una plaza libre, y consigo estacionar. Si no fuese porque no me puedo permitir una multa, lo hubiera dejado sobre cualquier acera hace bastante.

Apuro el paso, y llamo a mamá al móvil para que me diga si ya ha nacido el bebé. No me quiero perder ese momento, y me da mucha rabia no haber llegado antes, pero la pecosa no quiso decirnos nada hasta que se confirmase que estaba de parto. De eso hace tres horas, pero mamá se ha liado haciendo una cesta con no sé que cosas que iba a necesitar. Estoy seguro que se ha traído la casa entera en esa bolsa horrorosa de estampado azulado con nubes blancas.

En cuanto me descuelga el teléfono lo que me dice es que me lo voy a perder, qué en dónde estoy... Pongo los ojos en blanco, ni que tuviésemos asientos en primera fila reservados para verla. Le indico que ya estoy en la entrada, y que me diga la planta a la que debo subir. Lo hace, y cuelgo la llamada guardando de nuevo el móvil en el bolsillo del pantalón.

El circo que hay montado en el exterior del edificio es tremendo, los periodistas están agolpados en uno de los laterales, y dan un salto cada vez que observan algún movimiento. Por primera vez en todos estos meses me preguntan por mi prima, enfocándome con los focos y colocándome el micrófono casi en las amígdalas. Los esquivo como puedo, y entro.

Me dirijo a la planta que me ha dicho mamá, y cuando llego me encuentro con todo el grupo Slow Death, a excepción del marido de Adabella. Me aproximo a mi madre, que se encuentra charlando con mi tío en un rincón. No he tenido el placer de que me presentasen a nadie de los componentes debido a que he estado recluido en mi dormitorio para preparar un porfolio

personalizado. He estado preparando una entrevista de trabajo en una empresa importante a la que quiero optar como empleado en Londres.

—¿Alguna novedad? —irrumpo preguntando.

—Hola a ti también, ¿es que en Francia te has olvidado los modales? —me dice mi tío.

—No empecéis... —murmura mamá—. Estáis aquí para apoyar a Adabella, es un día feliz, no lo estropeéis.

—¡Yo no he hecho nada! —me quejo.

Por el rabillo del ojo observo movimiento. Veo al orgulloso papá que no deja de sonreír, mientras sostiene la mano de mi prima que se encuentra tumbada en la camilla.

—¡Es un niño! —grita de repente Henry.

—¿Qué nombre habéis escogido? —pregunta con interés Adam, el guitarrista principal del grupo, que abraza de la cintura a Alice, su esposa.

—Pues el asunto es que aún no... —duda Henry, riéndose mientras se toca la nuca.

—Enhorabuena, papi, ya tienes todo un campeón al que criar —le interrumpe Alex, el vocalista, dándole una palmada en la espalda, pero Henry, más allá de responderle, agranda los ojos.

Creo que a mi nuevo primo le funciona la cabeza a un ritmo que nadie comprende.

—¡Campeón, claro! —expresa de repente—. *Álainn*, ¿qué te parece Neill? —consulta a mi prima.

Sonrío al verlos tan felices, y me encanta el nombre que han escogido, no tanto porque sea irlandés, sino mas bien al significado que tiene: campeón.

—Familia, os presento a Neill —sentencia él.

Todos los amigos van a abrazar a Henry, y me percató del gesto que hace Adabella al ser consciente de que ha sido ella la que ha hecho el trabajo duro.

Mamá se abre paso entre tanta gente para darle un beso en la mejilla a la nueva mamá y se aleja dejándome espacio. Antes de marcharse, le dice que mañana ira a visitarla, pero que debe descansar, porque lo necesitará. Mi tío, se adelanta y no digo nada por respeto, le sonrío y acaricia la manita de Neill antes de despedirse también.

No he podido evitar fijarme en el bajista del grupo, John. Es mucho mas atractivo en persona que en la pantalla, es un hombre alto y atlético, no muy corpulento. Aunque tampoco lo puedo comparar conmigo. Tiene unos ojos preciosos, pero lo que mas me llama la atención de son sus manos.

Di la verdad, quieres a ese hombre en tu cama.

Uff, mi conciencia no ayuda. Imaginarme con él en plena acción me excita demasiado, y no es un buen lugar para que de repente se me levante la libido. Me centro en mi prima, y me agacho para decirle al oído:

—Estoy orgulloso de ti, pecosa —le comento feliz—, sé que no es el momento ideal, pero... —Realizo una pausa, dirigiendo la mirada hacia John—: Dime que ese rubio macizo es gay.

Ella se ríe por lo bajo poniendo cara de dolor, y niega con la cabeza.

—Lo siento, pero creo que John no es gay —me indica.

¿Por qué mundo cruel?!

—¿Bi? —insisto con algún tipo de esperanza. Adabella se queda pensativa durante unos segundos, y eso me da en qué pensar. Es posible que tenga alguna oportunidad de pasar un buen rato con él.

No busco una relación, o quiero saber nada del amor en mucho tiempo. Acabo de salir de una y si existe la remota posibilidad de tener un rato agradable sin compromiso, ni dramas de por medio, lo aprovecharé.

—Eso es un... —La incito a que me diga algo.

—Nate, creo que es *hetero*, no tienes nada que hacer... —Quiero sonsacarle algo más, ha tenido dudas al responderme, pero Adabella bosteza y decido no seguir insistiendo.

—Chicos, nos vemos mañana, voy a cuidar de mi familia. —Henry se aleja de sus amigos y se acerca a su esposa a la que acaricia la mejilla.

Observo como se alejan, y me giro con ganas de presentarme oficialmente. Llegaron hace dos meses, pero entre un asunto y otro no pude desplazarme a conocerlos en todo este tiempo. Doy un paso al frente, y aprovechando que mamá está con mi tío entretenida, me dirijo hacia el grupo de chicas. Siempre me he llevado mejor con las mujeres que con los hombres, puede que sea por los estúpidos prejuicios que muchos tienen creyendo que todos los *gays* son unos pervertidos que solo piensan en sexo.

—Hola, soy Nate el primo de Adabella —les digo sin perder la sonrisa—. Tú debes de ser Alice, la esposa de Adam —levanto la mano para saludarla, y sigo—: y tú eres Emilie, la pareja de Max Foster —la chica se sonroja desviando la mirada dirigiéndola hacia el mencionado—, y tú...

—Soy Mey Wood, encantada de conocerte —cerrando el espacio que nos separa, abre sus brazos y me invita a que nos demos un cariñoso abrazo—. Hemos escuchado mucho sobre ti en estos últimos meses.

—No hagáis caso de la pecosa, la culpa de que le quedase el cabello verde fue de ella por meterse una piscina con cloro —paso la mano por el pelo colocándome el flequillo, y disimuladamente echo un vistazo a John. Este se ha apartado del resto, y habla con la famosa madre de Adam.

—¡Esa historia no nos la contó! —Alice agranda los ojos, y se echa a reír—. Sin embargo, sí que nos dijo que con nueve años despertó maquillada como al Jocker, y que después la perseguiste todo el día con unas tijeras para cortarle el pelo.

—¡Veis como es una exagerada! Solo quería que se modernizase un poco, seguía usando esas horribles coletas como si tuviera cinco años —Señalo el ascensor por el que se ha ido la acusica de mi prima, mientras niego con la cabeza.

Las chicas se echan a reír, y eso genera el interés de sus parejas, que se

unen a la conversación y me los presentan. Max aprovecha para recordar situaciones embarazosas en las que Henry se metió de joven. Alex y Adam comentan que siempre era él quien planeaba las fechorías.

—No les hagas caso, estaban siempre metiéndose en líos, y cuando no era uno, era otro —interviene la señora Fuller—. El único que evitaba esos conflictos era John, que solo se veía envuelto en alguna pelea por defender al resto de los niños —gira la cabeza hacia él, y le pregunta—: ¿No es así?

El rubio se aproxima al corrillo que hemos formado, y esboza una suave sonrisa, quizá rememorando esa época de su vida.

—Era nuestra niñera oficial —dice Max metiéndose con él.

—Nunca me hacíais caso, como cuando a Adam se le antojó escaparse al festival de Somerset en Pilton con quince años porque no quería perderse. Todos estabais emocionados con la idea, conseguisteis convencer al hermano mayor de... —¿Dios, incluso cuando duda esta para comérselo!— ¿Cómo se llamaba el chico que siempre perseguía a Henry a todos los sitios? —le pregunta a Max.

—¿Carlson? —frunce el ceño, y se cuestiona.

—No, creo que se refiere al pelirrojo bajito al que se le daba bien la informática —puntualiza Adam—, no me acuerdo de su nombre, pero estoy seguro de que no se llamaba así.

—Scott, se llamaba Scott —les indica Alex—. Henry le pidió que convenciera a su hermano para que nos llevara, y no sé muy bien como lo hizo, pero lo consiguió.

—Cuatro horas en el interior de una chatarra, ciento veinticuatro millas de agonía —se ríe Max—, joder apestaba a pies, pensé que nos íbamos a morir intoxicados.

—Yo supuse que nos mataría mamá cuando la llamaron por haber saltado la valla, por no tener las entradas —Adam echa una mirada de arrepentimiento a la madre.

—Se me pasó por la mente en alguna ocasión, pero donde iba a conseguir sustituir a cinco chavales como vosotros —afirma ella.

—Menuda charla nos diste luego sobre valorar el trabajo de los demás, nos quedaron pocas ganas de intentarlo de nuevo —alude Alex.

—Recuerdo que os dije que era una mala idea... —John niega con la cabeza.

—¡Pero si al final tú también lo hiciste! —exclama Max.

—No iba a dejaros solos.

Una respuesta aplastante, cada vez me llama más la atención...

—Nate, es hora de marcharnos —manifiesta mamá, y en mi interior me imagino haciéndole pucheros, no quiero irme...

—Espero volver a veros pronto, ha sido un placer conocer al fin a la nueva familia de mi prima —fijo la mirada en John, y aprovecho la oportunidad—. Aunque si mal no recuerdo me faltaba presentarme oficialmente —le sujeto del antebrazo y tiro de él para soltarle un beso en la mejilla—, soy Nate.

—John... —murmura, quizás he sido demasiado impetuoso.

—A nosotros tampoco te nos has presentado, niño —me dice la madre de Adam, y por consiguiente empiezo a notar como me suben los colores a causa de lo evidente que ha sido mi interés por él—. Soy Martha, aunque puedes llamarme Mamá Fuller, y este estupendo hombre que me acompaña es mi esposo Charles.

Los ojos de la mujer se iluminan al mirar a su marido, y me quedo embobado durante unos segundos para ellos, hasta que me percató por la risita que suelta por lo bajo Max que continuó sujetando el brazo de John.

Apartándome hacia atrás, lo suelto, y le pido disculpas. Sé por experiencia que no a todo el mundo le gusta que lo toquen sin su consentimiento, aunque sea de manera inocente. Sin embargo, él me tranquiliza volviendo a mostrar una sonrisa conciliadora. Se la devuelvo, sin perderle de vista mientras me alejo dando varios pasos atrás. No obstante, me termino dando la vuelta para

despedirme del resto de los miembros de Slow Death y parejas.

En el ascensor, acompañado de mamá que no deja de hablar sobre lo guapo que el bebé y que se parece al abuelo Robert, al cual no llegué a conocer en mi vida, me permito la licencia de fantasear con John. Con sus labios, y sus manos...

¡Bendita imaginación!

14. Tres son multitud

JOHN

El nacimiento de Neill es para Henry toda una aventura, durante el embarazo de Bella ha madurado más que en los últimos diez años, y es lógico teniendo en cuenta lo que supuso para él revivir toda su infancia.

No obstante, se está tomando la paternidad con bastante filosofía, se le ve cómodo sosteniendo entre los brazos al pequeño, es el primero en saltar a ver qué le pasa si le escucha balbucear, aunque esté acompañado por gente en el salón, y no duda en cambiarle el pañal al bebé. Asegura que lo hace para que su Bella descanse, pero todos conocemos la verdad, babea por su hijo cómo nadie.

El resto de los chicos y yo hemos hablado sobre agilizar el asunto de Jeremy antes de que la feliz familia regrese a Londres, y de ese modo que el puesto de *manager* lo ocupe Bella cuanto antes. Sabemos que no será sencillo, dado que él no quiere dejar su cargo, pero por suerte solo se había firmado el contrato por un número determinado de años y en cuestión de meses se cumplirá el plazo.

¡Ya era hora!

Además, en la última semana he continuado en contacto con Dany, a la que he avisado de que me marchaba. No hemos podido vernos en todos estos días por culpa de la atención mediática que existe, y eso me molesta.

—Joder, *bro* —se queja Max—. ¿Ya estás otra vez con el móvil? ¿No tendrás algún tipo de adicción, no?

—Claro que no —niego con rotundidad.

—Cualquiera lo diría —le apoya Alex, que levanta una ceja mientras dirige la mirada al teléfono que sostengo.

—Estás muy misterioso desde hace meses, ¿con quién hablas tanto?
—Adam lanza la pregunta del millón, esa que por lo de ahora no puedo responder.

No quiero mentirles, tampoco estoy siendo sincero con ellos, y eso me está atormentando. Manteniéndome en silencio, estiro el brazo y agarro el refresco que nos sirvió nuestro amigo al llegar.

Ladeo la cabeza, y le pregunto intentando desviar la conversación:

—¿A dónde dijiste que iban las chicas?

—Fueron a tomar algo, han de estar a punto de llegar —dice Henry mirándome con los ojos entrecerrados, aunque ese gesto cambia por completo cuando observa a su hijo al que acuna con amor. Avanza por el salón hacia la pequeña cuna de tela, y lo posa en ella.

Cuando termina de asegurarse de que Neill está profundamente dormido se da la vuelta, y me muestra una de sus sonrisas.

Expectante, mantengo la calma, pese a que sé que algo anda tramando.

Con un ágil movimiento me saca de las manos el móvil, le reprendo quejándome y le digo que no se comporte como un crío.

—Vamos a ver a quien escondes... —comenta intentando acceder a la aplicación del *whatsapp*.

Me cruzo de brazos y espero con una sonrisa en los labios. Desde hace varios meses uso una clave de acceso, y sé que no podrá desbloquearlo.

—¡Déjame ver, bro! —Max se arrima a Henry, que coloca la barbilla en su hombro observando la pantalla con curiosidad.

—¡Joder! —maldice el barbudo de nuestro amigo—. Toma, desisto —me devuelve el teléfono con cara de fastidio.

Suelto una carcajada en alto, y me guardo el móvil en el bolsillo del pantalón. En ese instante entran por la puerta las chicas acompañadas de Nate. Charlan con él sobre el estilismo de los actores y actrices que han

acudido a los Oscar. Bella ve a su marido y lo primero que hace es preguntarle por su hijo.

—¿Qué tal se ha portado? —inquire ella revisando como descansa su bebé en la cuna.

—Ha sido un pequeño muy bueno —le dice Henry rodeando su cintura, y depositándole un beso en los labios—. ¿Qué tal ha ido la tarde, has podido desconectar un poco?

—¡Eso es imposible! —exclama Mey— Ha estado todo el rato hablando de Neill.

—No seas tan mala, es lógico que lo haga —la defiende Alice.

—Habla la que tiene que llamar a su suegra cada diez minutos para saber si Awen esta bien... —La rubia pone los ojos en blanco.

—¡Eh, que tú haces lo mismo con Peter! —le espeta su amiga.

—Solo aprovecho la llamada que le haces. —Se encoge de hombros la fiera de Mey, sin embargo, todos sabemos que adora al hijo de Alex.

El salón se ha llenado en cuestión de segundos, y me doy cuenta de que no hay asientos suficientes para todos, así que decido pillar los taburetes que tienen en la cocina para que el que quiera tome asiento.

Mientras continúan con la charla avanzo hacia la cocina dándome cuenta que tendré que hacer dos, o tres viajes. Me dispongo a agarrar uno cuando de repente mi antebrazo roza el brazo de alguien. Giro la cabeza, y me encuentro que es Nate.

—Vengo a ayudar... —murmura, y baja la mirada al punto exacto donde nuestra piel se toca.

Como ha sucedido en los días anteriores en los que hemos coincidido, este tipo de acercamientos fortuitos, en los que nos rozamos, o se me queda mirando por minutos, son intensos. A estas alturas de mi vida no seré hipócrita, sé que le atraigo, y no me desagrada la idea. Me gusta Nate, es un chico agradable, y muy extrovertido. Pero tampoco quiero jugar con él,

porque Dany está presente en mi mente...

—Gracias, vamos —le indico con normalidad.

La tarde pasa con rapidez entre risas, y recuerdos. Parece mentira que hace escasos cuatro años aun no conocíamos a las chicas, y todos estaban solteros. Unos locos de la vida, que disfrutábamos de cada concierto como si la vida nos fuera en ello.

Seguimos sintiendo como la música recorre nuestras venas, no obstante, las prioridades han cambiado. Adam tiene a su chica y a Awen, Alex a su musa, y a Peter, Max a su ángel, y Henry tiene a su Bella, y al pequeño Neill.

Agacho la mirada un tanto melancólico, preguntándome si en un futuro tendré algo similar a lo que ellos han conseguido.

Me levanto forzando una sonrisa, y les digo que me retiro al hotel.

Distraído, camino con las llaves en la mano por el *parking* del edificio, donde reside tanto Henry como Bella, mientras medito sobre cómo han cambiado las vidas de mis amigos, que han alcanzado la felicidad junto a sus parejas.

Doy con mi coche y me dispongo a abrir la puerta del conductor, pero el sonido de un mensaje entrante en el móvil me distrae. Lo más seguro es que sea ella, debería de hablar con los chicos y comentarles la verdad; así y todo, sé que no la aceptarán.

Leo con atención el *wasap*. ¿Está aquí?

Observo a mi alrededor por si la veo, pero, en su lugar, me asalta por sorpresa la persona que menos me imaginaba encontrar. Me besa con euforia y rudeza sin mediar una sola palabra antes. Los latidos de mi corazón no dejan de retumbarme en los oídos, mientras siento cómo mi miembro se pone duro a medida que aumenta la excitación.

Sé que debería alejarme o, quizá, rechazarle. No obstante, en su lugar, lo sujeto de la nuca atrayendo su cuerpo más al mío y abro la boca aceptando el

placer que corre por mis venas.

Cuando creo que voy a explotar, se separa un poco y me sonríe. Nuestros pechos suben y bajan con rapidez, me falta el aliento.

—Sabía que no podía estar tan equivocado contigo... —me insta Nate. Tengo la intención de preguntarle a qué demonios ha venido esto cuando escucho a mi espalda un jadeo, me giro y la veo.

—Dana... —murmuro, aturdido.

La periodista escruta de lo más meticulosa a Nate para, luego, fulminarme con la mirada, se da la media vuelta y emprende la huida dirección a la salida.

—No me habrá metido en una relación,  no? —Ladeo la cabeza observando de nuevo a Nate, se ha puesto colorado, y el arrojo que mostró hace un instante al besarme parece que se ha marchado.

—No es... —Me quedo pensativo un segundo y decido modificar la frase—. No es fácil de explicar.

—Eso quiere decir que existe la posibilidad de... —Da un paso al frente, y su sonrisa vuelve a aparecer.

Me agacho para recoger las llaves de coche, que cayeron al suelo cuando él apareció, y abro la puerta. Antes de subirme, lo miro de nuevo y expulso una bocanada de aire.

—Mañana vuelvo a Londres. Esto no volver  a ocurrir —le explico, y cierro la puerta para arrancar el motor.

Para mi sorpresa, él da unos pequeños golpes a la ventanilla, que hacen que pulse el botón para que el cristal descienda.

—Supongo que mi prima no te lo ha dicho aún, pero me mudo a Londres. —Me guiña un ojo y se aleja, dejándome totalmente descuadrado.

  Qu ?!

«Tu serenidad ser  perturbada para bien cuando menos te lo esperes». Las palabras de mamá Fuller regresan a mi mente, niego con la cabeza. Por

primera vez, me planteo que se ha podido equivocar, porque *esto* no presagia nada bueno.

15. Traición

DANA

Camino con paso firme hacia la salida del *parking*, me siento enfadada, y dolida. Tanto que me importa una mierda si alguien me ve. Tenía ganas de quedar con John, él llevaba varios días insistiendo en encontrar alguna manera de cuadrar antes de que se marche a Londres, e hice todo lo que estaba en mi mano para que ocurriese. Despisté a mi compañero alejándome de la zona de la prensa. ¿Y para qué!?

Soy una tonta por albergar la esperanza de... ¿De qué? No somos pareja, tampoco me ha prometido nada, tenemos un pasado en común, y sé que existe entre ambos atracción física. De eso estoy segura. Pero no sé hasta qué punto puedo reclamarle algo.

¡Reclama! Quiero una devolución, y con intereses.

Ignoro a mi conciencia, porque si fuera por ella ardería Troya. Me paro en la acera a retomar el aliento, y cierro los ojos un segundo sintiéndome traicionada. Verle besándose con ese chico, de esa manera tan ruda y llena de pasión, me ha roto el corazón. Llevamos meses hablando, y enviándonos mensajes con confidencias, secretos, y fantasías del uno con el otro. Pero, aunque sea cierto que le atraigo, no me cabe duda alguna que ese chico, el primo de Adabella, también le gusta.

Lo he reconocido al instante, se llama Nate. «¿Llevarán mucho viéndose?», pienso llevándome la uña del dedo índice a la boca, y mordisqueándola distraída en mis pensamientos. «¿Por qué he dejado que vuelva a entrar en mi vida?», me lamento.

Niego con la cabeza, dudo que se haya inventado todo, que me engañase

de esa manera tan vil. ¿O sí...?

¡Dios, esto me supera!

—¡Dana! —Escucho la voz de Mathew, el corazón se me salta un latido y me tenso al verle acercarse frunciendo el ceño—. ¿Dónde estabas? —mira por encima de mi hombro siguiendo la estela del coche de John que sale del edificio—. ¿Ese no es John Wells?

—No me he fijado —le comento.

—¿Me estás ocultando algo? —Entrecierra los ojos, para luego chasquear la lengua con fastidio y continuar diciéndome—: Sabes que puedes confiar en mí, no soy como Kassy.

—¿Una arpía sin alma que no dudaría en vender mi cuerpo por piezas a Jack el destripador por ascender en el canal?

—Sí, esa misma. Veo que no la has olvidado.

En vez de soltar una carcajada, la comisura de mis labios se levanta sin ganas. Puede que el sarcasmo siga funcionando por iniciativa propia, pero en mi interior estoy conmocionada por lo que acabo de descubrir.

—¿Te encuentras bien? —cuestiona Mathew, mirándome a los ojos.

—No, no lo estoy —le digo con sinceridad. Para qué ocultar lo evidente.

Usando un tono de voz fraternal, me dice que me marche a descansar al hotel. Me recuerda que llevamos unos cuantos meses sin parar, con jornadas de catorce horas seguidas, y sin apenas dormir. Comentándome que no me delatará, me aconseja que me vaya a relajarme, que no quiere que enferme.

—Gracias, pero no —apretando los dientes, y también, aguantándome las ganas de soltar alguna lágrima, me niego a dejar mi puesto de trabajo—. Tenemos que grabar un video, parte del grupo se marcha mañana a Londres, y quiero enviarlo antes del amanecer.

—Como quieras.

De camino a la furgoneta, siento la vibración del móvil con varios mensajes entrantes del *whatsapp*. Puede que sean de John, es muy posible que me esté dando explicaciones, pidiéndome disculpas, o... no. Lo único que sé con total seguridad es que ya no tengo quince años, y no huiré. Ahora soy una adulta, sé lo que quiero, cuándo, y cómo.

¿Y lo quieres a él?, cuestiona mi conciencia. «Buena pregunta, ¿quiero a John Wells?»

Si alguien en este mundo conoce esa respuesta que me lo diga, porque estoy enloqueciendo a pasos agigantados.

NATE

Animado, por la reacción de John al beso que le he plantado, me dirijo de nuevo al apartamento de mi prima. ¡Dios! Ha sido tal el subidón de adrenalina, que he llegado a imaginarme como nos escabullíamos a un rincón del *parking* y dejamos que la pasión del momento siguiese su curso.

Porque él también la sintió, de eso no tengo duda. Lo bueno de los hombres es que no podemos ocultar esas cosas cuando nos excitamos.

Creo que lo he sorprendido con la noticia de que me voy a Londres. Y lo cierto es que estoy deseando que llegue, necesito con urgencia un cambio de aires, con mamá estoy bien, pero soy un hombre adulto y quiero luchar por mi sueño. Y por desgracia, aquí no lo conseguiré.

Tengo una meta, un objetivo que quiero alcanzar; ser diseñador de moda. ¡Y lo lograré!

El porfolio que he preparado está orientado a la firma a la que aspiro que me contraten, es una gran empresa. Sería un gran avance en mi carrera si consigo que me acepten.

Llamo a la puerta, y espero a que me abran. Adabella me recibe

frunciendo el ceño con curiosidad, y me pregunta que a donde he ido. En tono confidente le describo lo ocurrido con John, y que yo tenía razón.

—¡Le has besado! —grita, y consigue todos sus amigos volteen la cabeza en nuestra dirección.

Niego con la cabeza, no se le puede contar nada. Aprovecho para entrar en la estancia y cerrar la puerta a nuestro paso, dudo que quieran que los vecinos se enteren de esto.

—¿A quien has besado? —pregunta la rubia.

—A John, ¿a qué sí? —interpela Max, poniendo una sonrisa cómplice.

—¡Espera, espera, espera! —dice Mey de carrerilla, poniéndose en pie—. ¿Y le ha gustado? —me mira a los ojos, y asiento— ¿Desde cuándo es gay? —suelta en tono molesto al resto del grupo— ¡Por qué no se me ha informado de esto! Soy parte de la familia —se cruza de brazos, y termina por preguntarle a Alice—: ¿Tú lo sabías?

—No, tanto me da quien le atraiga o le deje de gustar —responde su amiga. La rubia sondea con la mirada al resto; Adam, Alex y Henry no parecen sorprendidos. Sin embargo, la más joven, Emilie, esquiva su mirada—. ¡Tú!

—¿Yo qué?

—Tú lo sabías —afirma ella.

—Llevo mucho tiempo conociendo las aventuras de todos, sé muchas cosas.

Un poco incomodo por la situación, decido intervenir:

—¿Te molesta haberte enterado?

—¡Sí, me molesta! —suelta, y todos se quedan perplejos—. Me molesta porque eso significa que no he interrogado a Em tan bien como creía, me he perdido un montón de chismes —se deja caer en el sofá, y todos se ríen ante

su comentario.

—Te encantan los cotilleos, Mey —le recrimina Alice.

—Tengo que saciar a mi curiosidad.

Quedándome mas tranquilo al descubrir que todos aceptan con naturalidad la orientación de John me acomodo en una silla, para luego continuar charlando un rato con ellos del regreso a Londres. Les pido consejo preguntándoles la mejor zona para buscar una renta de alquiler, y Emilie me dice que ella va a dejar su apartamento para irse a vivir con Max. Que hablará con el casero para preguntarle si aun sigue en el mercado.

—Nate —Adam menciona mi nombre en tono serio—, no pienso meterme en la vida privada de John, pero es nuestro amigo. Solo quiero que seas cuidadoso, no sé el grado de interés que tienes, pero sed precavidos con la prensa. Siempre ha sido un hombre muy reservado, y aunque a nosotros nos dé lo mismo, puede que él prefiera que las cosas sigan así.

—Tampoco es que nos hayamos jurado amor eterno —me sale una risa nerviosa—, pero comprendo lo que quieres decirme. Podéis estar tranquilos.

—¡Veis, por estos motivos es necesario que me contéis las cosas! —exclama Mey—. Ahora para la bruja de Dana el resto del grupo ya no es tan interesante —hace un gesto con los dedos, poniendo comillas imaginarias sobre la última palabra—, vigilará a John de cerca.

—¿Dana? —pregunto en alto sin darme cuenta, ese es el nombre de la chica que nos vio besarnos.

—Sí, una periodista que lleva varios años detrás nuestra —asegura Alex, que abraza su novia y le da un beso fugaz en los labios.

Continúan hablando un rato de esa mujer, y de lo mal que lo han pasado por su culpa. Me muerdo la lengua, sin entender la relación que tiene John con ella, y también preocupado porque se filtre nuestro encuentro furtivo.

Tendré que hablar con John para asegurarme de lo que sucede, sabía que el rostro de la chica me sonaba de algo, pero nunca creí que fuese una periodista, y mucho menos que John y ella se conocieran o tuviesen algo.

¿Estará John traicionando al grupo filtrando información? Me cuesta creerlo, pero necesito que él me lo niegue.

Claro, y de esa manera tienes una excusa para ir a verle.

Sonríó ante el comentario de mi conciencia, pero así es. Ya tengo un motivo para volver a verle.

16. Protagonista

JOHN

Nos hemos reunido en la discográfica con Jeremy para determinar su salida en una fecha concreta, y lo cierto es que no será tan sencillo como teníamos en mente. El muy bastardo no quiere irse por las buenas, le estamos dando la oportunidad de que organice su agenda, y que busque otro empleo con tiempo, las cláusulas, a mi parecer abusivas que firmamos en su momento siendo unos jóvenes sin conocimiento alguno de la industria. Se estipula que puede quedarse con un porcentaje de los futuros conciertos que se vayan a celebrar en los siguientes diez años. Por supuesto nos negamos a ello, y adelantándome a lo que pudiese ocurrir he consultado con un abogado que me da la razón.

—Sabes que lo que se plantea es ilegal, no puedes exigir algo como eso —le indica Alex.

—Yo os he encumbrado al estrellato, me lo debéis —nos dice fulminándonos con la mirada—. Podéis meter en mi lugar a quien os de la gana, pero jamás conseguirá lo que yo he hecho en estos años con vosotros.

—¿Qué tú has conseguido? —pregunta Max, incrédulo—. Joder, ni que fueras el que crea la música, y la interpreta en el escenario.

—He hecho algo mucho más complicado que sonreír a los fans, sacarme fotos con ellos, y aporrear una guitarra o dar un par de gritos a un micrófono—suelta cabreado, consiguiendo que nos miremos los unos a los otros—. ¿Os olvidáis los secretos que tengo en mi poder, y que no he contado? —me mira de reojo y sé a lo que se refiere.

—¡Hijo de puta! —Adam se levanta enfurecido, dando un golpe seco con los puños cerrados en la mesa—. ¡Cómo te atrevas a mencionarnos en cualquier revista o programa te juro que iré con todo el peso de la ley contra

ti!

—Si lo que queréis es meter en a una de vuestras putas para llevar el grupo, que así sea. Pero no voy a ceder, quiero lo que me corresponde —concluye con una sonrisa en la boca.

—¡Adam! —grita Alex al sujetarle de los brazos, para evitar que salte sobre él.

Por el rabillo del ojo percibo movimiento, el señor O'Connell realiza un gesto con la mano que va dirigido al cuerpo de seguridad de la discográfica.

—Chicos, hacedme el favor de sacar la basura a la calle —comenta a los dos hombres, que van vestidos con trajes negros, y que han estado pendientes de la reunión en un segundo plano atentos a lo que pudiera ocurrir.

—¡Soltadme, ya me sé el camino! —se queja Jeremy, que intenta huir del agarre de los guardias de seguridad.

En cuanto nos quedamos a solas, debatimos entre nosotros la mejor estrategia para llevar a cabo una denuncia conjunta ante los juzgados, y así inhabilitar el contrato que se firmó en su momento. Tenemos la esperanza que sea un proceso rápido, pero con este tipo de asuntos nunca se sabe.

El padre de Adabella, nos brinda todo su apoyo. Y nos aconseja, que demos a la prensa un comunicado en cuanto presentemos la denuncia. Adam no esta de acuerdo, quiere a los *paparazzis* lo más lejos posible de su vida, pero tras estar una hora debatiéndolo hemos acordado hacerlo. Esta tarde regresan Henry, Bella, y su pequeño de Irlanda, vamos a evitar comentarle lo ocurrido con Jeremy unos días para que les de tiempo a acomodarse en su hogar.

Salimos de la discográfica con una sensación agridulce en la boca, al fin nos libraremos de Jeremy, pero a qué precio solo el tiempo lo dirá.

Marcus, nos escolta hasta el todoterreno blindado, no realiza ninguna pregunta incomoda sobre la reunión, y es de agradecer. Durante el trayecto a Chelsea recibo un mensaje al móvil, y con cuidado de que no vean la pantalla

mis amigos lo leo:

Dany: Ya he vuelto a Londres, ¿sería posible que nos encontrásemos para charlar?

Sorprendido, le respondo:

John: Por supuesto que podemos vernos.

—¿Ha regresado la persona misteriosa? —Escucho que me dice Max, y levanto la mirada con rapidez realizando un movimiento ágil para guardar el teléfono en el bolsillo interior de la chaqueta que llevo.

—No tengo misterios en mi vida —le contesto.

—Me duele *bro*, aquí —se toca con la palma de la mano el pecho y exagera diciendo—: ya no confías en tus hermanos.

—Déjale Max, ya nos lo contara cuando él quiera —interviene Adam.

Me dispongo a replicar tanto a uno como al otro, pero las palabras se me quedan en la punta de la lengua a punto de salir cuando escucho el tono de voz lleno de odio que usa Alex.

—Ahí la tenemos de nuevo. ¡Joder, es que no se cansará de acosar a las personas!

Diviso a un grupo de periodistas apostados enfrente de la casa de Henry, se habrán enterado de que regresan pronto y esperaran fotografiarles con su bebé. No me hace falta escudriñar demasiado para encontrar a Dany entre todos ellos.

—Dan... —cierro los ojos un segundo y rectifico al instante—... na, no está sola. Habrá al menos unos cuatro canales distintos de televisión, y siete *paparazzis* freelance.

—Odio cuando te pones en plan defensor de las causas perdidas. Esa mujer es una víbora, y da lo mismo que no haya publicado lo del padre de Henry, hizo daño a mi Diosa, y nunca olvidaré algo así.

Me duele la manera de la que habla de Dany sin conocerla, sé que es

porque piensa que lo que pasó con Mey fue su culpa, pero yo la conozco y estoy convencido de que no disfruta del trabajo que tiene.

La veo a través de la ventanilla tintada, está observado como Marcus estaciona el vehículo delante de la casa de Adam. Nuestro guarda espaldas, y amigo, nos abre la puerta trasera y bajamos uno a uno.

Evito mirarla, tengo la sensación que si me fijo en sus ojos el resto de los chicos se darán cuenta del conflicto interno en el que me encuentro.

NATE

Cualquier mudanza es dura, aunque en mi caso he de admitir que no me he llevado muchas cosas de casa de mi madre. He tenido la gran suerte de que las amigas de mi prima me han acogido con los brazos abiertos, y me han ayudado en todo lo necesario.

Hemos aprovechado la mañana para organizar el apartamento, y revisar si la vivienda precisaba de algún utensilio de cocina, u otras cosas. Dado que los chicos tenían una reunión al medio día con la discográfica.

—¿En qué estas pensando que estas muy callado? —me pregunta Mey, mientras me rellena el vaso de zumo.

—En nada en concreto —me encojo de hombros.

—¿Nervioso por la entrevista de trabajo? —inquire Alice, y sonrío al ver como su hija Awen peina su cabello.

—Un poco sí, pero no me pienso dar por vencido en caso de que no me contraten.

La puerta de la entrada se abre, y el alboroto que se escucha nos sobresalta. Creo que los chicos han regresado y se han topado con la prensa a su llegada.

—¡Papí! —exclama la pequeña en cuanto ve a Adam, dejando a medias el estupendo peinado de Alice. Una coleta medio torcida que ha elaborado con

la mitad de su pelo, y la otra a medio terminar... o eso parece.

—¿Cómo se ha portado mi musa? —le pregunta él, aupándola.

—*mu*, bien. *Mia, mia* a mamá —señala con su dedito a su madre, y Max se tapa la boca para no reírse.

Adam, al percatarse de ello le da un pisotón en el pie.

—¡Joder! —se queja Max, saltando a la pata coja—. Alice, estas guapísima.

—¡No sueltes palabrotas delante de los niños! —se queja Mey cruzándose de brazos.

—¡Eh!, la que se ha autoimpuesto esa norma eres tú, no castigues a los demás por tus decisiones —replica el guitarrista, que se aproxima a su novia Emilie para darle un beso apasionado en la boca.

Miro de reojo a John, es la primera vez que nos encontramos tras el beso que le di. Y tampoco sé si le ha llegado el rumor de que sus amigos lo saben. No fue mi intención que se entesaren, no medí bien mis palabras, y con la emoción del momento se lo dije en confidencia a Adabella. Sin ser muy consciente de que ellos estaban ahí, y podían escuchar todo.

Siempre he sido una persona sincera, y no me gustan los engaños. Solo espero que no le haya molestado.

—¿Dónde esta mi campeón? —Alex revisa el salón buscando a su hijo Peter.

—Esta jugando a la pelota en el jardín, últimamente no quiere estar con Awen —Mey pone los ojos en blanco.

—Bueno, una vez que crezca Neill podrá jugar con él como un hermano —comento recordando al pequeño pelirrojo que ha tenido mi prima.

Enmudezco al darme cuenta de la cara que pone la rubia, acompañada del resto de los presentes que guardan silencio. Me da la sensación de que he metido la pata en algo, pero no sé en qué.

—¿A qué hora llegaban Henry y Bella? —Rompe la tensión Em, preguntándome sobre ellos.

—Esta noche, mañana iré a visitarles —le respondo.

—Eso me recuerda que mi madre —manifiesta efusivo Adam— ha organizado una comida para este fin de semana, y me ha dicho que estas invitado Nate.

—Dile a tu madre que gracias por la invitación.

«Ojalá esté de ánimo», pienso recordando la entrevista de empleo.

Mi madre me ha prestado parte de sus ahorros para que empiece esta nueva vida en Londres, y aunque me ha dolido tener que aceptarlo, no me ha quedado otra. Mi andanza por tierras francesas no fue tan bien como me hubiese gustado.

La melancolía de un sueño sin alcanzar me inunda, y en mi visión periférica reparo en las manos de John. Grandes y fuertes, con unas uñas cuadradas y cuidadas... ¿Cómo serán sus palmas? Me las imagino un tanto ásperas, pero firmes. *Uff*, necesito follar.

—Chicos, nos vemos estamos en contacto —como si hubiese leído mi pensamiento, se despide de todos huyendo de mi perversa fantasía.

¡A por él, tigre!

Me levanto del sofá, y aprovecho para decir que yo también me voy. Max levanta una ceja, pero no realiza ningún comentario al respecto. Con apremio me dispongo a ponerme la chaqueta, el invierno se aproxima y el tiempo anda loco, ahora hace sol y en cinco minutos cae el diluvio universal. Me despido de todos alzando el brazo mientras sigo de cerca a John.

Antes de que abra la puerta le digo acercándome a su oído:

—Tenemos que hablar...

—¿De qué? —comenta en alto, y sale al exterior.

—De ella —le indico pasando a su lado, para que los periodistas que están

delante nuestra no malinterpreten nuestra cercanía.

Echo una mirada por encima del hombro, y me doy cuenta de que se ha quedado mirando a Dana. Ahora me siento mal.

Se recupera con rapidez, y emprende el camino a su casa. Lo acompaño en silencio mientras escucho las preguntas que le hacen. La reportera esa, Dana, manifiesta dolor en su rostro, y tengo la intuición de ser el causante de esa expresión.

Dejándolos en el exterior, estando ya a solas en su hogar, empiezo a tener dudas sobre lo que estoy haciendo. Agacho la mirada, pensativo, y me dispongo a girarme para irme. Cuando de repente, siento sus manos en mis hombros y me enfrenta:

—¿Qué quieres de mí? —pregunta empujándome contra la pared, intenta parecer amenazante, pero se nota que fuerza la situación.

¡Es adorable!

El corazón me golpea con ímpetu el pecho, y lo primero que me viene a la mente es decirle: «a ti». Sin embargo, la cordura vuelve a mi cerebro y no lo expreso.

—Dime la verdad, ¿esa periodista y tú mantenéis una relación?

No esta obligado a responderme, es más, en cualquier momento podría mandarme a la mierda por ser un inmiscuido. Pero no quiero meterme entre dos personas.

—Es... complicado —el agarre de sus manos se afloja, y aprovecho la ocasión para ser honesto.

—Sabes —John alza la vista y nuestras miradas se entrelazan con intensidad—, quiero a mi prima con toda mi alma, y ahora es parte de vuestra familia. Dudo que seas tan canalla como para aprovecharte de tus amigos y vender información a la prensa, así que puedes estar tranquilo —su reacción al expulsar una bocanada de aire por la boca me confirma que pensaba que lo iba a extorsionar o algo similar—. Por otra parte —vuelve a centrar su

atención en mí—, no voy a negar que me atraes, y creo que sientes lo mismo hacia mí.

Niega con la cabeza, y entreabre los labios para responderme, pero no le dejo hacerlo aún no he terminado.

—No busco una pareja, tampoco me llama la atención estar en el centro mediático en el que os movéis. Creo que las relaciones no están hechas para mí...

Exhalo pensando en todas esas personas que han formado mi vida, no han sido tantas, pero por una razón u otra no resultó.

Con naturalidad me inclino hacia él y deposito un beso sobre sus labios. John pestañea, y aprovecho para deslizarme alejándome del calor que desprende su piel.

—Creo que será mejor que me marche, no quiero forzarte a algo que no quieras con mi insistencia —le sonrío con timidez, para luego salir de su casa donde la primera mirada que me encuentro es la de ella.

«Alguien está planeando mi asesinato», pienso con cinismo.

17. Intenso

DANA

Avanzo por las calles de Camden, que como siempre están abarrotadas de turistas. Da igual la época del año que sea, esta zona es un reclamo para conseguir *souvenirs* a buen precio, o regresar a casa con un buen recuerdo en la piel para toda la vida. Por ese motivo Jason, mi hermano, ahorro para abrir su tienda aquí, y desde hace cinco años es el propietario de un estudio de tatuajes.

A la primera persona que veo al llegar es a Hollie, la última empleada que ha contratado y que lo soporta.

—Hola, Dana —me saluda frunciendo el ceño. No le caigo bien, es una Deathlady declarada, y me odia por cubrir las noticias de Slow Death—. Jason esta en la parte de atrás realizando un boceto para un encargo, le diré que estas aquí.

Se aleja del mostrador con la intención de dejarme aquí, como si fuese una visita más.

—Gracias, pero no es necesario, ya me sé el camino —le indico dejándola boquiabierta, y me voy directa a la habitación que usan como despacho.

Sin llamar a la puerta, entro, y me encuentro con que no está solo.

—¡Ben! ¿Qué haces aquí?

Mi sobrino alza la mirada dejando a un lado los rotuladores con los que se entretiene, y se levanta del suelo con rapidez.

—¡Tita! —exclama, y corre hacia mi abriendo los brazos. Me agacho para corresponderle de la misma manera afectuosa y eufórica que él me demuestra. Adoro a este niño.

—Buenos ojos te vean —escucho el comentario que realiza mi hermano

por lo bajo—. Me ha fallado la niñera, y hoy tenemos a un artista invitado que me esta ayudando con los bocetos —comenta haciendo referencia su hijo.

—¡Qué bien! —le digo a mi sobrino—, ¿me enseñas tu nueva creación, artista?

—*Sip* —afirma con un movimiento de cabeza muy gracioso.

Ben me pasa las hojas con varios dibujos que imitan los trabajos del padre; formas tribales, celtas principalmente, o retratos de personas... Le felicito por el gran trabajo que ha hecho, y le insto a que continúe con el que está haciendo.

Cuando era pequeña creía que Jason se convertiría en un pintor reconocido mundialmente, era y es un gran dibujante. Sus creaciones son tan realistas que en ocasiones dan la sensación que saltarán de la piel en cualquier instante. Sombras, volumen, y expresiones que asustan de lo buenas que son.

Y, sin embargo, sigues sin permitir que te haga uno.

No es algo fácil de decidir, un tatuaje es para toda la vida, ¿y si me canso de él?

¿Como de todas tus relaciones?

Me centro en mi familia, y hago que no he escuchado a mi conciencia. Me aproximo a la mesa de Jason, y me emociono al ver su obra. Son las manos de un hombre sosteniendo a un pequeño bebé.

—Nació con siete meses, el padre me trajo una foto en la que aparece con él en brazos. He retirado la sonda, y el resto de cables que rodeaban al pequeño. Quiere tatuárselo en el pecho, teme que no sobreviva... —me informa, y consigue que un nudo se me instale en la garganta.

—Es precioso —le indico.

—Espero que le guste, viene a ver el resultado en unas dos horas, y si le agrada se lo hará —realiza una pausa, y me mira a os ojos—. Ahora dime, ¿qué haces aquí? Es extraño que aparezcas sin avisar.

—Tengo el día libre, y pensé en venir a verte, ¿tan raro es? —coloco los puños en la cintura, mientras levanto una ceja.

—Sí —sentencia.

—No pasa nada, se acerca navidad, y creí que sería un buen momento para hablar sobre la cena de este año, como siempre eres el que anda detrás de mí para organizar todo...

—Es que si es por ti lo celebramos en junio... —pone los ojos en blanco—, pero me da la sensación de que hay algo más. Cuéntame.

—¡Tita, *mila!*— grita Ben levantando el folio.

Le digo lo orgullosa que estoy de él, y que me encantan los colores que ha escogido para el color del pelo, violeta. Me siento en una silla, y mi hermano me imita esperando a que le cuente alguna novedad.

Y lo hago.

Le comento sobre John, y que llevamos un tiempo tonteando. También expreso mi temor y dudas sobre él, pidiéndole consejo. Le digo todo, incluso por primera vez en mi vida le echo en cara el trato o apuesta que hizo con Henry.

—Frena un segundo, ¿me estas diciendo que la pataleta que pillaste para cambiar de instituto fue por eso? —asiento entrecerrando los ojos, no fue una pataleta— ¡Joder! Y yo pensando que te hacían bullying, o algo semejante. Eres la hostia —niega con la cabeza.

—¿Qué querías que hiciese? No comprendía nada, pensé que me habían utilizado para reírse de mí, y lo que más me dolió fue pensar que tú formabas parte de todo —le explico—. Pero bueno, que eso ya es pasado, y John me explicó que él no tenía conocimiento de lo que tramabas con Henry. Sé que fui una tonta, pero no puedo cambiar las decisiones que tomé.

Jason me declara que Henry hizo un trato con él para que los tatuajes le saliesen gratis, porque en aquel momento los chicos aun no eran famosos, ni tenían ingresos por sus canciones. Mi hermano estaba hasta las narices de

escucharme hablar de John cada vez que quedaba con mi amiga Terry en casa, y aprovechó la ocasión pensando que se quedaría todo en un simple acercamiento que me haría feliz.

—Bueno, centrándonos en el ahora. ¿A ti te gusta ese chico?

—Sí, aunque no quiero meterme en medio de una relación si ha empezado a sentir algo por Nate —realizo un mohín, porque la idea me molesta.

—Tendrás que hablar con él y averiguarlo.

Tiene razón.

A la noche desde mi dormitorio, tumbada en la cama decido enviarle un mensaje:

Dana: ¿Podemos quedar para vernos?

John: Claro que sí. Dime en qué has pensado.

Le pongo al corriente de donde y cuando podemos quedar, y él me dice que sin dudarlo acudirá a la cita. «¡Cita! ¡Lo ha llamado cita!», me asombro al tener que leerlo tres veces seguidas.

Dana: Buenas noches, John.

John: Buenas noches, Dany.

JOHN

Impaciente, así me encuentro con el encuentro que tendré hoy a la noche con Dany. Hemos quedado en las afueras de la ciudad, en una zona que esperamos no nos reconozcan. Y para ser honesto tengo ganas de que llegue la hora, pero ahora estoy en casa de mamá Fuller disfrutando con todos de una grata reunión.

Charles charla animado con Henry y Bella sobre las pocas horas que tienen para dormir desde que Niell nació, mientras, el resto del grupo y sus parejas están tomando un aperitivo antes de la comida. Miro de reojo a Nate,

que parece un poco cohibido, no sé si por la última conversación que hemos mantenido en mi casa hace escasos días o por estar en la casa de los Fuller.

Avanzo hacia la cocina, por si necesitan de una mano en la cocina que les ayude. Ahora somos todo un batallón y no debe ser sencillo organizar una comida.

—Llegaré, y uniré —mamá Fuller le dice a la rubia, mientras posa su mano en su vientre.

—Perdón, ¿interrumpo? —me disculpo en alto al percatarme de que Mey se encuentra al borde del llanto.

—No —me dice ella aspirando por la nariz, y se pasa la palma de la mano por la mejilla borrando de su rostro una lágrima—, llegas en el mejor momento para ejercer de camarero.

Sin realizar ninguna pregunta incomoda me dedico los siguientes diez minutos a llegar platos, bandejas, cubertería, y el resto de utensilios al comedor.

Mamá Fuller ha preparado una comida deliciosa; carne asada de pollo, puré de patatas, *Yorkshire pudding*, acompañado de verduras al vapor y su estupenda salsa. Para los más pequeños, ha hecho *jacket potatoes*.

Es una mujer maravillosa que siempre ha cuidado de todos nosotros, y ahora también lo hace con Awen, Neill, y Peter sin distinciones.

—¡No es justo, yo también quiero! —suelta Henry— ¡Son mis favoritos!

—Lo sé, era la única manera de que comieses algo de verduras —asegura ella, pero estás son para los niños.

Todos nos reímos al verle suplicar por una porción. Puede que la mayoría de las personas crean que es tan simple como una patata cocida en el horno, pero a la madre de Adam siempre le han salido genial consiguiendo que la piel quede crujiente y su interior tierno y suave. La observo con admiración mientras parte por la mitad una y se la sirve a Peter en el plato, unta el interior con mantequilla para después rellenarla con un poco de queso y alubias.

Cuando termina de ponerle a Awen la suya, sorprende a nuestro batería trayéndole una a él también, consiguiendo que Henry se levante para darle un beso sonoro en la cara.

—¡Eres la mejor! —exclama él.

Cuando llega el postre, me siento tan lleno que creo que voy a reventar. No obstante, me es imposible no picar un trozo de tarta de calabaza, la favorita de Max.

—Emilie, acompáñame un segundo a la cocina —le indica la matriarca de la familia.

La joven se levanta de su asiento y la sigue con curiosidad. Mientras, Awen y Peter se van al sofá corriendo para poner en la televisión unos dibujos. Charles a su vez, le comenta a las chicas si no hay inconveniente por pasar el día de fin de año con ellos, y que si quieren que inviten también a sus padres, pero que le gustaría que acudiesen todos. Los dejo hablar y llevo el plato a la cocina para recogerlo.

En cuanto empujo la puerta escucho a mamá Fuller:

—Esta es la receta de la tarta de calabaza, sé que ha Max le gustará que la hagas. No se la doy a él porque mis niños no son precisamente buenos chefs —. La risita que expresa de complicidad Em, delata que Martha está en lo cierto.

—Eh, que yo me desenvuelvo bastante bien —las interrumpo.

—Tú eres una pequeña excepción —me guiña un ojo mamá Fuller.

Em, le da las gracias por compartir con ella la receta y se marcha al comedor con el resto. Meto el plato en el fregadero, y abro el grifo. Sin embargo, por el rabillo del ojo me percató de que mamá Fuller se agarra al borde de la encimera. Me giro con rapidez y me doy cuenta de que está pálida, y con los ojos cerrados.

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres que llame a Charles? —inquiero preocupado.

—No es necesario, ha sido un pequeño mareo —tarda unos segundos en mirarme a los ojos, y me solicita que guarde silencio poniendo el dedo índice sobre sus labios mientras sonrío—: no se lo digas a Adam o se pondrá paranoico, ya sabes como es.

Tengo la intención de expresar mi preocupación, pero en ese instante entra en la estancia Nate acompañado de Charles. Cargan con varios platos vacíos entre sus manos, que dejan cerca del fregadero. Me doy cuenta de que el primo de Bella evita mirarme, y por alguna razón que no comprendo eso me molesta. ¿A caso o era él el que sentía interés hacia mí? ¿Fue algo fugaz y fortuito?

—Mi vida, ¿Dónde están mis nietos? —pregunta mamá Fuller a su esposo.

—Abducidos por los dibujos animados enfrente del televisor —le responde él.

—Vayamos a ver si quieren jugar un rato con sus abuelos, y dejemos a estos dos que se apañen con el lavaplatos —Martha me guiña un ojo, para luego inclinarse en modo confidente hacia mi y susurrarme al oído—: Habla con el chico antes de que te marches, y no dudes de lo que te dicta tu corazón.

Frunzo el ceño, las frases que en ocasión suelta mamá Fuller me dejan desconcertado. No comprendo cuál es su propósito, hace unos meses cuando le confesé que me hablaba con Dany, y quien era ella me instó a que la conociese, ¿y ahora...?

En silencio observo como Charles y Martha se marchan dejándonos a solas. Compruebo que Nate se tensa e intenta mantenerse ocupado pasando un agua a la vajilla antes de introducirla en el lavavajillas. Me aproximo a él y le ayudo en su cometido.

Al cabo de un rato, nuestras manos chocan al querer sujetar el mismo vaso, dirijo la mirada a su rostro, y me percató de que se ha puesto colorado.

—Disculpa —le indico.

—No pasa nada —me dice titubeante.

—¿Te ocurre algo? Hoy no has cruzado palabra conmigo en todo el día —le comento.

—No es por ti —afirma con rapidez, y ahora sí que sus ojos se posan en los míos.

—¿Entonces qué te pasa? —pregunto con interés. Nate realiza una exhalación que me obliga a llevar la mirada a sus labios, los mismos con los que me besó no hace tanto.

—Ayer fui a una entrevista de trabajo, y estoy cagado de miedo. No dejo de pensar en qué haré si no me aceptan. He trabajado muy duro para que vean de lo que soy capaz, he creado una línea de diseño acorde con sus gustos, llevé un portfolio precioso con una colección innovadora donde explicaba los materiales, las formas, colores que usé... —no entiendo muy bien en qué consiste crear de cero una línea de diseño, pero le dejo continuar con su explicación, dado que parece que necesita hablar con alguien—. Realicé un *moodboard*, y un *trendboard* precioso... —se lleva la mano a la nuca y se da cuenta de que estoy totalmente perdido—. No tienes ni idea de lo que hablo, ¿verdad?

—No —niego—, pero sigue.

Nate se ríe por lo bajo, y cierra el lavavajillas.

—Para que no te aburras con explicaciones técnicas, lo que hice fue un collage fotográfico con las prendas que me inspiraron, y un figurín ilustrado con el estilismo que les presentaba.

—¿Un figurín?

—Un dibujo a mano del modelo con las prendas que cree —me explica—, luego la ficha técnica, las medidas básicas, las detalladas, la colocación, etcétera... Vamos, unos veinte folios que irán a la basura —declara triste.

—¿Por qué?

—Porque ni siquiera me lo pidieron, cuando terminé de hablar con la chica me dijo que me llamarían en un par de días en caso de estar

seleccionado. No creo que lo hagan.

Abatido, y desanimado Nate se encoje de hombros. Me entran ganas de rodearle con los brazos y abrazarle, decirle que no se deje vencer por los pensamientos negativos, y que estoy seguro de que conseguirá realizar su sueño.

Y así lo hago.

Sorprendiéndole a él, y puede que también un poco a mi mismo, lo envuelvo entre mis brazos y le susurro al oído esas palabras.

—Si no han sido capaces de ver lo mismo que yo en ti es que no te merecen —termino diciéndole.

Nate separa la cabeza de mi hombro para mirarme a los ojos, y me pregunta:

—¿Qué has visto en mi?

—Pasión.

Los segundos pasan, y nos mantenemos abrazados. Mis ojos bailan por todo su rostro, terminando el camino en sus labios...

—¡Mamá Fuller, John y Nate están a punto de mancillar la cocina! —grita Henry dándonos un susto a ambos y consiguiendo que el pelirrojo se aleje de mi cuerpo.

—¡Deja de ser un entrometido y permite que los niños hablen! —le responde ella. Pero la magia del momento se ha roto, y Nate se marcha avergonzado al salón.

Me llevo el dedo índice y pulgar al puente de la nariz, y niego con la cabeza. Su actitud me llama la atención, y sus actos me desconciertan. Por momentos es impulsivo, y me besa, y en otras ocasiones como hoy se le ve tan indeciso...

La risa de Henry consigue que regrese a la realidad, se aproxima a mi y me da una palmada en la espalda pidiéndome disculpas por la intrusión. En

tanto escucho el sonido de mi móvil, y recuerdo que tengo una cita a la que acudir. Con rapidez me despido de todos, y me marcho sin perder tiempo.

Dany me espera.

18. Apetito

DANA

Los nervios van a acabar conmigo, nunca creí que llegaría el día en el que tendría una cita con John Wells, y mucho menos después de tantos años, después de nuestro pasado, más teniendo en cuenta las circunstancias de nuestra... «¿relación?», me cuestiono dudosa.

¿Y qué tipo de relación es?

No lo sé, y tampoco si se le puede llamar de esa manera. Según él, somos amigos, pero los mensajes que nos enviamos sugieren mucho más que la típica amistad convencional.

Inquieta, compruebo la hora en el móvil por quinta vez consecutiva, lo hago mientras reviso a un lado y al otro la carretera por si le veo llegar. He escogido un lugar alejado del caos del centro, con la intención de que no nos reconozca nadie. Sin embargo, siento que me observan, hay un grupo de padres que están jugando con sus hijos a poca distancia y cada vez que hablan entre ellos me entra la paranoia de comentan entre ellos: «mira, esa es la bruja que sale en la televisión y que odia a Slow Death».

Niego con la cabeza forzando una sonrisa tonta. Lo mas seguro es que estén charlando sobre cualquier otro asunto.

Avanzo hacia el arcén deseando que la presión en el pecho que noto desaparezca cuando llegue él. Expulso con lentitud todo el aire de mis pulmones, recordando la voz sedosa de Star, la dueña de un estudio de meditación al que acudo cuando me es posible para evitar que el estrés me invada. No obstante, cuando estoy a punto de conseguirlo el sonido del claxon de un coche me sobresalta.

Observo a John que me hace un gesto con la mano para que suba, y frunzo

el ceño. Eso no era lo que tenía pensado, yo pretendía dar un paseo tranquilo, y ser la que controle la situación.

No seas una mojigata y súbete ya. ¿Acaso no confías en él?

«¡Claro que sí!», le respondo a mi conciencia de una manera un tanto absurda.

—Hola —lo saludo, y me acomodo en el asiento.

—Ponte el cinturón —me indica con tono sombrío.

Le obedezco, no sin sentirme molesta por la manera en la que se esta comportando. Acelera con rapidez, y me asusta la velocidad con la que lo hace. Me sujeto al salpicadero, y le echo una mirada asesina.

—¿Se puede saber qué te pasa?! —exclamo sin comprender su actitud.

—Una reportera me sigue desde que salí de la casa de mamá Fuller en Kensington, le di esquinazo un par de calles antes de venir a por ti, pero me da la sensación de que no desistirá con facilidad —me sorprende escucharle hablar con tanta rabia, y lo único que se me pasa por la mente es que crea que he filtrado nuestro encuentro.

—¿Piensas que la culpa es mía? —pregunto con incredulidad.

Le veo apretar los labios un instante, para acto seguido suavizar el gesto. Ladea la cabeza en mi dirección el tiempo justo para que nuestros ojos se crucen y me dice:

—No, es solo que me enfada sentirme acosado.

Toma una curva acelerando la velocidad, y no puedo evitar que se me pase por la mente todos esos accidentes que han tenido a lo largo de la historia grandes celebridades por culpa de la prensa, o de un *groupie* trastornado. Le miro de reojo, sintiendo el corazón en la garganta.

—¿A dónde vamos? —le pregunto.

—Al único lugar que sé que tengo privacidad. Mi casa —comenta, mientras aprieta las manos alrededor del volante.

No le indico que me parece mala idea, porque la verdad es que tiene razón. Allí nadie le molestará, sin embargo...

—Tu casa... —repito lentamente procesando lo que eso implica.

—Sí —afirma, y le veo fruncir el ceño al mirar el retrovisor—. ¡Mierda, ya está aquí de nuevo!

Miro hacia atrás, y compruebo que en efecto hay un coche que nos sigue de cerca con tanta o más velocidad que la que lleva John. Me fijo un poco más, intentando discernir al conductor desde la distancia. Cuando lo consigo mi boca se abre. Es ella.

—Hija de la gran puta —murmuro.

—¿Sabes quien es? —interviene John al oírme maldecir.

—Es Kassy, mi compañera de trabajo. La muy cabrona quiere quitarme el puesto de reportera y pretende encontrar algo comprometedor sobre ti —farfullo enfadada.

—Le daríamos una gran exclusiva como se dé cuenta de que estás conmigo —«¡Mierda!», pienso para mí escurriendo el culo lo máximo posible en el asiento para que no me vea.

Continuamos durante diez minutos más intentando que no nos alcance, y cuando me percato de que la velocidad del coche disminuye soy consciente de que estamos a punto de entrar en el garaje de la casa de John en Chelsea.

En el instante en el que John cierra la puerta usando el control remoto, el mal humor y la furia que siento por Kassy son de dimensiones estratosféricas. Me quito el cinturón de seguridad y salgo del coche, por miedo a que alguien me pueda escuchar desde el exterior decido acceder al interior de la casa.

—¡Esta mujer no tiene ética ni moral! ¡¿Sabes que lo que acaba de hacer es denunciable?! —expongo realizando aspavientos con los brazos dando énfasis a lo evidente—. No puede perseguir así a la gente.

Camino en círculos por el salón, sin darme cuenta de qué hace John mientras hiperventilo. No soporto a las personas como Kassy...

Mejor dicho, no soportas a Kassy.

Eso, no la aguanto.

—Dany... —John menciona mi nombre con voz tranquila.

—¿Es que acaso no sabe hacer su trabajo como el resto de los reporteros? ¡Joder! —La furia me corroe, y no dejo de quejarme en alto al pensar en lo peligroso que ha sido la persecución que ha iniciado Kassy—. A ver, que yo no soy una santa, también he tenido que desplazarme para localizar a un personaje público e intentar sacar alguna imagen o video que corrobore una noticia, pero jamás he hecho algo así.

Me aproximo a John y le señalo con el dedo recordando un suceso en concreto:

—Por ejemplo, cuando Max estaba escondiendo su relación con Emilie indagué sobre los locales a los que acude, y me personé en alguno para intentar dar con la exclusiva, pero nunca, repito nunca, os perseguí de esa manera.

La respiración errática y los nervios me juegan una mala pasada, siento que el corazón me va a estallar y decido usar a John como soporte posando la mano en su antebrazo.

—Dany... —insiste, y alzo la mirada—. Cuéntame eso de que fuiste a un local de los que frecuenta Max —traza una sonrisa misteriosa que me indica lo gracioso que le parece tal situación.

Sin cobardía alguna le expongo que acudí a Mazmorra, y que entré para entrevistar a alguno de los asistentes que conocían a su amigo, pero que ninguno de ellos me dio nada útil debido a lo hermético que es ese mundo con la privacidad.

—... y me fui.

John rodea mi cintura con sus brazos, al mismo tiempo observo sus labios con interés.

—Y tuviste que vestirme acorde a su ética, ¿qué te pusiste?

Mi boca se abre ante su afirmación, es cierto que lo hice, pero me imaginé que preguntaría cualquier otra cosa menos eso.

—Eh..., pues no sé. No tiene mucha importancia.

—Tengo curiosidad de conocer los detalles de esa noche —me indica mientras nuestros labios se aproximan peligrosamente— ¿Te gustó algo de lo que viste allí?

¡Sííí!

—Es posible... —murmuro.

—Interesante —dice, para justo después cerrar el espacio que nos separa con un beso apasionado.

Me entrego a la pasión olvidándome de Kassy, la persecución, y todo aquello que nos aleja de este instante. Sus manos viajan de por mi cuerpo acariciándome la espalda, mientras nuestros labios se mueven al compás.

Por extraño que parezca, cuando John se aleja dando un suspiro su aroma me envuelve y genera en mi interior un escalofrío de placer. Gira la cabeza dirección a la cocina, y mostrándome una sonrisa me pregunta:

—¿Tienes hambre, quieres que prepare algún tentempié?

—Esa es una buena idea, tengo bastante apetito —le indico respondiéndole, sintiendo como el corazón palpita a toda velocidad.

Dando un paso al frente coloco una mano en su nuca, y lo atraigo hacia mí con ímpetu. Volvemos a unirnos por otro beso, pero en esta ocasión más feroz y voraz que el anterior. Nos perdemos por el frenesí, y con bastante torpeza por mi parte le empiezo a retirar la camiseta que lleva puesta. Él toma la iniciativa, y antes de que termine de quitársela se desviste con más destreza de la que yo demuestro. Lanza la prenda al suelo, y me da un beso rápido en la boca mientras se desabrocha el pantalón vaquero. Al mismo tiempo, yo me desabotono la camisa blanca, y al poco tiempo me quedo en ropa interior. Mi vista se desvía a su entrepierna, y me paso la lengua entre los labios de forma inconsciente.

Siempre fantasee con este momento, ahora que esta ocurriendo quiero disfrutarlo al máximo, olvidarme de todo y dejarme llevar.

Arrimo la pelvis a la de él, sintiendo el grueso y erecto miembro de John. Jadeo entre sus labios sin dejar de besarle, todo parece ir a mil por hora. Caricias, besos, y piel...

Danzamos hacia el sofá y me dejo caer boca arriba sobre la mullida superficie, todo mientras mantengo la mirada fija en el hombre del que me enamoré hace años, y del que me esta robando la razón en la actualidad.

Se me corta la respiración cuando le veo dándome la espalda y dirigirse hacia el mueble blanco que tiene a un extremo del salón.

—Joh... —todo cobra sentido cuando se da la vuelta con un paquete de preservativos en la mano.

—¿Impaciente? —me dice, mientras se lo pone.

Podría decirle que sí, también que me siento nerviosa, o incluso comentarle que tiene un cuerpo creado para el pecado. Pero no lo hago, porque estoy demasiado ocupada admirando cada tatuaje y detalle de su anatomía mientras me masturbo frente a él.

La mirada de lujuria que John me dedica consigue que me excite más, y cierro los ojos un instante llevándome las manos hacia los pechos. Siento sus manos ásperas y firmes acariciar mi cintura, noto el cambio de peso en el sofá, y el calor de su cuerpo cerca del mío.

—Eres preciosa —susurra sobre mis labios.

Abro los ojos sorprendiéndome por completo su aliento cálido entre las piernas, y un suave lametazo en el clítoris que me deja temblando de pies a cabeza.

Echo la cabeza hacia atrás, y jadeo. Enredo los dedos en su cabello, mientras John introduce uno de sus dedos en mi vagina sin dejar de jugar con su lengua por cada rincón de mi entrada.

El aire me falta, y necesito que entre en mí interior.

Le toco los hombros, y él alza la cabeza. Nuestras miradas se conectan, y sin necesidad de mencionar ninguna petición en alto se da cuenta de lo que quiero.

A él...

Repta por mi vientre esparciendo besos húmedos, se demora varios minutos en mis pechos. Los mordisquea, lame, y acaricia. Yo le sujeto de las nalgas, y separo mis rodillas todo o que me permite el sofá para que se ponga entre ellas.

La punta de su miembro tantea mi entrada, mezo la cadera en su busca. De una certera estocada se introduce en mi interior, y termino abrazándole con tanta fuerza que temo dejarle sin respiración. En cuestión de unos segundos, y tras recuperarme de su primera embestida el vaivén de nuestros cuerpos se compenetra a la perfección, entra y sale de mi una y otra vez sin perder el tiempo.

Cuando empiezo a sentir que pierdo el control de mis músculos, y que las contracciones van en aumento suelto un grito de placer al llegar al orgasmo. Contraigo la vagina apretándole, y notando la palpitación de su miembro antes de que él también llegue al clímax.

Sudorosos, y sin aliento, nos mantenemos abrazados durante unos segundos más. Él con la cabeza en el hueco de mi cuello, mientras yo intento recuperar el ritmo de mi corazón.

«Podría pasarme en esta postura toda la vida», pienso mientras seguimos unidos.

Sin embargo, esa sensación termina cuando él se levanta para retirarse el condón y se dirige a la cocina. Expulso el aire de mis pulmones, y me incorporo sentándome en el borde del sofá llevándome ambas manos a la cabeza y retirándome el pelo de la cara.

Cientos de preguntas invaden mi mente, entre ellas: ¿qué es lo que acaba de pasar?

Que te lo has follado.

«Hasta ahí llego, pero ha sido todo tan rápido, y extraño».

¿Acaso esperabas música de fondo, y mariposas sobrevolando vuestros cuerpos?

«No, pero es que... ¡Mira no los sé!», discuto conmigo misma.

¿Ya te has arrepentido? Pero si llevas años soñando con el maravilloso y perfecto John Wells entre tus piernas.

No es arrepentimiento, creo que tengo la duda de que no sienta lo mismo por mí que yo por él. Dirijo la mirada al escuchar el sonido que proviene de la cocina, me imagino que anda trasteando en la alacena, así que aprovecho para vestirme de nuevo.

De repente, una llamada entrante de mi teléfono me sobresalta, frunzo el ceño sin saber muy bien donde lo he dejado y termino encontrándolo en el suelo. Compruebo que proviene de la cadena, y contesto.

—Dany, ¿va todo bien? —me pregunta John, que se acerca desnudo, y me ofrece un vaso de agua.

Le indico que guarde silencio, y me alejo para seguir escuchando a mi jefe. Trago saliva, y me tiembla el pulso, esto no puede estar ocurriendo.

—Dany... —insiste... ¿mi amigo, amante, qué diantres somos ahora?

—Tardaré una media hora en llegar —le comento a Daniel, para colgar justo después—. Me tengo que marchar —suelto de golpe.

—¿Seguro que va todo bien?

—Sí, es solo que no puedo quedarme mas tiempo —le interrumpo sin mirarle siquiera a la cara.

—De acuerdo, te acercaré en el coche. Deja que me vista y...

—No hace falta —zanjo el tema revisando desde la ventana que en la calle no hay *paparazzis* merodeando cerca—, saldré por el garaje. Me alejaré un poco, y pediré un taxi.

La voz insistente de John me persigue durante el camino, pero no cedo ni me permito mirar atrás, acciono el mando y en cuanto el portón se abre me marcho a toda prisa. La llamada que he recibido ha sido un jarro de agua fría recordándome quien soy y a lo que me dedico. Y el hambre que poseo por John podría ser mi perdición, lo sé.

19. Diseño

NATE

Ni el olor, ni la aglomeración que hay en el metro es capaz de desanimar mi día. ¡Me han llamado! Me dan ganas de ponerme a saltar de alegría, o gritar a los cuatro vientos a cualquier desconocido que lo he conseguido.

Sujetándome a una de las barras para no perder el equilibrio me doy cuenta que una señora que está en uno de los asientos me observa levantando una ceja, y antes de apearme en la parada que me corresponde le digo:

—¡He conseguido trabajo!

—Me alegro por ti muchacho —me felicita, y reconozco el acento marcado de Gales.

Le doy las gracias con premura, dado que las puertas del vagón no esperan por nadie. En cuanto pongo un pie en el andén, lo primero que hago es revisar de nuevo la aplicación de las líneas del metro para asegurarme de que estoy en el lugar correcto.

Me quedo mas tranquilo al comprobar que es así.

Avanzo por los túneles subterráneos y la música de fondo de un grupo de música me llama la atención. Cuando paso los tornos de seguridad a la salida los veo, son tres personas; la cantante, una joven rubia de voz potente, un pianista, que mueve los dedos de manera ágil, y por último, un chico alto que los acompaña tocando el bajo. Me quedo hipnotizado mirando fijamente al bajista, no es que sea mi tipo de chico, pero mi imaginación esta jugando conmigo y en su lugar visualizo a John.

En cuanto tenga la ocasión de verle debería de agradecerle por las palabras de animo que me dio hace unos días. Fue gracias a él que saque las fuerzas necesarias para enviarles un mail a la empresa con el porfolio en un pdf, para mostrarles mi trabajo.

Pues hazlo, no esperes.

«No tengo su teléfono...», medito.

¡Escusas!

Alzo una ceja, me fastidia tener este tipo de dilemas. Saco el móvil y me dispongo a llamar a mi prima antes de entrar a la empresa, ella me dará un buen consejo siempre ha sido la más cabal de los dos.

—¡Hola, pecosa! —la saludo con el mote que le puse siendo unos críos.

—Nate, me pillas en mal momento...

—Estoy en plena crisis, te necesito —exagero, pero sé que es la única manera de que me preste atención. Escucho como resopla, y le pregunto—: ¿Qué es lo que estas haciendo para que no me puedas atender?

Espero que no haya interrumpido una escena de sexo. La sola idea me da escalofríos.

—Estoy cambiándole el pañal a Neill. Mira, llámame en unos cinco minutos —determina en un tono molesto.

—Estoy de camino al trabajo no podré llamar mas tarde. Dame un minuto, pon el manos libres y listo —sonrío satisfecho.

—Como me mee en la cara te prometo que te acordarás de esta —suelto una carcajada al imaginarme la escena—. Ya está en manos libres.

—Y digo yo, ¿no podría cambiarle el pañal Henry?

—A salido hace un rato, y casi siempre lo hace él. Pero dime, ¿cuál es la crisis?

—John —le digo sin tapujos.

—¿John? —repite, y sé que en breve empezará a darme el sermón del mes— ¿Qué sucede con John? ¿No te habrás acostado con él?! Dime que no eres tu el motivo por el que lleva toda la semana cabizbajo y más introvertido de lo habitual —me recrimina.

—¿Qué? No, nos hemos acostado —aunque ya me hubiese gustado— Te

llamaba para pedirte su teléfono, quería agradecerle por los ánimos que me dio el otro día por el tema del trabajo.

—Ah, vale... Pues no te lo pienso dar, Nate —concluye.

—¿El qué no vas a darle, *Álainn*? —escucho la voz de Henry.

Mi prima se enzarza en una pequeña discusión obviando por completo que estoy oyendo todo, y hasta creo que se ha olvidado de mí. Le comenta a su esposo que no quiere que juegue con John, que me busque a un tipo cualquiera para olvidar al francés que me hizo daño, pero que no dejará que uno de sus amigos lo pase mal en caso de que solo sea un capricho de los míos.

—Eh, que sigo aquí —le comento.

—Bella, creo que le vendrá bien hablar con él. El otro día se les veía muy cómodos en la cocina de mama Fuller...

El pequeño Neill protesta, y de pronto todo queda en silencio. Me he quedado en la entrada de la empresa, y el guardia de seguridad me observa con cara de pocos amigos. Lo saludo con la mano, y reviso la hora.

—Estáis ahí, eo...

—Nate.

—Dime Henry —mi prima se queja por detrás diciéndole que le devuelva el teléfono, y no dejo de reírme, hacen una pareja perfecta.

—Te he enviado un mensaje con el numero de John, no sé que le pasa no quiere hablar con nadie de los del grupo, quizás consigas que a ti te lo cuente.

—Gracias, os dejo que no quiero llegar tarde.

Concluyo la llamada, y entro al edificio mostrándole con orgullo al de seguridad mi acreditación. Unos pasos mas tarde tengo que fichar en el *hall*, y cruzar un arco de seguridad. La marca para que trabajo es una *fastfashion*, y tienen una alta producción durante todo el año.

Me han designado a la sección de prendas exteriores, algo que me encanta

debido a que puedo dotarlas con una mayor carga de diseño si es necesario, o de lo contrario usar detalles más sofisticados.

Por lo de ahora tengo a un encargado de sección bastante permisivo que me deja libre albedrío en el diseño de las prendas juveniles, y espero que siga así.

Cuando llego a mi mesa, me sacó la claqueta y la coloco en el respaldo de la silla antes de sentarme. Antes de ponerme manos a la obra le envíé un mensaje de texto a John:

Nate: Hola, chico guapo. Quería que supieses que he conseguido el empleo. Mil gracias, te debo una copa. Por cierto, soy Nate.

JOHN

Mis dedos se mueven con soltura, cierro los ojos mientras toco el piano una melodía que compuse hace años y que siempre interpreto cuando me siento desconcertado.

El sonido de un mensaje al móvil consigue que falle en la última nota, hace un rato ha estado por aquí Henry, y a poco más lo he echado de casa, no tenía ganas de visitas puede que sea él, pero la simple idea de que sea Dany me inquieta. Desde que se marchó el otro día a todo correr, no he vuelto a saber nada de ella, y no dejo de romperme la cabeza recordando nuestro encuentro y buscando el motivo por el que se ha distanciado tanto de golpe.

Me siento culpable, y lo peor es que no sé por qué.

Realizo una exhalación antes de ponerme a leer el mensaje, y a medida que avanzo una sonrisa se forma en mi rostro de manera automática. No es que me olvide de Dany, ni de la tristeza que me llena su ausencia. Es solo que me alegro mucho de que Nate haya conseguido ese puesto, y sé la ilusión que le hacía.

Le respondo con rapidez:

John: Te dije que no debías de preocuparte. Me alegro mucho por ti.

Aprovechando que estoy en la aplicación releo de nuevo el último que le mandé a ella, mi amiga especial, la muchacha con la que disfruté horas incontables charlando de cine, música y sobre los lugares a los que viajaríamos. Esa mujer que ahora, en la actualidad, ha realizado parte de su gran sueño que es convertirse en reportera.

Aunque no trata los temas que más te agradan.

No, no lo hace, pero ese es el mundo en el que nos movemos, uno en el que no todo es perfecto y el que hay que adaptarse a lo que te ofrece sin olvidarse de perseguir los anhelos de nuestro ser.

Pestaño cuando recibo una contestación de Nate, y me centro de nuevo en el móvil:

Nate: Ahora estoy ocupado, pero qué te parece quedar a la tarde cuando salga para tomar ese café ???

Me quedo pensativo unos segundos, llevo una semana sin salir de casa, con el ánimo por los suelos, y sin recibir noticias de Dany. Los chicos no dejan de insistir en que algo me ocurre, y es cierto, pero con ellos no puedo hablar de lo que me sucede. Es posible que me venga bien despejarme un poco, y quedar con él.

John: ¿A qué hora y dónde?

Nate: Dame un segundo para dejar de saltar de alegría por que hayas aceptado y te digo un lugar ??

Suelto una carcajada al leer su comentario, Nate es un chico que no deja de sorprenderme, tanto es capaz de conseguir que sienta ternura por él, como ponerme a cien con su cercanía, y esto último me turba porque he llegado a la conclusión de que me he enamorado de Dany, o mejor dicho nunca he dejado de estarlo.

20. L´amour...

NATE

He quedado con John en una cafetería cercana a mi trabajo, y espero a que llegue tomándome un refresco en una de las mesas que tienen en la entrada del local.

Estoy nervioso porque ha aceptado, y no me lo esperaba. Henry me dijo cuando me dio su número de teléfono esta mañana que lo notaba raro y distante con los chicos, y que todos estaba preocupados por él. Tengo la intuición de que es debido a esa mujer, la periodista, pero no estaré seguro hasta que él me lo diga.

Eso si quiere hablar contigo, que eres un cotilla.

«Solo nuestro interés por un amigo del marido de mi prima...», respondo mentalmente.

Corrige esa frase, quieres que el amigo del marido de tu prima muestre interés por ti.

Resoplo ante la ocurrencia de mi conciencia, y me quedo sin aliento cuando el coche de John aparca a poca distancia. Al poco rato le veo bajando del el, y así consigo deleitarme con el porte que tiene al cerrar la puerta, y la elegancia con la que avanza hacia mí.

Me paso la lengua entre los labios recordando el beso que le di en un impulso de conocer su reacción, e inmediatamente mi miembro cobra vida. Esto no es normal, ¿Cómo puede ser que con tan solo verle caminar me ponga de esta manera?

Lleva una chaqueta de cuero negra que le da un aire canalla que me fascina, y los vaqueros se le ajustan a la perfección a los muslos de una manera prohibitiva. Alzo la mirada, las gafas de sol esconden su mirada, pero en cuanto se da cuenta que le observo las retira con delicadeza dejándome

admirar sus intensos ojos.

Muevo las piernas y las cruzo para evitar que se de cuenta de la erección repentina que se me ha formado, y le saludo con la mano indicándole el asiento que tengo frente a mí.

—¡Enhorabuena por el puesto! Era de esperar que te llamasen —es lo primero que me dice al sentarse.

—Gracias, la verdad es que en parte debo dártelas a ti. —Él pone cara de extrañeza, y le explico el motivo por el que se lo comento.

—Eso no es así, tú tomaste la iniciativa de enviar por mail el trabajo que hiciste con tanto esmero, y eres el único responsable de tu éxito. No lo olvides —el camarero nos interrumpe para preguntarle a John cual será su pedido, escoge beber una cerveza fría.

Cuando volvemos a quedarnos a solas, le indico que como puede estar seguro de que soy bueno en lo que hago si nunca ha visto un diseño mío.

—Tienes una prima que está muy orgullosa de ti, en cuanto se enteró de que venias a Londres a luchar por tu sueño nos mostró en el grupo de *whatsapp* que tenemos en común algunos de los bocetos que compartiste con ellas por privado —explica, mostrándome una sonrisa que me derrite.

—¡La voy a matar! —exclamo— Seguro que os parecieron horribles.

Me encojo de hombros y agacho la mirada, recuerdo haberle mostrado esas imágenes a mi anterior pareja y me había dicho que le parecían que están muy saturados en adornos, y que los colores que había elegido no casaban entre sí.

—Para nada, a las chicas les encantó, e incluso a nosotros que no tenemos mucho conocimiento de lo que es la moda nos pareció una colección interesante —se inclina hacia delante, y me agarra la mano por encima de la mesa—. Estoy seguro que si le propones a Henry usar uno de esos pantalones de leopardo estaría encantado de llevarlos en un concierto. Eres bueno, y sé que llegarás lejos —me emocionan sus palabras, a parte de mi familia nadie

había confiado en mi talento de esa forma.

—Gracias... —el murmullo que sale de mi es tan débil que ni yo mismo soy capaz de oírlo. Pero el ligero apretón que me da, me indica lo contrario.

—Aquí tiene su cerveza —el camarero regresa posando la botella en la mesa, y mi reacción es similar a la de un gato al que acabasen de asustar; doy un salto en la silla, y me alejo del calor que me da John, todo eso mientras me imagino mil maneras de estrangular al servicial empleado.

Durante la siguiente media hora me dedico a dar detalles sobre las labores que realizo en la empresa, y de lo emocionado que estoy. Él, se limita a escucharme y a preguntar en alguna ocasión qué es algún término que uso, y que no conoce. Todo va bien hasta que de repente el sonido de su móvil consigue que el rostro le cambie por completo.

—¿Va todo bien? —le pregunto curioso al verle ojear los mensajes.

—Sí, es Alex que ya está inquieto por volver a los ensayos.

—No pareces muy entusiasmado con la idea —le indico.

—No es eso, es que creí que podía ser otra persona. —La tristeza que de repente nubla su mirada me perturba.

—Es por esa chica, ¿no es cierto?

—Sí, no sé nada de ella desde hace una semana. Y no puedo hablarlo con mis amigos porque sé que no lo entenderán, creerán que me ha usado, o que ha estado aprovechándose para recoger información del grupo, pero yo sé que no es así —asegura apretando los puños sobre la mesa, a lo que yo reacciono de la misma manera que antes él lo hizo conmigo; sujetándole una de las manos para transmitirle que le apoyo. Aunque el malestar que siento en mi interior no lo comprendo muy bien.

—¿Estás seguro de que puedes confiar en ella?

—Lo estoy —concluye.

—Deberías de decírselo a tus amigos, confesarle lo que ocurre, puede que

tarden en entenderlo, pero sois una familia dudo que no terminen comprendiendo lo que... —titubeo—, lo que sientes por ella.

Por algún motivo me siento consternado al darme cuenta de que John solo podrá ser un buen amigo. Desvío la mirada, incómodo.

—No es tan sencillo —profiere. Y esbozo una sonrisa melancólica al recordar el día que le planté un beso.

—Sí que lo es. Estás enamorado, no hace falta que me lo confieses —realizo un gesto con la mano cuando observo que abre la boca para interrumpirme, y prosigo—, se te nota por como hablas de ella.

John da un sorbo a la cerveza, y se sumerge en sus pensamientos. Pesé a que por mi parte lo tengo claro, creo que él aún no es consciente de sus sentimientos. Me da rabia que lo este pasando mal, sondeo la expresión de su rostro en busca de algún signo que me señale lo que se le está pasando por la mente, pero lo único que soy capaz de cerciorarme es de que esta situación le está haciendo daño.

Tomo la consideración de cambiar de tema, y sin venir a cuento doy un grito señalando los aviones militares que sobrevuelan sobre nuestras cabezas. Me pongo a explicarle que de pequeño soñaba con ser piloto, aunque omito el pequeño detalle de que me imaginaba en la cabina acompañado de un copiloto moreno y de ojos oscuros con el cual me derretía de solo observarle, y con una azafata esbelta y amable...

Creo que fue en esa época cuando empecé a sospechar que me atraían tanto hombres como mujeres, mis fantasías sexuales eran siempre de ese estilo.

—El uniforme te hubiese quedado muy bien —me dice repasándome con la mirada de pies a cabeza.

Me rio, porque no soy el típico hombre musculado y varonil, más bien me considero algo enclenque en comparación del típico estereotipo masculino.

Nos pasamos un buen rato charlando sobre las experiencias nefastas que

hemos tenido. John me confiesa que jamás ha mantenido una relación estable, que lo más cercano que ha estado de eso fue con Dany siendo un chaval, pero que todo se torció.

Por mi parte le comento que en mi caso sí he intentado tener una relación amorosa con distintas parejas, no muchas, pero las suficientes para darme cuenta de que con el tiempo algo fallaba, faltaba algo que no sabría explicar.

El tiempo transcurre con rapidez, y debido al cansancio acumulado de la semana suelto un bostezo que provoca que John revise la hora.

—¡Vaya! Llevamos aquí unas cuatro horas —alude con sorpresa.

—Para mi han sido como cinco minutos —planteo sonriendo. Realizo un ademán para pedir la cuenta, y tengo que insistir en que la pago yo—. Te dije que era una invitación.

—Es verdad, pero a la próxima invito yo —me comenta.

«La próxima...», repito en mi mente.

Al levantarnos de la mesa, me aproximo a él para despedirme. Sin esperarlo, me rodea entre sus brazos, cierro los ojos notando una pequeña punzada en el pecho, pero le correspondo posando las manos en su espalda. Inspiro en profundidad, el olor que desprende es tan agradable...

—Me lo he pasado muy bien, gracias —susurra cerca de mi oído.

—No tienes que darlas, te recuerdo que era para celebrar mi nuevo empleo.

—De todos modos, gracias —insiste, y en un movimiento rápido me da un beso en la mejilla, sin embargo, la comisura de nuestros labios se roza.

Echándonos hacia atrás, nuestras miradas se cruzan. El corazón me late con fuerza, y no dejo de pensar en la posibilidad de volver a robarle otro beso. No obstante, no lo hago, jamás me metería en el medio de una pareja.

Giro sobre mis pies y me alejo.

—Buenas noches, John —le indico sin darle la vuelta.

—Buenas noches, Nate.

De camino al metro, paso por varias fases emocionales; pena, dolor, y tristeza. Más tarde, durante el trayecto al apartamento en el interior del vagón la rabia, y el enfado me consumen. Para cuando llego a casa y me siento en el sofá, mi cabeza solo piensa en él, en John. Es cuando me doy cuenta de que me estoy enamorando.

DANA

Me observo en el espejo mientras Michelle me maquilla antes de salir en antena. Daniel, el redactor jefe, me ha reclamado para que haga una sección de actualidad en el programa en prime time, y así que me centre. Dice que no estoy dando los resultados que la cadena esperaba, y que mi puesto pende de un hilo. En un par de meses mi contrato acaba, y estoy en el punto de mira.

También me ha exigido que le de una exclusiva sobre John, o de alguno de los Slow...

Esa reunión no terminó muy bien, le dije que no hay noticia alguna que dar, que se olvidase de ellos dado que parece que tiene algún tipo de enfermiza obsesión persecutoria.

He tenido que alejarme de John, y no contestarle los mensajes que me ha mandado, he llorado y me he frustrado, pero en este instante es lo mejor para él. Tengo la sensación de que mi queridísima compañera Kassy le está investigando, y si descubren mi relación con él sería algo fatídico.

—Lista, estás preciosa como siempre —me halaga la esteticista guardando en el cinturón los pinceles que ha usado.

—Es gracias a ti que eres una artista —le indico levantándome del asiento.

—Exagerada... —pone los ojos en blanco, y después me sonrío.

Sin embargo, nuestra pequeña burbuja de halagos mutuos, y buen ambiente se rompe por completo con los gritos que lanza Daniel que me llama para que me dirija al plato lo antes posible. Frunzo el ceño revisando la

hora y comprobando que falta veinte minutos para mi sección, no obstante, cuando me dirijo al pasillo me ordena que me apure, que debo dar una noticia de última hora.

—¿Qué noticia? ¡¿Y, dónde tengo el guion para prepararlo? —le insisto.

—No hay tiempo, te saldrá en el *teleprompter*, sal y haz por lo que se te paga —me señala con el dedo, y no me cabe duda que esto es una amenaza.

Giro sobre mis pies, y me dirijo a la zona de grabación. Me coloco en frente de una pantalla con el fondo en verde, el equipo técnico se ocupará de pasar imágenes mientras doy la información. ¡¿Pero, de qué se trata!?

Esto tiene muy mala pinta.

«Y ahora, tras la estupenda crónica de nuestro presentador Samuel Carlton, sobre la votación que se producirá en el senado a final de este mes, pasamos a una de las secciones que más les gusta a nuestros televidentes de la mano de Dana Turner», los técnicos usan un efecto de sonido que emula a los aplausos del público, y me transformo al instante. Levanto el mentón y fijo la mirada en el objetivo de la cámara que me indican por el pinganillo.

—Muchas gracias Shannon, esta noche os vamos a sorprender con la impresionante noticia de uno de los componentes de la famosa banda de rock Slow Death —a medida que voy avanzando en el texto que me muestra el aparato situado debajo de la cámara noto como la sonrisa que tan ensayada tengo va desapareciendo—, se trata de John...

El corazón me golpea con dureza, y la presión que siento en la garganta me deja muda. Las frases siguen moviéndose hasta que se percatan de que no reacciono, consigo leer lo suficiente para que mis ojos se humedezcan, y como si eso fuese poco han frenado el texto mientras me insisten por el auricular que hable, pero no soy capaz de reaccionar.

«John Wells, el rockero por el que tantas féminas han estado detrás se le ha visto en la compañía de un muchacho en actitud cariñosa, tal como muestran las imágenes que ha conseguido el programa en exclusiva», dirijo la

mirada a una de las televisiones y descubro que detrás de mi se ve a John y a Nate tomando algo en la terraza de un local, mientras se ríen. Pasan otra instantánea, y en esta se aprecia como Nate sujeta la mano de John que la tiene colocada encima de la mesa. La última, que ponen me rompe el corazón por completo, se están dando un abrazo de despedida y da la sensación de que se están besando, aunque no se distingue muy bien.

«¡Abre la puta boca y ponte a dar la noticia de una jodida vez o estás despedida!», la coacción a la que intenta someterme mi jefe me cabrea, aspiro por la nariz y pestañeo con fuerza para retener las lagrimas y no perder el control.

—Disculpen, necesitaba admirar en silencio el gran trabajo que han desempeñado nuestro equipo de investigación —retomo con fuerza, y sin mostrar ningún titubeo prosigo—: Como comprobarán con sus propios ojos, estamos ante la buena relación que mantiene John Wells, bajista de la aclamada banda de rock, con la familia de Adabella O’Connell, la mujer de Henry Strom.

Daniel me recrimina por el auricular que debo leer lo que han escrito, que diga el nombre de Nate, y que insinúe su relación amorosa. Pero no le hago caso, me retiro el pinganillo de la oreja para no seguir escuchando las sandeces que me está prodigando, y resisto informando de manera objetiva sobre las imágenes...

O negando lo evidente, que están juntos...

Es posible, pero no voy a hacerle daño soltándole a los lobos y metiendo a Nate en este mundo sin tener culpa alguna. Me estoy muriendo de los celos, y me están dando ganas de ir a buscar a John a su casa para pedirle explicaciones. Hace una semana nos hemos acostado, eso tiene que significar algo. Los mensajes de preocupación que me ha estado mandando no pueden ser mentira, él no es así.

Sin embargo, no dejo de recordar el escudo que ambos tenemos, las

caricias y los besos que nos dimos mientras manteníamos sexo no fueron con la intensidad que me hubiese gustado, los dos estábamos cohibidos. Por mi parte por lo inesperado que fue todo, pese a que intenté centrarme en el momento había algo en mi subconsciente que me gritaba que algo faltaba. Quizás ese algo, nunca se lo pueda otorgar yo, quizás sea Nate el que sea capaz de conseguir que John sea feliz... Quizás...

Siento como una lágrima se desliza por mi mejilla sorprendiéndome en plena exposición, me la limpio con rapidez usando el dorso de la mano, y cierro la noticia diciendo que se están dando un abrazo. Y lo recalco para no dejar duda alguna. Es posible que el resto de cadenas o de la prensa intenten averiguar durante las próximas semanas si es así o no, pero al menos le he dado tiempo a John para que se prepare.

—En definitiva, podemos asegurar que Slow Death esta en su mejor momento musical, y que todos sus componentes mantienen una cercana relación con la familia de la hija del magnate industrial.

Cierro la sección alejándome sin apenas despedirme de la audiencia, y molesta por la encerrona que me ha hecho mi jefe. Me dirijo a mi camerino con la intención de desahogarme a solas, pero me lo encuentro en los pasillos. Tiene cara de estar muy enfadado, y es lógico, le he desobedecido y quitado la oportunidad de que nuestro programa sea el primero en soltar la bomba.

—Dana, creo que ya sabes lo que va a ocurrir... —usa un tono mordaz.

—Antes de que digas nada tengo que decirte que lo que acabas de hacer es lo mas idiota que te he visto realizar en los últimos años. ¡Acaso estás loco! ¡¿Cómo se te ocurre plantear que John Wells es gay?! —Exagero mi actuación interrumpiéndole—. A lo mejor es que pretendes que nos demanden por difamación, o puede que tengas una propuesta de otra cadena y te de lo mismo perder tu puesto de redactor jefe, pero te puedo asegurar que yo no voy a poner el mío en tuis manos por esa ansia de dar una exclusiva que no tiene ni pies ni cabeza.

—Kassy asegura que estuvieron varias horas riéndose, y realizando manitas mientras los siguió. Cree que lo expresaban era tensión sexual, y que cuando los fotografió despidiéndose duraron mucho tiempo abrazados, que el ángulo que tenía no era el mejor, pero piensa que se han besado.

—Cree, piensa, y puede ser... —gesticulo con las manos, y me acerco a Daniel fulminándole con la mirada—. Un periodista jamás da una noticia sin asegurar que lo que va a decir es una certeza, ofrece pruebas, no suposiciones. Ahora dime, ¿vas a despedirme por realizar mi trabajo?

Me cruzo de brazos esperando una respuesta, me estoy arriesgando demasiado.

—No me gusta que me desautoricen delante de todo el equipo, espero que no se vuelva a repetir —indica dándose la vuelta, y mis hombros se relajan cuando compruebo que no regresa a por mi cabeza.

Pero toda la inquietud de perder mi empleo, es poco cuando cruzo la puerta de mi camerino y me derrumbo ante la idea de que he perdido a John, y esta vez para siempre.

21. La polémica

JOHN

Como cada noche antes de irme a dormir le mando un mensaje de buenas noches a Dany con la esperanza de que me conteste, han pasado varios días y aún no he recibido señal alguna por su parte.

Al levantarme reviso el *whatsapp*, y mi ánimo de que esta dinámica cambie se va por el sumidero. Ayer cuando Nate se despidió usando esas mismas palabras, «buenas noches», una fuerza extraña en mi interior me pedía que lo retuviese junto a mí. Y no lo comprendo, no consigo entender mis sentimientos.

Me paso la mañana tocando el bajo en el sótano, mientras escucho una de nuestras maquetas con los cascos puestos. Pese a todo, no paro de romperme la cabeza recordando la voz de mi madre cuando me dijo que era un enfermo. A las pocas horas, coloco de nuevo todo en su sitio y me dirijo al dormitorio para cambiarme de ropa. He llegado a la conclusión de que quizás un poco de ejercicio físico me sea beneficioso para canalizar todo lo que llevo acumulado.

Correr un par de millas, e ir al gimnasio más tarde es una buena idea.

Pero en cuanto salgo a la calle me encuentro con una multitud de periodistas en el arcén. Lo primero que me viene a la mente es que están esperando por Henry, sin embargo, sus preguntas van dirigidas hacia mí.

¡No comprendo nada!

—¿Qué tipo de relación mantiene con el primo de Adabella O'Connell?
—me atosiga un reportero poniéndome el micrófono delante de la cara.

—¿Acaso son algo más que amigos? —pregunta otro con interés.

—¿Es él la razón de que no se le haya conocido ninguna relación

amorosa? —escupe otro entrecerrando los ojos con malicia.

—Sin comentarios —les espeto, mientras avanzo como puedo hacia la casa de mi amigo el batería.

Aporreo la puerta de su hogar, y me abre su mujer, Bella.

Mala idea.

—¡Adabella, Adabella! —chillan su nombre al verla, y tengo que apurarme a entrar en su casa por el nivel de acoso al que están llegando.

—Desalojar inmediatamente la calle o me veré obligada a llamar a la policía para que os echen —inquiérela ella con malestar.

—Estamos en una vía pública, Adabella —contesta con sorna uno de ellos.

—Para usted soy la señora Strom, y ahora, ¡largaos de aquí! —comenta dando un portazo que me deja helado—. Buitres...

Pestañeo ante el humor que acaba de surgirle de la nada, y le pregunto si se ha cambiado el apellido mientras avanzo hacia el salón donde me encuentro con todo el grupo.

—No, pero seguro que ahora tendrán la curiosidad de si es cierto e irán a comprobarlo al registro. Qué se vayan a dar un paseo, ya me tienen harta —dice usando un tono de voz que asustaría a cualquiera.

—¿Qué le pasa a tu mujer? —le murmuro a Henry, sentándome a su lado en el sofá mientras saludo al resto de los presentes.

—El alboroto que han hecho despertó a Neill, y creo que ha sacado las garras de mamá osa —se ríe por lo bajo.

—¿Alguien me puede decir qué ha pasado? ¿Habéis organizado un ensayo sin avisarme? —pregunto.

—¿No te has enterado? —replica Mey, que se asegura de que Peter está entretenido en la mesa de la cocina con Awen. Dirijo la mirada hacia ellos, están jugando con acuarelas, vuelvo a fijarme en la rubia que se acercarse a

mí con el móvil en la mano—. Mira lo que soltó anoche Dana en su programa.

Observo a Dany que entra en el plato sonriendo, lleva puesta una minifalda en beige y una blusa escotada en tono rojo fuego consiguiendo que todos centren la mirada en ella. Es preciosa.

Mis amigos guardan silencio mientras presto atención al video, hasta que Alice susurra por lo bajo: «aquí llega». Frunzo el ceño sin entender a que se refiere, hasta que me percató en que el rostro de Dany se contrae, su sonrisa se evapora por arte de magia. Traga con fuerza en varias ocasiones, y al cabo de un minuto eterno vuelve a hablar.

Las imágenes del encuentro con Nate salen en una pantalla en grande que tiene a su espalda. Sondeo los rostros de mis amigos, Mey y Alex parecen muy enfadados, mientras que Henry, Max y Adam se mantienen expectantes.

Alice y Emilie, cuchichean por lo bajo entre ellas negando con la cabeza.

—Bueno, no es para tanto no es la primera vez que sacan imágenes nuestras sin consentimiento —le quito importancia—, ya se aburrirán con el tiempo.

—¡Pero que coño dices! —expresa la rubia—. Va a por ti, eres su próximo objetivo. Mira la que ha montado —señala con el dedo índice una de las ventanas haciendo alusión a la prensa que está afuera.

—Si fuese a por mi hubiese dicho que Nate es mi pareja, y no lo hizo...

—¿Por qué la defiendes?! —cuestiona Alex elevando el tono—, no me fio de esa mujer y tú tampoco deberías de hacerlo. Es una arpía sin alma que se jactó del sufrimiento de Mey cuando ella estaba hospitalizada, ¿o no te acuerdas de eso?

—Alex tiene razón, no se puede esperar nada bueno de una periodista sensacionalista como ella —interrumpe Adam.

—Eso es cierto —se une Max—, recuerda que fue Dana la que dio la noticia de mi relación con Em.

Cierro los ojos, y aprieto los puños. ¡Ellos no la conocen!

Me levanto de golpe, y me alejo de todos hacia la salida.

—¡John, a dónde vas! —me grita Henry.

—Decidme una cosa —les digo a todos, manteniendo la palma de la mano en el pomo de la puerta—, deduzco que por esa regla de tres todos los *rockeros* son unos drogadictos, que viven la vida al máximo pensando solo en follar a cada segundo.

—Excepto por el tema de las drogas, has acertado conmigo —razona Max. «No puedo con esto», pienso dando la conversación por zanjada.

En cuanto salgo reconozco de inmediato el logotipo del canal para el que trabaja Dany en uno de los micrófonos, dirijo la vista al rostro de la mujer que lo sostiene y me encuentro con que no es ella.

Mantengo el ritmo sin hacer demasiado caso a las preguntas que realizan, hasta que esta mujer dice:

—¡John, una pregunta! ¿Está saliendo con Nate? ¿Es usted homosexual?

Me freno en mitad de la carretera, un coche que circula por el otro carril toca el claxon a modo de protesta, mientras que la veintena de reporteros se mantienen en silencio esperando una respuesta por mi parte.

Medito unos segundos antes de soltarle una barbaridad, y en vez de ir hacia la entrada de mi casa, me dirijo al garaje. Necesito un respiro, y con ellos merodeando cerca no lo tendré.

En cuanto me subo al coche conduzco al único lugar donde sé que no seré juzgado, ni por lo que soy, ni por lo que siento.

Diez minutos más tarde.

—Ay, mi niño. Pasa, no te quedes ahí con esa cara. —Mamá Fuller siempre ha estado ahí para mí, y en este instante la necesito.

De camino a la cocina veo a Charles al que saludo, mientras que su mujer

Martha le murmura que nos deje un rato a solas para charlar. La madre de Adam se sienta en una de las sillas de la mesa, y me indica que me una a ella en la que queda libre a su izquierda.

—¿Cuál es el problema ahora? —directa al grano como siempre.

—Creo que en esta ocasión lo soy yo —le confieso.

Le explico lo que ha sucedido, y que cada vez me está siendo más difícil ocultarles a mis amigos que conozco a Dany. Es más, quiero decírselo porque sé que no quiero perderla. Sin embargo, también le cuento lo perdido que me encuentro con Nate.

—¿Has hablado con ellos? —indaga con astucia.

—Con Dany, lo que se dice hablar no... —contesto acordándome de la última vez que estuve con ella—, y con Nate qué voy a comentarle.

—La verdad —me aconseja sujetándome la mano.

La miro a los ojos dándome cuenta de que luce cansada, ha perdido peso y los años se le acentúan en las pequeñas arrugas que rodean su dulce mirada.

—Es posible que los chicos me odien cuando se lo cuente —le expongo frunciendo el ceño.

—Lo entenderán con el tiempo, pero antes debes aceptar lo que sientes.

—No sé qué decisión debo tomar —admito perdido.

—La única posible —me aprieta la mano, y la intensidad con la que me habla me conmueve.

—¿Y cuál es esa? —cuestiono.

—La que tu corazón te dicte —concluye.

A la noche, metido en la cama no dejo de pensar en todo lo que me ha dicho mamá Fuller, y en lo difícil que será todo a partir de ahora. Porque si mi intuición no me falla, los chicos, incluido yo mismo no estamos preparados para lo que está por venir.

22. Elección

DANA

Hace un mes y medio que John ha dejado de enviarme mensajes, lo echo de menos, no dejo de pensar en él. Comprendo que me odie, y que desde que salieron a la luz las imágenes de la cita que tuvo con Nate me culpe del acoso al que están sometidos ambos.

En todos los programas del corazón, y en las revistas del sector hablan de la pareja del año, dan por hecho su relación menos yo. Dentro de lo que me permite la política de mi canal me ciño a lo que se ve en las instantáneas, que por suerte es poco. Eso me ha traído consecuencias, me han reducido el espacio en antena a quince míseros minutos, para que después salga Kassy en una mesa de debate charlando sobre la vida de los chicos y sus parejas.

Tanto a John como a Nate no se les ha vuelto a pillar a solas en ningún otro encuentro, pero todos los objetivos están atentos al evento al que Slow Death dará dentro de dos días para celebrar el fichaje de Adabella.

Sus abogados han conseguido que el contrato que tenían con Jeremy su antiguo manager se disuelva sin tener que pagarle indemnización, y la discográfica a modo de promoción ha convocado una fiesta para la prensa musical, y un centenar de fans que han adquirido las entradas por sorteo.

Mientras tanto mi pasión por mi profesión va en declive, duermo mal por las noches, y me cuesta levantarme cada mañana. En la redacción no hablo con nadie, soy un zombi que se arrastra por inercia hasta que me sitúo delante de los focos y engaño a todos con una falsa felicidad.

—Tita, ¿*tas tiste*? —me pregunta mi sobrino al que he venido a visitar.

—¿Qué? —Vuelvo en mi realizando una inhalación larga—, no estoy bien.

Ben se abalanza sobre mi y me rodea con sus bracitos, las ganas de llorar

me invaden no dejo de pensar en la mala persona que soy, y que no me merezco el cariño de nadie.

—Peque, que te parece si le haces un dibujo a la tita para alegrarle el día —interviene mi hermano, que ha entrado al salón con dos tazas de café y se sienta a mi lado.

—¡Shi! —grita Ben, que sale disparado hacia su dormitorio.

En cuanto nos quedamos a solas aprovecho para darle un sorbo a la bebida humeante, y suelto una maldición al quemarme la punta de la lengua.

—Se puede saber que te pasa ahora, ¿acaso tienes la menstruación? —me comenta reclinándose en el sofá, mientras me mira de reojo.

—Eres un estúpido, y un machista por soltar un comentario como ese —le espeto.

—Pues ilumíname, porque tienes el alma por los suelos, y eso no es normal en ti.

Le explico como me siento en el trabajo, y también como está el tema con John. Le confieso que estoy enamorada de él, y que por ese mismo motivo no me quiero inmiscuir en su relación con Nate.

—Sé que ese chico le gusta, y estoy segura que el grupo lo aceptará, cosa que a mí no.

—No sabia que mi hermana era Teresa de Calcuta —se burla riéndose a mandíbula abierta, y le fulmino con la mirada—. Perdón, pero te das cuenta de que has elegido alejarte sin pensar en que quizás él también sienta algo hacia ti.

—Ha dejado de escribirme, lo mas seguro es que ya me haya olvidado —la tristeza con la que lo digo no es nada en comparación con lo que mi corazón sufre en este momento.

—Por lo que me has contado te estuvo escribiendo varios días después de haberos acostado...

—No debí comentarte eso —murmuro.

—No seas tonta, somos adultos puedo manejar que mi hermana pequeña sea sexualmente activa —me tapo la cara con las palmas de las manos ruborizada.

—Déjalo ya, no hay nada que hacer. Tendré que aprender a olvidarle de nuevo —le indico encogiéndome de hombros.

—Te estas dando por vencida muy pronto, no has hablado con él, no sabes si quiere a ese hombre, ni si quiera te has planteado otras posibilidades —levanto una ceja al escucharle comentar eso.

—¿A qué te refieres con otras posibilidades?

—¿Estás segura de que John ama a ese chico? —inquire, y niego con la cabeza—. Y en el caso de que sea así, ¿estás segura de que él no siente nada por ti?

—¡Ay, no lo sé! —me quejo.

—No te has parado a pensar en que quizás os quiere a los dos —me señala.

—Eso no es posible, no se puede amar a más de una persona —me cruzo de brazos, molesta con la idea.

—¿Quién lo dice; la sociedad, que no es capaz encontrarse su propio ombligo?

—No sé qué consejos de mierda pretendes darme —le indico.

—Solo quiero que seas feliz, que hables con él y no descartes nada. Hay mil tipos de relaciones en este mundo, y no siempre la más convencional es la idónea para todos.

Estupendo, tú eres Teresa de Calcuta, y tu hermano es Mahatma Gandhi.

—No pienso convertirme en la otra que mira hacia un lado negando lo que hace mi pareja —frunzo el ceño, esta conversación va por mal camino.

—¡Claro que no! Me refiero a que lo que esta sobre la mesa no es lo que

sientes, eso ya lo sabes.

—¡Entonces a qué te refieres, háblame sin tapujos ni adornos!

—Habla con él, eso es lo primero que debes hacer.

—¡¿Y qué hago cuando me diga que no soy lo suficiente para hacerle feliz?! ¿Qué hago cuando mire a Nate con deseo? —La garganta se me cierra y las lágrimas se me acumulan en los ojos—. ¿Hacer como que no me doy cuenta? Te recuerdo que es el primo de la mujer de uno de sus mejores amigos, lo verá continuamente, en reuniones, cumpleaños. Sin olvidar que nadie de sus amigos me querrá ver ni en pintura.

—Si eso llega a ocurrir, tendrás que escoger —mi hermano me acaricia la espalda, y rompo a llorar dejándome caer entre sus brazos—, todos tenemos la capacidad de elegir, eres libre de vivir tu vida como deseas. Tienes dos opciones; luchar por él, o rendirte. Las personas que te quieren jamás te juzgarán por ello, yo no lo haré.

A la noche llego a mi apartamento y miro a mi alrededor observando la cocina de reajo mientras paso de refilón hacia la salita. Llevo sin fregar los platos una semana, y dentro de poco me quedaré sin vasos limpios para beber, pero no tengo animo alguno.

Me dejo caer en el sofá y resoplo, las palabras que Jason me dijo esta tarde se han grabado a fuego en mi mente. Sí, me he desahogado, sin embargo, ahora no dejo de pensar en si el pesado de mi hermano mayor tiene razón y debo luchar.

23. Expuesto

NATE

He pasado de ser un don nadie, a convertirme en un personaje semi-conocido de la prensa rosa. Mis compañeros de trabajo se meten conmigo a mis espaldas creyendo que no me doy cuenta de ello, hablan sobre John, y que conozco al *paparazzi* que nos fotografió porque quiero trepar en la industria textil. Bueno, todos menos dos de mis compis; Rebecca, y Salma que son un cielo.

Tengo un enfado monumental, hoy me he enterado de que han localizado a mi madre por teléfono pidiéndole que realice declaraciones al respecto. Me llamó diez minutos antes de entrar a la empresa, y me ha hecho un tercer grado recriminándome que no le cuento nada desde que me fui.

Le he tenido que explicar que no hay nada que contar, que John es un buen amigo y nada más, aunque no me ha creído mucho. Me conoce muy bien.

Como que te ha parido.

Sabe a la perfección cuando una persona me interesa, y se ha dado cuenta de ello.

Lo peor de todo esto es que mi prima Adabella me ha encargado diseñar los atuendos que llevarán los chicos para el evento que se realiza mañana. Y cuando me tocó tomarle las medidas a él, tuve que marcharme al baño corriendo porque me excite como un adolescente al rozarle la entrepierna.

—¡Nate! —me llama Alice que se apresura en mi dirección—. Algo sucede con la ropa de John.

—¿Qué le pasa?

La discográfica alberga un salón gigantesco en la planta baja, ahí harán el evento. Y desde que mi tío ofreció al grupo celebrar la victoria contra

Jeremy, han estado ocupados con la organización. Han preparado varios de los despachos como si fuesen camerinos, y a mi me ha dejado un pequeño espacio donde he estado diseñando su vestuario.

Por culpa de un imprevisto de fabricación las prendas no han llegado hasta hoy, ¡y ahora Alice me dice esto!

—Creo que no es de su talla —duda encogiéndose de hombros.

—Eso no es posible, ¿dónde está?

—En su camerino, en una hora llega la prensa para la promoción, ¿crees que podrás solucionarlo?

—Eso espero, voy a ver qué ha pasado —le indico con rapidez.

Subo las escaleras esquivando al equipo que se ocupa de la decoración, y avanzo por el pasillo hasta llegar a la entrada del camerino. Golpeo la puerta tres veces, bastante preocupado para ser sincero.

John me permite entrar haciéndose a un lado, y sondeo su cuerpo de pies a cabeza, pero no lleva puesta la ropa.

—¿Dónde están las prendas?

—Allí —me señala una mesa de escritorio, y me aproximo para verificar que anda mal.

Reviso cada remallado meticulosamente, y cuando sostengo la camiseta entre las manos rodeo a John y la sitúo en su espalda para comprobar que, en efecto, las medidas son un tanto más pequeñas de las que pedí.

—¡No puede ser! —grito enfadado—. ¡¿Pero como han podido equivocarse?!

—Nate...

—¡Dios! Y ahora no hay tiempo a que rectifiquen —me vuelvo histérico dando vueltas en círculos sin dejar de mirar la camiseta.

—Nate, quédate quieto un segundo —John me sujeta de los hombros para que deje de moverme, las manos me tiemblan, y la rabia me controla.

—Lo siento, pero no sé como podemos solucionar este fiasco —le indico.

—Pues había pensado salir así —se retira la parte de arriba que lleva puesta, permitiéndome observar sus perfecto abdominales, y sus pectorales tatuados.

La boca se me seca, y la fuerza de mis manos me fallan dejando que caiga al suelo la prenda que hasta hace unos segundos tenía toda mi atención. Siento como mi cuerpo entra en calor, y que mi polla reacciona al instante al contemplarle de esta forma.

Trago saliva con fuerza, y dando un paso al frente le planto un beso en los labios.

—¡Mierda! —me separo de él al darme cuenta de lo que acabo de hacer—. Perdona, yo...

—¿Por qué pides disculpas? —me pregunta acariciándome la mejilla—. A mí me ha gustado.

—Porque sé que estás enamorado de Dana, y no debí haberte besado —me alejo dando pasos hacia atrás con torpeza.

—Nate, espera —me dice avanzando en mi dirección, pero niego con la cabeza y me doy la vuelta para salir lo antes posible y no cagarla más.

Antes de llegar al pomo de la puerta, John me rodea con sus brazos la cintura, Su nariz roza el lóbulo de mi oreja, inspira consiguiendo que un escalofrío recorra mi espalda, y me susurra al oído.

—No es un buen momento, pero quiero que sepas que me gustas —el agarre de sus brazos disminuye. Me quedo petrificado con lo que me acaba de confesar, él reacciona posando su frente en mi espalda, me giro despacio.

—¿Y qué pasa con Dana? —cuestiono, y como se le ocurra decirme que no le importa esa mujer soy capaz de golpearle.

—La amo —dice mirándome a los ojos.

Sin embargo, su mirada me transmite dolor, temor, y angustia.

—Pero me acabas de decir que... —vacilo sin comprender a que punto quiere llegar.

—Sé lo que he dicho, amo a Dany no dejo de pensar en ella, pero también quiero a mis amigos, y ya van a... —contrae la cara como si se guardase para él el mayor secreto del mundo, ladea la cabeza poniendo la mirada en un punto muerto del camerino, y un segundo después prosigue—: mira, sé es que una locura, desde que te conozco no he dejado de creer que era un maldito enfermo por sentir lo que siento.

—¿Qué sientes John? —inquiero, con temor a realizar algún movimiento.

—Me estoy enamorando de ti, y no quiero hacer daño a nadie —los ojos de John se llenan de lágrimas, desde que le conozco nunca o he visto de esta forma, tan abatido y vulnerable.

—No sé qué decirte... —balbuceo, llegando a la conclusión de que declararle mi amor sería algo rastroso en este momento. Lo único que se ocurre es darle un abrazo y reconfortarle.

Nos mantenemos en la misma postura durante unos minutos, hasta que él se mueve. Inclina la cabeza, su boca se aproxima a mis labios a cámara lenta. Cierro los ojos, y nuestros labios se rozan con ternura, una, dos, tres veces...

Se me corta la respiración al notar la erección de John, y que la excitación por mi parte también esta alcanzando cotas insostenibles. Aprieto con fuerza sus hombros, y profundizo el beso usando la lengua, él no se aleja, no me separa.

Perfilo sus bíceps con las palmas de las manos, el corazón me va estallar.

Igual que tus pantalones vaqueros.

Temeroso de como vaya a reaccionar, deslizo una de las manos hasta su abdomen. John me arrima más a su cuerpo agarrándome de la cadera, me ayuda quitarme la camiseta. El corazón golpea con intensidad mi pecho al pasar las yemas de los dedos por el borde del pantalón de John, y cuando llego a la altura de la cremallera él también se anima a hacer lo mismo.

Mete la mano dentro de mi slip de Calvin Klein, y suelto un jadeo cuando con una mano empieza a masturbarme con movimientos ágiles, y con la otra juega con mis testículos. Sube y baja usando un ritmo constante.

Aprieto los dientes al sentir las ganas de correrme, le doy beso con pasión, agitado y sin aliento. Bajándome el pantalón con urgencia, no pienso, solo actúo.

Giro sobre mis pies poniendo las manos en la puerta, y ofreciéndole mi trasero. Empiezo a impacientarme un poco cuando dejo de sentir sus manos en mi cuerpo, miro hacia atrás, le veo que saca de la cartera un preservativo y se lo pone.

Con paso decidido se sitúa a mi espalda, coloca una de sus manos sobre la mía, con la otra acaricia mi entrada con las yemas de los dedos estimulándome más.

—Hazlo —suelto con un hilo de voz.

—Aún no estás preparado... —murmura esparciendo diminutos besos en mi cuello.

Introduce un dedo en mi ano realizando círculos, sin dejar un lapso de tiempo entre caricias, besos o susurros que me dejan borracho de excitación. A continuación, la punta de su miembro se abre paso en mi interior dilatándome con cuidado de no hacerme daño. Cuando su extremidad se asienta completamente dentro de mí, suelto el aire de los pulmones que retenía sin ser consciente de ello.

Balanceando la pelvis empieza a moverse adentro y afuera emprendiendo un vaivén delirante. Al principio me cuesta no pensar en su tamaño, y en las emociones que percibo en cada poro de mi piel. No obstante, eso dura poco tiempo.

El sonido de nuestros gemidos, y tener a John de esta manera puede conmigo. Acorto cada estocada que realiza aproximándome más a él, el ritmo de cada movimiento aumenta en rapidez y siento que en cualquier momento

llegaré al orgasmo.

John me besa la nuca, el sudor recorre mi espalda, desliza la mano hacia mi polla y me masturba al mismo tiempo. A los pocos segundos siento como su cuerpo se extremece y convulsiona, noto cada movimiento en mi interior y eso consigue que mi semen salga disparado a chorros manchando la puerta de madera marrón oscuro de la discográfica de mi tío.

«¡Oh, mierda!», pienso en cuanto me doy cuenta de lo que acaba de suceder.

Recuperando el aliento, John se retira poco a poco dejándome vacío en cuanto termina. Mientras él se quita el condón, yo me subo el slip y el pantalón. Me coloco el resto de la ropa, y busco nervioso algún tipo de papel para limpiar el estropicio que he hecho.

Doy con una caja de ellos encima de una estantería, y voy a por ellos. No me permito mirar a John, tengo miedo de reconocer en su mirada arrepentimiento, o darme cuenta de que lo ha hecho por despecho.

«¡Joder, me acaba de follar después de decirme que está enamorado de una mujer!», exclamo para mis adentros.

—Nate, ¿puedes mirarme?

Tiro en la papelera los restos de mi vergüenza, avanzando dirección a la salida, pero antes de salir al pasillo alzo un segundo la mirada y reúno el valor para decirle:

—Esto no va a salir bien —niego con la cabeza aguantándome las ganas de llorar—, adiós John.

24. Serenidad

JOHN

Paso ambas manos por la cabeza, frustrado. Nate se ha marchado a todo correr, quería decirle tantas cosas, y no me lo ha permitido.

Poniéndome la ropa con rapidez salgo al pasillo buscándole en cada estancia que me queda de camino a las escaleras. Cuando llego al camerino que usa Max me freno de golpe antes de entrar, prefiero llamar a la puerta antes por si acaso está..., mmm, ocupado con Em.

—¿Está Nate aquí? —le pregunto a mi amigo en cuanto me abre.

—Porque cojones iba a estar conmigo —se rasca la mandíbula pensativo—. ¡Joder, joder, joder! ¡Te lo has follado! —exclama exaltado.

—No hace falta que lo pregones a los cuatro vientos —le indico empujándole dentro del camerino mientras cierro a mi espalda la puerta.

—¿Por qué? Estamos en el siglo veintiuno, nadie va a poner el grito en el cielo porque mantengas una relación con un hombre.

—No es tan simple —asevero sentándome en el sofá de dos plazas que hay en una de las esquinas de la habitación.

—Llevo esperando este momento mucho tiempo —murmura acomodándose a mi lado, giro la cabeza sin comprender a qué se refiere y me dice—: ¿Vas a cambiar?

Pongo los ojos en blanco esbozando una sonrisa tenue, debe estar de broma.

—¡Venga contesta!

—No —contesto con firmeza.

—¿Estás dispuesto a que alguien cambie por ti? —me pregunta y él me imita poniendo los ojos en dos finas líneas como solía hacer cada vez que le interrogaba sobre sus dudas hacia Emilie.

—Nunca.

—¿Serías capaz de romper la promesa que le hiciste a Mike? —Niega con la cabeza—. Olvídate de esta, no sirve para ti.

Consigue que suelte una carcajada.

—Déjalo ya Max.

—No, venga que ya terminamos, esta es la última, ¿estás enamorado?

No tengo dudas, lo tengo muy claro.

—Sí, lo estoy.

—¡Pues ya está! ¿Por qué tanto lio?

Me levanto nervioso, y exploto:

—Porque le he dicho que también lo estoy de otra persona. Y puede..., no mejor dicho sé que lo he fastidiado todo.

—¡Hostia! Esto sí que es un bombazo, ¿te has enamorado de dos tíos?

Frunzo el ceño, ¿quién ha dicho que sean dos hombres?

—No, la otra persona es una mujer —omito que se trata de Dany.

—Doble bombazo —eleva la comisura de los labios, usando una media sonrisa que me genera desconfianza, está tramando algo—. ¿La conocemos?

—Eso es lo de menos —le indico evitando mirarle a los ojos—. ¿No has escuchado el momento en el que te dije que amo a dos personas?

—Sí, no estoy sordo. ¿Qué tiene de malo?

—¡¿Qué tiene de malo?! —repito—. No sé, quizás que no vivimos en un harén, ni una comuna, que lo más seguro ninguno de los dos les agrade la idea de que esté con ambos a la vez, que lo más seguro me pidan que escoja y no puedo hacerlo porque... ¡Joder, porque no puedo!

—Vamos a hablar claro —Max se yergue, me mira fijamente a los ojos y avanza en mi dirección usando un tono de voz grave—. Yo no elijo ser quien soy, lo soy y punto. En tu caso también ocurre lo mismo, no puedes escoger una orientación sexual, no es algo a lo que se opta. Amas a dos personas a la vez, y eso es algo que debes aceptar. Es posible que ellos no lo comprendan, que les sea difícil de comprender, que incluso no sean capaces de procesar, pero eso no está en tus manos.

—¿Y qué puedo hacer entonces?

—Ser honesto —concluye.

Esa palabra implica mucho más de lo que él se cree. Me quedo pensativo unos instantes, cuando de pronto llaman a la puerta.

—Es la hora, deja de masturbarte y mueve el culo —le anuncia Alex a Max sin ni siquiera entrar en el camerino.

Max se ríe dándose la vuelta para pillar su guitarra, le indico que voy a por el bajo y él me recuerda que no olvide que siempre podré contar con él para lo que necesite. Asiento con la cabeza, sé que lo dice de corazón.

NATE

Busco a mi prima para informarle que me marchó a casa, la localizo en la zona donde se hará el evento hablando con mi tío, que sostiene entre sus brazos al pequeño Neill. Parece mentira que un hombre como él al que siempre he tenido en estima, y al que he querido tanto me hiciese tanto daño cuando se enteró de mi condición sexual.

—Bella, nos vemos mañana. Ya he terminado por hoy aquí —les interrumpo, pero la pecosa debe notarme algo que de inmediato me sujeta del antebrazo y se disculpa con su padre para así preguntarme:

—¿Te ha pasado algo? ¿Es la prensa otra vez?

—No, los periodistas han dejado de seguirme a casa hace un par de días, continúan esperándome a la salida del trabajo, pero ya sabes que paso bastante de ellos. Es solo que estoy cansado, nada más —me excuso, rogando para que me crea.

No me apetece contarle a nadie el mal de amores que sufro, y dar unas explicaciones a medias. Porque si le digo sobre lo que ha ocurrido entre John y yo hace unos instantes, también tendré que confesarle que justo después de que me dijese que ama a otra persona me acosté con él.

Un acto del cual no me arrepiento, pero que no cambiaré lo que sucede.

Además de que delatarías a Dana, y John nunca te lo perdonaría.

—Bueno, como prefieras. Recuerda que el evento comienza mañana a las seis, y que te necesito cerca.

Le muestro una sonrisa ladeada, lleva angustiada todos estos días debido a la responsabilidad que conlleva ser la nueva manager de Slow Death. Aunque también es cierto que estaba deseando volver a incorporarse al ajetreo diario; organizar las agendas, los eventos, las entrevistas, si olvidarse de las sesiones fotográficas.

—No me necesitas, eres una gran profesional —afirmo, y le doy un pequeño beso en la mejilla—, tienes todo controlado y saldrá todo genial.

—Eso espero —dice dando un suspiro.

—Lo hará —aseguro.

En ese instante, me percato de que a nuestra espalda se está formando mucho alboroto, me giro y compruebo que los chicos han aparecido. Presto atención a John, que tal como me informó va sin camiseta, repaso toda su anatomía con la mirada incluido sus abdominales. Mis ojos viajan por todo su torso llegando a su clavícula, deteniéndose en el hueco de su cuello, para después admirar el ángulo de su mandíbula.

Sigo ascendiendo con la vista, y nuestras miradas se cruzan. Mantengo una aparente fortaleza que no es real, porque por dentro estoy como un flan, no de recordar la sensación de tenerle, aunque fuese por unos minutos, para mí.

Regreso a la realidad, y avanzo hacia la salida. Con cada paso que doy siento una punzada de placer y vacío, me ruborizo y agacho la cabeza imaginándome que todos ven en mi frente un gran cartel que dice: ¡Acabo de follar, y quiero repetir!

Pese a mi delirio, una pequeña parte de mi siente amor/odio hacia John, porque en el fondo sé que nunca más volverá a ocurrir algo tan pasional como lo de hace un rato. Dado que soy consciente que es imposible que de esta locura salga un cuento de Disney con un final feliz para todos.

25. Datos

DANA

Ayer dio lugar el evento de los chicos en la discográfica para celebrar de forma oficial que Adabella es la nueva manager de Slow Death, algo que todos los medios se han hecho eco en los últimos días. En mi sección me tocó retransmitir desde el plato todo, mientras Kassy se desplazó como reportera, tuve que morderme la lengua en más de una ocasión para no quedar en evidencia delante de millones de televidentes.

Por suerte el espectáculo que ofreció el grupo en directo fue magnífico, y no decepcionaron a ningún fan tocando los singles más famosos que tienen hasta la fecha. Además, al final de la noche sorprendieron dando la noticia de que para el próximo año lanzarán un nuevo álbum.

No sé de quien ha sido la idea de avanzar esa información, pero sin duda alguna ha conseguido que el asedio a John y Nate quede en un segundo plano, por el momento al menos.

Ayer durante la emisión en directo de una de las canciones que tocaron me fijé en John, tenía la mirada perdida, y sus ojos transmitían tristeza. Es posible que pocos se hayan fijado en esos detalles, pero sé que algo le sucede. Me encantaría hablar con él y decirle que sigo aquí.

Pues hazlo, lucha por él.

El sonido del metro que se aproxima me devuelve al caos de la hora punta, un señor me empuja para entrar primero en el vagón dándome un codazo que casi me deja sin brazo. Protesto alzando la voz, pero tanto le da.

Me coloco cerca de una de las barras para agarrarme con una mano, dado que todos los asientos están ocupados, y con la otra, retiro el móvil del bolso. Me quedo extasiada releendo los mensajes que nos mandábamos, unos

picantes, otros solo con nuestro día a día, y cuando llego a los últimos los suyos preguntándome si estoy bien.

Como otras tantas veces empiezo a redactar uno, nunca se lo mando, lo borro al recordar que no soy la persona que le conviene a su lado.

Dana: Te debo una disculpa, he vuelto a huir sin darte una explicación. Lo cierto es que no dejo de pensar en ti, las noches se me hacen eternas recordándote. No tienes que contestarme, tan solo quería darte una vez más las buenas noches.

Un nuevo empujón por parte del señor de antes consigue que mi móvil se caiga al suelo.

—¡Podría tener un poco más de cuidado! —me quejo al agacharme para recoger el teléfono entre los pies de la gente.

—Que mal educada es la juventud de hoy en día —bufa el hombre bajándose al andén cuando las puertas se abren.



Cabreada, me percató de que el móvil se ha apagado. Pongo los ojos en blanco esperando a que el sistema se active de nuevo, cuando un anuncio en la pantalla del vagón llama mi atención.

«¿Celos, miedos, secretos? Las parejas de hoy en día no se rigen por las reglas del medievo, pero muchos tardan en entenderlo. ¿No comprendes a tu pareja? ¿Tu relación se ha vuelto monótona y precisa de un empujón? ¿Te gusta alguien, pero no sabes como manejar los sentimientos?»

La chica del comercial habla con seguridad a la cámara, y me hace pensar en cada una de las cuestiones que plantea.

«No lo dudes, pide una consulta y te ayudaré. Soy Tyra Gilbert, tu nueva terapeuta de parejas».

Suelto una pequeña risita, y agacho la mirada para comprobar que el teléfono ha vuelto a la vida. Espero a que el lector de huellas cumpla con su cometido, y después de salir de un túnel, y bajarme en mi estación abro el *whatsapp*.

Dana: Te debo una disculpa, he vuelto a huir sin darte una explicación. Lo cierto es que no dejo de pensar en ti, las noches se me hacen eternas recordándote. No tienes que contestarme, tan solo quería darte una vez más las buenas noches.  

John: Buenas noches, Dany.

«¡Se ha enviado! ¡Lo ha leído, y me ha contestado!», pienso para mí mientras intento recuperar el aliento.

Me dirijo dirección a mi apartamento sin saber qué hacer, ¿le respondo o no? Ahora sí que me vendría bien esa terapeuta del anuncio comercial...

Soy periodista, y antes de dar cualquier paso al frente me gusta manejar la información, y si es posible, conocer lo máximo del tema. Pero en esta situación no sé cuál es la que más se adapta a John y a mí.

Me subo a la cama doblando las piernas para colocar el portátil en una posición cómoda, y deslizo la página web a la que he accedido. Descubro que Tyra Gilbert es una reconocida terapeuta en la red que aconseja a sus lectores sobre su vida amorosa. También que ha abierto recientemente una consulta en el centro de Londres, sin embargo, antes de valorar lo que publica voy al apartado de titulación:

«Soy psicóloga clínica (registrada con el HCPC y BPS en el Reino Unido) titulada en University College London. He trabajado durante dos años como Psicóloga Clínica en el Servicio de Salud Mental de Springfield University Hospital, donde he desempeñado actividades docentes en el Programa de formación de Psicólogos Clínicos. Tengo un Master en Terapia del Comportamiento y amplia experiencia en diagnóstico y tratamiento en el ámbito clínico de adultos, tanto en terapia individual, de pareja como de grupos».

Realizo un mohín sin convencerme del todo, y entro en uno de sus posts para empezar a leer:

Las claves para tener una relación sana:

- *Amar desde la libertad y el respeto.*
- *Comunicar de manera efectiva.*
- *Negociar y plantear soluciones intermedias.*
- *Compartir tiempo con la pareja.*
- *Mimar la relación.*
- *Confiar en el otro.*

Todos buenos consejos, si albergase alguna esperanza de que un futuro con John fuese factible, pero un simple mensaje no garantiza nada.

Continúo leyendo, y al final de esa misma entrada me quedo perpleja al leer las numerosas maneras de mantener una relación: románticas, sexuales, a distancia, monógamas, liberales y, poliamorosas.

Esta última palabra me llama la atención porque la tiene marcada con un enlace a un artículo que trata solo ese tema. Pincho en ella, y mi boca se abre por completo asombrada.

Lo primero que plantea es que el poliamor no es lo mismo que la poligamia, ya que todos los involucrados son conscientes de cómo, dónde y con quién se establecen los límites. Por lo que pone, existen varios tipos:

El poliamor jerárquico consta de una relación primaria y otras que serían secundarias, (no amorosas) lo que hace que las personas involucradas en la relación primaria puedan imponerle vetos a la otra, impidiendo que se involucre románticamente con algunas personas determinadas.

Polifidelidad, aquí las personas involucradas tienen las relaciones íntimas restringidas a un grupo de personas determinado (las formadas por los implicados) y con unos límites muy acotados. Fuera de este círculo, el contacto sexual no está permitido.

—¡Vaya, lo que viene siendo la fidelidad de toda la vida solo que en grupo! —comento a viva voz, para luego acordarme que son las mil de la madrugada y rogar para que mis vecinos no me hayan escuchado.

El último punto no me agrada tanto, va sobre el amor libre; se pueden establecer nuevas relaciones, no hay roles, ni etiquetas.

Me llevo las yemas de los dedos al puente de la nariz, todo esto es demasiada información para procesarla en tan poco tiempo, y además me estoy aventurando a...

¡¿A qué?!

¿De verdad sería capaz de lidiar con algo semejante?

Lo dudo...

Mi subconsciente tiene razón, soy una mujer celosa, y no sé cómo son capaces de durar esas parejas sin volverse locas.

Sin previo aviso una ventana emergente salta en la pantalla principal:

¿Necesitas ayuda?

¡Visítame!

La primera consulta es gratuita.

Dos botones, uno para cancelar y el otro para aceptar. Exhalo con fuerza y me atrevo a intentarlo, mi hermano se romperá en dos cuando le cuente que voy a hacer terapia.

Unos minutos más tarde apago el portátil y la luz, para intentar descansar aunque sean cuatro horas.

26. Evasivas

JOHN

Desde hace una semana hemos comenzado los ensayos con el nuevo material que los chicos han creado en los últimos meses. Alex ha compuesto varias letras, pero tal como apunta él, aún queda mucho trabajo hasta conseguir que suene aceptable.

Como de costumbre estamos reunidos en el sótano de su casa, mientras que el resto de las chicas y mis sobrinos se divierten en la planta superior donde el sonido de los instrumentos no les estorba gracias a la insonorización.

—Creo que esta parte quedaría mejor con la entrada de Henry después del falsete de Alex, ¿qué opináis? —Adam comenta en alto lo que piensa, y todos asentimos.

Max se prepara para iniciar de nuevo desde donde lo hemos dejado cuando nos interrumpe Bella que entra en el sótano con las manos en los oídos.

—Creí que estabais tocando —comenta bajando los brazos—, bueno así es mejor. Me ha llegado un mail un tanto extraño del programa en el que trabaja esa reportera que tanto *amor* le tenéis —nos dice de manera sarcástica.

Dany.

—¿Cómo de extraño? —pregunta Alex acercándose a ella.

—Bastante, me informan de que mañana a la noche darán una noticia importante y que estáis invitados a colaborar en directo si queréis intervenir.

—¿No dice el mail sobre qué va la noticia? —Max cocola en el soporte la guitarra, y Adam le imita.

—No, y dudo que sea para algo bueno. ¿Alguien ha hecho algo que deba saber? —inquire aniquilándonos con la mirada uno a uno.

—A mí no me miréis que estoy siendo un chico bueno —comenta Henry

poniendo morritos mirando hacia su mujer—, ¿a que sí *Álainn*?

Bella entrecierra los ojos observando a Max, y este niega con la cabeza.

Medito sobre la posibilidad de que se hayan enterado del pasado que comparto con Dany, pero eso solo sería posible si ella se lo hubiese contado. Y dudo mucho que lo hiciese. En los últimos días hemos retomado el contacto, es cierto que lo único que nos decimos es «buenas noches», pero si se hubiese enterado de algo importante confío en que me lo habría dicho.

—Bueno, sea como sea estaremos pendientes, avisaré a los abogados por si son necesarios —nuestra nueva manager se da la vuelta y se marcha con el resto de las chicas.

—¡Joder! ¿Es que jamás se cansarán? —dice Adam dejándose caer en el sofá.

—Todo es por culpa de esa arpía, Dana Turner —interviene Alex.

—Eso no lo sabes —le indico frunciendo el ceño.

—Estoy seguro de ello, siempre anda metida en todo lo relacionado con los carroñeros de la prensa rosa —insiste acercándose a la pequeña nevera para sacar un botellín de cerveza.

La rabia me corroe y empiezo a notar que un hormigueo me sube por el vientre. Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que las muelas me crujen. Agacho la mirada, tengo los puños cerrados, me estoy clavo las uñas en las palmas debido a que el resto de mis amigos se han unido al linchamiento de Dany, y no lo soporto.

Giro sobre mis pies, y doy un portazo al salir del sótano. Sin mediar una sola palabra me voy a mi casa, durante el pequeño trayecto me topo con tres *paparazzis* que realizan fotografías desde la acera opuesta. Les ignoro, y entro al garaje.

Me subo a mi coche, y acelero en cuanto me incorporo a la carretera.

Las notificaciones de los mensajes que entran en mi móvil me alerta de que he dejado a los chicos desconcertados, pero no puedo lidiar con esto

ahora, no puedo mantener la calma cuando descalifican a la mujer que amo.

Tardo diez minutos en llegar a la casa de los Fuller, he dejado el coche aparcado en un *parking* cercano, llamo a la puerta y Charles me recibe con una palmada en la espalda.

—Pasa, esta descansando en el sofá —me indica.

—¿Vengo en mal momento?

—No, sabes que eres bienvenido siempre que quieras.

Avanzo hacia el salón y visualizo a mamá Fuller incorporándose para luego mostrarme una sonrisa amable, da unas palmaditas al hueco que tiene a su lado para que me siente. Y lo hago.

—Tienes que dejar de hacer esto John —me comenta ella.

—¿El qué?

—Escudarte en mí. Siempre has sido el más atento a los detalles de todos. —Me sujeta la mano, y retengo las ganas de llorar—. Nunca sacrifiques tu felicidad para evitar un conflicto, sé que quieres con tu alma a los chicos, pero tarde o temprano se enteraran de todo, y es mejor que sea a través de ti.

—No es un buen momento —digo con un nudo en la garganta.

—Nunca lo será, pero te arriesgas a perderles como sigas alargándolo.

Tiene razón, debo hacer algo ya. Asiento con lentitud, y apoyo la espalda en el respaldo con pesadez, esto va a ser difícil para todos.

DANA

Es la tercera consulta que realizo con Tyra. Todo comenzó por curiosidad, y ya llevo media hora sin dejar de hablar por los codos. Su despacho está decorado en tonos suaves, con muebles sencillos, y luz natural que entra desde el gran ventanal que da a la fachada del edificio.

Cuando llegué por primera vez me sorprendió que Tyra fuese tan bajita, y pequeña. Si no fuera por los títulos que están colgados en las paredes,

hubiese pensado que me estaba recibiendo la hija de la psicóloga. ¡Pero no! Es ella, sin tanto maquillaje, y viéndola en persona cambia una barbaridad.

Me reclino en el sofá, y agarro uno de los cojines colocándolo encima de las piernas para después seguir gesticulando con las manos. Cada cuatro frases me fijo que toma notas en su libreta, me pregunta de vez en cuando alguna cosa puntual, pero solo consigue crearme más dudas. Ella se mantiene estoica en su trono, el típico sillón de una plaza que tiene un respaldo alto.

—... Y esa es mi situación, ahora tan solo nos damos las buenas noches, nada de mensajes picantes, ni escapadas furtivas.

—*Aja*... —murmura, y vuelve a anotar algo en la libretita de las narices.

—¿Me vas a decir algo más que *aja*? —le pregunto asqueada.

Tyra me mira a los ojos y cerrando, al fin, la libreta azulada que tantas ganas me ha entrado de lanzar por la ventana. Me dice:

—Dana, dime qué esperas de estas sesiones.

—Pues... No sé, que me ayudes quizás —frunzo el ceño, y retuerzo el cojín.

—¿Estás incomoda? —Niego con la cabeza—. *Okey*, pues entonces háblame un poco de ese chico, Nate.

—¿Qué quieres que te cuente? No le conozco, no sé nada de él, solo que es el primo de la mujer de su amigo, y que es diseñador —los latidos del corazón golpean con fuerza mi pecho, y las palmas de las manos me sudan.

—Ya sabes más de él que de mi última cita... —susurra.

—¿Qué?

—Nada —pestañea con rapidez dándose cuenta del desliz que ha cometido, y rectifica—, que has mostrado bastante interés por él pese a que no lo conoces.

—¡Pero eso es porque a John le gusta ese chico! —exclamo.

—Y tu lo quieres sola para ti, ¿no?

—Sí, bueno... —balbuceo—, pero es lo normal ¿no?

—Para una relación monógama sí, pero no hay reglas escritas a fuego en cuestión de sentimientos. ¿No crees?

—Es posible —agacho la mirada, pensativa.

—¿A qué le temes Dana? —suelta de pronto.

El pecho me sube y baja con rapidez, aprieto las palmas de las manos agarrando con fuerza el cojín, y trago saliva antes de responderle.

—A no ser suficiente para él.

—Los celos que sientes hacia Nate son la proyección que tienes de esa inseguridad con la que luchas constantemente, debes creer en ti y en lo que vales, Dana.

—Pero con él todo le irá mejor, yo solo le traeré problemas.

—Esa decisión no esta en tu mano, contéstame a una pregunta: ¿puedes modificar la personalidad de John?

—No, tampoco quiero hacerlo —le respondo.

—¿Acaso está en tu mano que se enamore de otra persona, bien sea Nate u otro hombre?

¿No iba a ser solo una pregunta?

—Claro que no.

—¿Te molesta que sea de un hombre, y que no haya sido de una mujer? —inquire, y cuando le veo que abre de nuevo la jodida libretita estallo.

—¡No, no lo entiendes! He creído por muchos años que era gay, y cuando me confesó que seguía sintiendo cosas por mí, fue como un *shock*. Comprendo su bisexualidad, lo que no puedo es vivir, ni luchar por un amor con la duda de que soy un obstáculo.

—Te voy a poner una tarea para que la hagas lo antes posible —cierro los parpados unos segundos recuperando el ritmo de la respiración, y cuando los abro de nuevo veo que realiza un par de anotaciones—. Vas a quedar con

John, y dejarás que te diga lo que quiera. Solo escúchale, y diga lo que te diga no...

Frunzo el ceño cuando el teléfono de Tyra suena con varios mensajes seguidos, ella se disculpa y se levanta para mirar el móvil. Pone los ojos en blanco, y se sitúa detrás del escritorio pidiéndome de nuevo perdón por la interrupción.

—Será solo un segundo, se trata de una emergencia —fuerza una sonrisa, y me da la espalda para realizar una llamada.

Aparto el cojín a un lado, y me siento apoyando la espalda mientras espero a que termine cuando de repente mi corazón se salta un latido al oírla:

—¡Leslie! ¡Lo siento, lo siento! ¡Me he dejado el horno de casa encendido y me acaban de llamar los bomberos! —con los ojos desorbitados me quedo en silencio, esperando a que finalice—. Está bien, nos vemos allí.

Termina la llamada, y al darse la vuelta su rostro forma una sonrisa que me deja helada.

—¿To..., todo bien? —cuestiono, pensando que he elegido a una neurótica para que me atienda.

—Sí, la cita de mi amiga... —se retira un mechón de pelo de la cara—, era un código rojo, necesitaba salir de allí y me puso en manos libres —se encoje de hombros como si fuese lo más normal del mundo.

—Vale... —le contesto alargando la primera sílaba.

—Como te decía, deja de romperte la cabeza en situaciones que aun no han sucedido y habla con John. Necesitas esa conversación con urgencia.

Horas más tarde, me atrevo a enviarle un mensaje a John para quedar con él.

John: Me parece bien, ¿quedamos en tu casa?

Medito unos segundos antes de aceptar, y me propongo que solo

quedaremos para charlar. Nada de sexo, ni de flaquezas.

27. Y el mundo gira

JOHN

Subiendo las escaleras del edificio de Dany, voy haciendo memoria recordando las veces que le he dicho que adoraba su sonrisa, las ocasiones que me he quedado oliendo su perfume sin que ella se percatase, y la suavidad de su piel...

Me recibe con la puerta abierta, y me hace un gesto con la mano para que entre apresurándome. Acelero el paso, y cuando ya estoy dentro me fijo en su indumentaria de estar por casa: una camiseta holgada, y un vaquero en tono oscuro.

Ambos nos miramos en silencio, por mi parte es porque no sé como empezar.

Rodeos, y más rodeos...

—Te amo —le espeto de repente.

—¿Qué? —pestañea dando un paso hacia atrás.

—Sé que mis acciones no te lo han demostrado, pero no quiero alejarme de ti. Voy a contarle a los chicos que nos conocemos, y...

—¿Y Nate? —me pregunta y pone un gesto con la cara como si se arrepintiese de mencionarlo.

Avanzo hacia ella, necesito tenerla una vez mas entre mis brazos por si no vuelvo a tener la oportunidad de sentirla cerca de nuevo.

—No, no me toques. Contéstame, habla conmigo —me aleja de ella y siento que su rechazo me parte el corazón en pedazos.

—Nate... él y yo... —dudo en como decirle lo ocurrido.

—Por lo que más quieras no me des detalles que o he pedido, solo quiero que me digas qué significa él para ti —su expresión está matándome, pero

tengo que serle sincero.

—También le amo —espero a que aparezcan los gritos, y los reproches. Sin embargo, ella no reacciona de ningún modo, y eso me asusta—. Dany, yo...

Avanzo hacia ella sin que se de cuenta, y entrelazo nuestras manos. Ruego para que al menos me diga que soy un cabronazo, o que me de una patada en el culo, pero no hace nada.

—¿Él te ama? —Dany agacha la mirada, y escucho como sorbe por la nariz con fuerza. Me desprendo de una de sus manos, y acaricio su mandíbula alentándola a que alce la vista de nuevo.

Ella lo hace con reticencia, y compruebo que está llorando.

—Le dije lo que sentía por él, y también le conté de ti —retiro las lágrimas que se deslizan por sus mejillas, pero estas no dejan de caer—. Por favor, no llores más.

—No puedo evitarlo —dice alejando su rostro de mis manos para limpiarse ella misma.

La reacción que tengo es abrazarla, rodearla entre mis brazos y mitigar el dolor que le estoy causando. Pero en vez de ir a menos, su llanto va en aumento.

No sé qué hacer.

Busco sus ojos inclinándome hacia ella mientras le sujeto la cara con ambas manos, y cuando nuestras miradas se unen reúno el valor para besarla como si el mundo se fuera a acabar.

—No lo he hecho bien, pero no puedo cambiar lo que siento, ni por él ni por ti —le comento depositando pequeños besos por su rostro—. Me encantaría dejar ser el hombre que te escribe buenas noches, para convertirme en el que te da los buenos días cada mañana. Dany, solo sé que no quiero perderte.

—John no sé qué quieres de mí, esto —nos señala a los dos—, esto no es

posible.

—Dany...

—No, no intentes que comprenda y asuma algo semejante en cuestión de segundos. Necesito tiempo —da varios pasos hacia atrás, y me da la espalda—. Será mejor que te marches.

Expulso una bocanada de aire, y no sigo luchando, sabía que la posibilidad de perderla era una realidad. Me voy dejándola herida, y todo por mi culpa.

DANA

Me he pasado la noche llorando, tengo los ojos rojos y los párpados hinchados. Al mínimo estímulo que me emociona vuelvo a derramar lágrimas, y es que, aunque era algo que me imaginaba no es lo mismo pensarlo a que me lo haya dicho John en persona.

Me lavo la cara, y me hecho unas gotas en los ojos para que no me note demasiado el enrojecimiento. Al mirarme de nuevo en el espejo del baño decido que unas gafas de sol serán un buen complemento para hoy.

De camino al metro entro en un bucle de tristeza, dolor ira y furia. Así que llamo a Tyra:

—Buenos días, Dana. ¿Qué tal te ha ido con John?

—Te odio, eres una terapeuta de mierda —le espeto sin contemplaciones.

—Eso significa que has escuchado algo que no te ha agradado, ¿no?

—Me ha dicho que lo ama.

—Aja... ¿algo más?

—¿¡Cómo que si algo más!? —la gente de la calle se me queda mirando como si fuese una loca, pero me da lo mismo, y continúo— ¡Y deja de decir *aja!*

—¿Fue lo único que te dijo que lo amaba? —insiste.

—No, también me dijo que sentía lo mismo por mí, que lo sentía por haber

hecho las cosas mal, y Nate ya lo sabe —el dolor vuelve con dureza, golpea en mi estomago dejándome sin aliento.

—Por lo que me dices no reaccionaste de la manera que él quizá se pensaba. Le va a ser muy duro asimilar que se ha enamorado de una mujer monógama que no contempla otra posibilidad. —Me freno en la mitad de un semáforo, y un coche me reprocha que no puede continuar la circulación. Lo mando a la mierda y continúo caminando dirección a la entrada de la boca del metro.

—¡Eres mi terapeuta o la de él! —le respondo molesta.

—¿Qué es lo que te molesta Dana?

—No puede amar a dos personas a la vez, no puede —mi voz mengua, sin entenderlo.

—¿Por qué?

—¡¿Cómo que por qué?! Pues porque, porque..., ¡porque no!

—No me convence. El, «porque no», es la frase que se le da un padre a su hijo cuando se siente desbordado y no sabe manejar una situación. Dime realmente lo que piensas, y rápido que tengo una consulta en cinco minutos —comenta de manera distraída, y eso consigue que me ponga mucho más histérica.

—No se puede amar a dos personas a la vez, ¿cómo sería nuestra relación? De lunes a miércoles conmigo, de jueves a sábado con él y los domingos un pequeño descanso. —¡Esto es una locura!— Lo peor de todo es que solo quiero decirle que lo quiero sola para mí, que elija entre él y yo, pero sé que no puedo hacer una cosa así.

—¿Por qué?

—Por que con solo la idea de exigirle algo así me duele, sé que es egoísta de mi parte.

—El mundo que nos rodea lo es —medita en voz baja—. Quiero que pienses en una cosa, Me has hablado de que quieres con todo tu corazón a tu

sobrino y a tu hermano. ¿Qué sentirías si te dijese que solo puedes querer a uno? El otro tendrías que dejar de verle, de tratar con él...

—No es lo mismo.

—En la base sí lo es, el amor es amor, da igual que sea de manera romántica, o sentimental. ¿Podrías elegir entre uno para alejarte del otro?

—No... —susurro.

—Dana, no pretendo convencerte, solo quiero que seas capaz de comprender lo que para John sería elegir. Ahora debo dejarte, nos veremos en la sesión del lunes —me cuelga el teléfono, y cada vez estoy más convencida de que sin duda alguna Tyra es... diferente.

Elijo la ropa que voy a usar esta noche en el programa, me han dejado en el *set* varios modelitos para que decida cuál de ellos ponerme. Daniel está muy raro, no deja de sonreír y me ha dicho que hoy debo estar radiante para la sección.

Me decido por un vestido en rojo de gasa que me llega por encima de la rodilla, la textura de la tela es suave, y el escote en forma de uve me recoge el pecho a la perfección.

Salgo al pasillo maldiciendo al inventor de los tacones, y saludo al equipo mientras me preparo para salir en directo. Me sitúo al lado de los técnicos de sonido, esperando la señal cuando se me da por leer las anotaciones que tienen para mi sección.

Agarro los papeles sin dar crédito a lo que ponen, y busco con la mirada dónde se encuentra mi jefe. ¡No puedo dar esta noticia!

—Daniel, ¿qué es esto? —muevo los papeles por delante de su rostro.

—Lo que debes decir.

—No pienso hacerlo, ¿cómo habéis conseguido la información? ¿Está contrastada?

—La ha conseguido Kassy, y sí lo está —la susodicha aparece en mitad de la conversación con una sonrisa victoriosa que me dan ganas de borrarle de un guantazo.

—No podemos hacer público algo así —le suplico.

—Lo haremos, con o sin ti —me reta.

Reviso de nuevo la exclusiva, y pienso en el dolor que le causará a John cuando lo hagan. Y sin pensármelo mucho le digo a Daniel:

—Pues será sin mí, dimito.

Rompo los papeles delante de todo el equipo que se queda boquiabierto, y me marcho. Tengo que avisar a John...

28. Expuestos

NATE

Me siento agotado, hoy mi prima me invitó a ir a su casa porque van a estar todos juntos para ver el programa de televisión en grupo, pero entre lo cansado que estoy y que eso implica volver a ver a John le he dicho que no.

Excusas, y más excusas...

Me preparo un sándwich en la cocina y me voy al salón para encender el televisor. El programa empezará pronto, y según la pecosita hoy Dana dará una noticia sobre Slow Death.

Frunzo el ceño, y reviso la hora. Llaman a la puerta como si quisieran tirarla abajo.

—¡Ya voy, ya voy! —exclamo, y cuando abro mi boca de desencaja.

—Necesito tu ayuda —Dana parece que está sin aliento, da un paso al frente invadiendo mi salón. No deja de dar vueltas y de farfullar sin sentido palabras que no doy entendido.

—Espera un segundo. ¿Qué haces aquí?

«Dime que no viene a pelear como una gata por su hombre...», pienso para mí.

—He dimitido, necesito que vayas a advertirle a John lo que va a pasar. Y necesito que lo hagas ahora —habla con rapidez, sus manos no dejan de temblar.

—¿Has dimitido? —repito sin entender nada en absoluto.

—Mira, sé que esto es raro. Apenas te conozco, pero sé que si John está enamorado de ti es porque eres alguien en quien confía y ahora necesita que estés a su lado. Así que... —dirige su mirada a mis piernas—, ponte un pantalón. Tienes que ir a avisarle.

—¿No vas a arrancarme los ojos con las uñas? —pregunto mientras me acerco al dormitorio para vestirme—. ¿Y qué es eso de que tengo que avisar a John?

Dana, me persigue por el pasillo y bajo su atenta mirada me pongo la ropa. No soy pudoroso, voy con un slip puesto y una camiseta. En la playa enseñé más...

Cuando me informa de lo que el programa quiere soltar, los latidos del corazón dejan de ir a un ritmo normal. La agarro de la mano y tiro de ella para que se apresure. Al llegar a la calle me señala un taxi que nos espera en la acera, y en cuanto nos subimos le doy la dirección de la casa de Henry.

—No creo que me dejen entrar... —murmura negando con la cabeza.

—Ya nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento.

JOHN

Bella baja las escaleras avisándonos de que el pequeño Neill ya se ha quedado dormido, sujeta el *avisabebes* como si se tratase de su hijo. Henry la levanta al vuelo, y le dice lo afortunado que es teniendo a superwoman como su esposa.

Intento alegrarme por ellos, pero no dejo de pensar en Dany, en la conversación que mantuvimos ayer.

—¿Sigues con el mal de amores? —pregunta Max.

—No tengo ganas de hablar —le respondo.

—¡John Wells está enamorado! —grita Henry.

—Y por partida doble —comenta Max al que echo una mirada asesina.

Tanto Adam como Alex empiezan a meterse conmigo, me paso las palmas de las manos por la cara. Alice y Mey comentan entre ellas lo calladito que lo tenía, y Emilie intervino diciendo que no tengo porque ir dando explicaciones de mi vida amorosa.

Todos tienen una opinión al respecto, y hablan de mi como si no estuviese presente.

De repente el teléfono de Bella suena, y se aleja para contestar.

—Nate, deja de chillarme y habla mas despacio —frunzo el ceño—. ¿Cómo que vienes acompañado?

Dirijo la mirada al televisor al escuchar la introducción de la sección de Dany, pero algo no cuadra cuando en vez de enfocar a mi preciosa dama sale la periodista que me increpó en la calle hace algún tiempo.

«Buenas noches, soy Kassy Miller. Y hoy me ocuparé de la sección que más disfrutan del programa».

Noto como la inquietud se forma en mi interior, vuelvo a mirar a Bella que se dirige a la entrada, y me levanto alejándome del resto del grupo. En cuanto abre la puerta los veo.

—¿Qué cojones hace ella aquí?! —exclama Alex a mi espalda.

—Viene conmigo —dice Nate, y en este instante le besaría.

—Yo... Lo siento, pero quería, necesitaba deciros en persona que... —las manos de Dany tiemblan, las retuerce sin parar. Evita mirarme y se centra en los chicos.

—Vete de aquí, no queremos escuchar nada de lo que salga de tu boca —inquieta lleno de rabia Adam.

Una lágrima se desliza por la mejilla de Dany, y me olvido de todo lo que me rodea. Me aproximo a ella, y usando el dorso de la mano se la retiro con dulzura.

—¿Dany, estás bien? —le pregunto al verla en ese estado.

Ella niega, echando una mirada furtiva por encima de mi hombro. Me encoge el corazón verla así, y decido abrazarla reconfortándola.

—¿Dany?! —exclama Alex— ¿Cómo que Dany?

Cierro los ojos, percatándome de que todos están presentes. Le comento a

Nate que no se aparte de ella, él asiente, y me giro para confesar de una vez por todas la verdad.

—John... —Adam ladea la cabeza apretando los puños.

—Estoy enamorado de Dany —miro a Nate, y añado—: Bella, también lo estoy de tu primo.

—¡Hostia puta! —Mey no da crédito a lo que escucha, y espero a que el resto reaccionen.

—¿Has estado engañándonos todo este tiempo? ¿Por qué nos lo has ocultado? —Henry interviene.

—John, necesito contarles... —ella tira de mi camiseta para que le deje hablar.

—Quiero que te marches —Alex le apunta con el dedo.

—Pero, yo... he venido para... —Dany balbucea al ver como Adam avanza en su dirección.

Me interpongo en el medio, y Nate se posiciona a mi lado reforzando una muralla entre ella, y mis amigos.

—¡Te han dicho que te marches! —grita Adam, logrando asustarla. Frunzo el ceño, molesto con él, no debería de tratarla así.

—Chicos... —Alice intenta llamar nuestra atención, pero nadie le hace caso.

—Sácala de aquí ahora, antes de que lo haga yo —me advierte nuestro vocalista.

—Pero es que he venido a deciros en persona lo que van a...

—¡Chicos! —Alice da un grito a pleno pulmón que nos deja atónitos, su rostro esta desencajado. Se deja caer en el sofá, y no dice en tono triste—: ya han dado la noticia.

Rodeando el sofá, observan la pantalla donde se lee:

«Se confirma el diagnostico de cáncer de la señora Fuller. Varios

facultativos han asegurado que se encuentra en fase terminal».

—No puede ser —comenta Max que se va a abrazar a su Ángel.

—Deben de estar bromeando, ¿están de broma no? —inquire Henry.

—Viniste para esto Adam —arremete hacia Dany como un toro—, ¿para vernos así y luego conseguir algún aumento con la exclusiva?

—Me acabo de enterar hoy, y vine a advertiros —le responde ella.

—Déjala en paz Adam, ya la has escuchado se enteró hoy —sujeto a mi amigo por los hombros, y él reacciona apartándome con un movimiento brusco.

—¿La defiendes a ella?!

—La amo Adam, ¿qué es lo que no entiendes?

Mi amigo entrecierra los ojos, me observa con detenimiento, y al poco rato sus facciones cambian.

—Ya lo sabias... —me recrimina en voz baja.

—Llevo tiempo sospechando que le pasaba algo, pero no estaba segu... —no soy capaz de acabar la frase. Recibo un puñetazo en la cara que me deja aturdido unos segundos, me llevo la palma de la mano a la sien y cuando miro la mano compruebo que me ha roto una ceja.

—¡No! —exclaman Alice y Dany a la vez.

—¡Mierda! —Nate se acerca y comprueba mi rostro.

—Márchate con ellos, no quiero volver a verte.

Dolido, sujeto la mano de Nate, y luego la de Dany para salir a la calle. Varios *paparazzis* nos enfocan con los objetivos de las cámaras fotográficas, pero eso ya no tiene importancia.

Mamá Fuller se está muriendo, y con ella se irá Slow Death.

29. Remedio

Dos meses más tarde.

DANA

Los minutos pasan sin percatarme del tiempo. Me encuentro en la consulta de Tyra, donde he estoy poniendo en antecedentes explicándole lo que ha sucedido en las últimas semanas, dado que he estado muy ocupada, y me ha sido imposible acudir a las citas que tenía programadas con ella. En cuanto me vio me ha regañado recordándome lo importante que es la constancia, y en menos de dos minutos ya estaba explicándole todo.

—Todo es por mi culpa —comento tumbada en el sofá, mientras miro al techo.

—¿Te culpas de la enfermedad de esa mujer?

—¡No, claro que no! Me culpo de que John lleve un mes sin hablarse con sus amigos, y que cada vez que va a ver a la madre de Adam ellos le hagan el vacío.

—Así que has estado manteniendo la reacción con él —Tyra realiza una anotación en su libreta—, *mmm*, interesante.

Me quedo pensativa meditando la manera en la que ha dicho la palabra relación y le respondo con una evasiva.

—Solo estoy apoyando a un amigo en una situación difícil —me giro apoyando el codo en el asiento, y uso el puño para posar el mentón.

Tyra consigue que me olvide por completo que estoy en la consulta de un especialista, y a veces logra que me sincere con ella como si hablara con una amiga.

Ya no te acuerdas de mí...

—Y dime, ¿apoyas a John tú sola o de lo contrario Nate también lo hace?

Me incorporo con un movimiento ágil sentándome en el borde del sofá, y la señalo.

—Sé lo que insinúas y te diré que para nada es así.

—Uy, yo no insinúo nada. —Sonríe de manera maliciosa.

—Nate está siendo un cielo de chico, se preocupa de John tanto como yo. Nos vamos turnando para que no se sienta solo.

—¿Por qué pensáis que se sentirá solo? ¿Os ha pedido él que lo hagáis?

—No, pero nos necesita... ambos tenemos la misma impresión sobre lo que le sucede.

—¿Qué es...? —indaga.

—Pensamos que está deprimido —me duele mencionarlo, pero es así.

John casi no come, no sale de su casa a no ser que vaya a ver a la madre de Adam. Ha dejado de tocar, y apenas nos mira a la cara. Nate intenta que sonrío, le cuenta los proyectos que tiene en mente para una nueva colección, pero tampoco interactúa demasiado. Por mi parte he intentado estar a su lado, escucharle si necesitaba desahogarse..., pero tampoco.

—Lógico, tanto Nate como tú estáis preocupados —asiento con la cabeza mientras la escucho—, solo cuidáis de vuestra pareja.

—Así es... Espera, ¡¿qué?! —me levanto como si de un resorte se tratase—. No somos pareja.

—Es cierto, el termino correcto sería llamaros *trieja*, ¿habéis acordado alguna norma de convivencia?

—Tyra, estás muy equivocada. No somos pareja, *trieja*, o como quieras llamarlo.

—¿A no?

—¡No! —exclamo alzando los brazos como si fuese algo evidente.

Mi terapeuta se yergue, deja la libreta en la mesa, y me mira a los ojos.

—¿Nate y tú lo van a ver a diario?

—Sí, pero...

—¿Le comentáis vuestros planes de futuro?

—Sí, pero es que...

—¿Nate y tú habéis hablado sobre el declive de John? —me interrumpe de nuevo, pero en esta ocasión al escucharle decir que John está de esa manera saco las garras.

—¡John no está en declive! ¡Esta triste, pero se pondrá bien! Nos encargaremos de ello —puntualizo, y Tyra me muestra una de sus sonrisas.

—Os, has dicho que os encargareis... Dana, lamento informarte de que estáis en una relación.

—No —me siento de nuevo, y me quedo con la mirada perdida—, no es posible.

—¿Por qué? —Tyra usa un tono de voz forzado, y alzo la vista para observarla mientras le digo:

—No puede ser porque no me gusta Nate —niego un segundo, y rectifico al instante—, a ver no me malinterpretes, el chico esta para comérselo, me cae bien es atento y simpático. Pero no siento por él lo mismo que por John. Además, dudo mucho que él sienta algo por mi, solo tiene ojos para John.

—¿Y eso te molesta?

—Al principio sí, mucho, para qué engañarte. Ahora ya no tanto, me he dado cuenta de que no está en mis manos luchar contra ello.

—Me alegra que hayas llegado a esa conclusión, ahora deja que te ilustre un poco —carraspea y menea un poco los hombros antes de continuar. Un gesto que me hace mucha gracia—: La *trieja* por lo general nace de los procesos afectivos, y no necesariamente de la necesidad sexual, tal como suele creerse. Entre Nate, John, y tú, habéis creado un equilibrio emocional en el que no hay una pareja primaria o una secundaria, sino que vivis, simultáneamente, dos relaciones del mismo nivel en la que la fidelidad es una condición que nace de un acuerdo consensuado por los tres.

—¿Pero, qué dices?

—Aquí, intentando mostrar mis conocimientos, pero no hay manera. —Pone los ojos en blanco, y apuntilla—. Que sigas así, que vas bien.

Entreabro la boca para contestarle de alguna manera sarcástica, e ingeniosa, pero recibo un mensaje con el que no contaba.

Nate: ¿Vas a tardar? Dime que no, por favor.

Lo primero que pienso en que le ha sucedido algo a John, me pongo el abrigo y me despido de Tyra a todo correr.

NATE

No dejo de dar vueltas por la cocina, he abierto la nevera como cinco veces sin sacar nada de ella. John se encuentra en su dormitorio, y no ha salido de él en todo el día. Hoy Dana me comentó que tenía cosas que hacer y que no podría acercarse, pero estoy muy preocupado y al final le he enviado un mensaje.

Doy un salto al sentir el timbre, debe ser ella. Me dirijo a una de las ventanas para asegurarme de ello, y en efecto lo es. Me apresuro en abrirle debido a que varios periodistas, a los que antes consideraba colegas la atosigan con preguntas.

—Pasa —le indico cerrando a su paso.

—¿Está bien? ¿Dónde está? —pregunta revisando la planta baja con la mirada.

—En su dormitorio, no me deja entrar.

—No puede seguir así, se va a enfermar —me comenta en tono preocupado.

—Lo sé, pero qué más podemos hacer, lo hemos intentado todo. Le hemos dado cariño, hemos sido pacientes, le dejamos espacio, y nos ocupamos de que se acuerde de comer...

—En un mismo día ha perdido a su familia, y su vida amorosa se ha expuesto a la luz pública —echa una mirada fugaz a las escaleras que suben a la plata superior, y mientras se quita el abrigo continúa diciendo—: necesita a sus amigos.

—No quieren hablar con él, creo que Max y Henry lo hacen para no hacer sufrir más a Adam, pero Alex. Él es otro asunto, él te odia —hablo con claridad, y sin rodeos.

—Lo sé, y tengo que solucionarlo. No pretendo que las chicas me admitan como una de ellas, ni que los chicos me halaguen cada vez que me vean, pero algo se podrá hacer, ¿no?

—No lo sé, estoy muy perdido.

—Yo también...

Ambos alzamos la mirada dirección al dormitorio, hemos escuchado un ruido fuerte, nos miramos asustados y sin decir una palabra más subimos los escalones de dos en dos.

Empujo la puerta, sorprendentemente no tiene la llave pasada, y podemos acceder. Miramos hacia la cama y la vemos vacía, con miedo a descubrir algo espantoso caminamos con pasos cortos dirección al baño.

Curioseo en la pequeña apertura que ha dejado y lo observo salir de la ducha en todo su esplendor.

—Eh, deja que mire —Dana me aparta para otear ella también, su respiración se corta y la situación me parece surrealista.

—¿Os lo pasáis bien espiándome? —comenta John que nos ha pillado de lleno.

—¿Nos estamos quejando? Por favor, sigue desnudo unos minutos más —me meto con él, y después de muchos días intentando que su animo mejorase conseguimos oír su risa de nuevo.

—Eh, que Nate lo dice en serio —Dana me sorprende con ese comentario.

John sale con una toalla alrededor de la cintura, trago saliva con fuerza y me cuesta disimular la erección que se me ha formado. Echo de menos tontear con él, y...

¡Follar! Dilo cojones, ¡follar!

—Bueno, como veo que te encuentras bien, te dejaré con Nate —Dana le da un beso a John en los labios, es la primera vez que lo hace delante de mí. Ella me mira de reojo, quizás esperando a que me transforme en una loca, pero no lo hago. Por raro que parezca, esa muestra de amor no me incomoda.

—¿Por qué no te quedas? —le indica John.

—Te recuerdo que sigo sin trabajo, y hoy tengo una entrevista en un periódico digital. Así que deseadme suerte, porque no pienso dejar de perseguir mi sueño —el hombre al que amo sonrío contento.

—¿Vas a regresar para perseguir a los famosos por ahí? —le sonsaco.

—No, voy a ejercer mi verdadera profesión, voy a ser periodista —Dana, se acerca a mí y me da un beso en la mejilla—. Cuídalo bien —me susurra.

Quedándome a solas con John, me entran los nervios.

—Nate... —menciona mi nombre, da varios pasos hasta llegar a mi altura—, ¿todo bien?

—Sí —afirmo sobre sus labios.

—Bien —murmura antes de besarme.

30. El adiós

Dos semanas más tarde.

JOHN

Conduzco dirección a Kensington, ayer mamá Fuller expresó su curiosidad por conocer Dany, y me obligó a prometerle que hoy iría a verle con ella.

—No te va a pasar nada —vuelvo a tranquilizarla.

—Y si está su hijo allí y me echa a patadas, seguro que están desando hacerlo —declara, mientras mira el aguacero que está cayendo a través de la ventana.

—Charles me aseguró que se ocuparía para que eso no pasase.

—Es que no sé porque tiene interés en conocerme, ¿seguro que no es para pedirme que me aleje de ti, no?

—Que no...

Entramos en casa de los Fuller, y nos encontramos que están todos allí.

—¿Por qué la has traído? —demanda Adam al ver a Dany.

—Lo ha pedido tu madre, ¿acaso la vas a contradecir? —interviene Charles, que posa la mano en la espalda de ella y le alienta a que le siga al dormitorio de Martha.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto curioso, dado que normalmente se turnan para venir, y así que no se canse con las visitas.

—Hemos venido a darle la noticia a mamá Fuller —sonríe Alex.

—¿Qué noticia?

Mey aparece cruzando la puerta de la cocina, y viene hacia mi corriendo mientras grita:

—¡Estoy embarazada!

—Joder, cuanto me alegro —les felicito.

—Mira, toca —me sujeta la mano y me la coloca encima de su vientre—. Aun es pronto para que se note, estoy de tres meses, pero estoy tan feliz.

—¿Ya habéis ido al medico?

—Sí, me he asegurado de que solo hay uno —se ríe la rubia, alejándose de mi para volver a los brazos de su pareja.

—¿Y qué tal tú con... ellos? —me pregunta Alex.

—Bien, la verdad es que no creí que fuese a darse de una manera tan natural.

—Hay que dejar que fluya amigo..., que fluya... —Henry hace una mala imitación de... a saber a quien esta imitando, pero consigue que todos volvamos a reírnos.

—¿Ya habéis hecho un trio? —Max suelta la sutileza del día.

—Que alguien le dé un ostión —murmuro, y Mey se anima a pegarle un coscorrón en la cabeza.

—¿Qué? Vas a devolvérmela —Mey frota su barriga y pone pucheros de manera graciosa.

Alice y Emilie se incorporan a la reunión, y las saludo de manera afectuosa.

—¿Se lo has dicho ya? —inquieta la mujer de Adam a su amiga.

—No...

—¿A qué esperas? ¿A que nazca el bebé?

—¿Qué ocurre? —le pregunto.

—Que tienes un novio un poquitín pesado —expresa Mey.

—¿Nate?

—¿Acaso te has juntado con otro distinto! —exclama—, pues claro que Nate.

—¿Qué pasa con él?

—No ha dejado de hablarnos de Dana, en cada ocasión que ha tengo la oportunidad. Nos ha contado que dimitió el día que, bueno ese día. También me ha dicho de la faena que le hicieron cuando dio la noticia de mi anterior —realiza una pausa, y se vuelve a tocar el vientre—, de mi otro bebé.

—Mey, no la conocéis. No es tan mala como la habéis imaginado —apunto y miro al resto de los que están atentos a la conversación.

—Dudo mucho que sea una santa —pone los ojos en blanco—, pero tienes razón, y Nate también. La he juzgado sin conocerla, y no he sido la única —entrecierra los ojos y fulmina con la mirada a todos.

Me quedo pensando en las vueltas que da la vida, y en lo frágil que es la vida. Un bebé esta en camino, y mamá Fuller...

No es justo, no lo es.

DANA

Me he sentado en el borde de la cama porque me lo ha pedido al entrar. La señora Fuller ha perdido mucho peso, y se la ve apagada y sin fuerzas. En sus manos arrugadas se le marcan las venas, y en su rostro la luz que años atrás brillaba con vigor hoy no se halla.

—He tenido mejor aspecto, créeme —inicia la conversación y ahora entiendo lo que John comenta; que da la sensación de que te lee la mente.

—Yo no pretendía ofenderla —me disculpo por haberme quedado mirándola fijamente.

—No te preocupes, he pedido que vengas por un motivo —Martha se inclina con dificultad alargando el brazo dirección a la mesita de noche.

Me levanto, y la ayudo a agarrar un pequeño sobre.

—Sé que amas a John, igual que Nate.

—Sí, sé que es una locura y que nadie comprenderá lo que tenemos,

pero...

—Niña, deja que hable —me reprende—. Hacedle feliz, vivid la vida sin pensar en el qué dirán. Olvidaros de los prejuicios, el amor no tiene límites —se pone a toser y me aproximo a ella para ayudarla, pero realiza un esfuerzo y continúa hablando—. No dejes que el miedo te impida vivir, solo tenemos una vida y esta se nos escapa entre las manos sin apenas ser conscientes de ello.

—Le haremos feliz, lo prometo —afirmo con rotundidad.

—Bien, quiero que me hagas un favor —me pasa el sobre—. Te encargo a ti, porque sé que eres una buena comunicadora, que abras esta carta el día que ya no esté con vosotros.

—Pero, yo. ¿Por qué yo?!

—No me rechistes —murmura cerrando los ojos con cansancio.

—Dana —miro hacia atrás, Charles se encuentra debajo del umbral de la puerta—, deja que duerma un poco.

Asiento, pero antes de salir del dormitorio le deposito un beso en la frente a Martha, tengo la extraña sensación de que no volveré a verla.

31. La despedida

NATE

Los funerales son siempre tan tristes y dolorosos, siempre he creído que existían personas que acudían solo para hacer acto de presencia, pero me he sorprendido al saber que Martha quiso evitar eso precisamente. Ella pidió lo que quería para este día, y su marido Charles lo ha cumplido.

Cientos, por no decir miles de jazmines se han esparcido en el jardín trasero de su hogar, hace unas horas la han incinerado, y su marido es el encargado de esparcir sus cenizas aquí, con todas las personas que la amaban presentes.

Su hijo Adam está destrozado, el cáncer le ha arrebatado a su madre, y tardará en superarlo. Alice intenta aparentar fortaleza, pero a ella también se le nota el dolor que siente con la pérdida de su suegra.

Aprieto la mano de John que se encuentra a mi derecha, y compruebo que Dany hace lo mismo desde el otro lado. Hemos aprendido poco a poco a compenetrarnos, a confiar unos en los otros, y a aceptar lo que sentimos.

—Mi *Ceridwen*, madre de nuestro hijo Adam, y una mujer excepcional nos ha dejado —Charles, habla para todos sosteniendo entre sus manos la urna que contiene los restos de su esposa—. Martha, me pidió que hoy no fuese un día triste, ella quería que recordásemos lo feliz que fue, lo feliz que nos hizo...

Al señor Fuller le cuesta continuar, pide disculpas y cesa un pañuelo del bolsillo para sonarse. En ese instante Dany se levanta y le comenta algo que solo él logra escuchar. El padre de Adam termina tomando asiento con el resto de las personas que estamos aquí.

—Pensareis que soy la menos indicada para esto, al menos eso pensé yo cuando marta me lo propuso, pero ella me lo pidió y no he podido negarme

—retira un sobre del bolso, y empieza a leer:

«Mis niños, os quiero tanto. Me he ido sintiendo orgullo, no solo de madre, si no también como una *Deathlady*. Os he visto crecer, y madurar como personas. He sido una mujer que ha sido feliz en su matrimonio, y que ha tenido la suerte de conocer a sus nietos, aunque sé que vendrán más en el futuro.

Adam, la vida tiene momentos duros, pero nunca olvides que también esta lleno de sorpresas, no dejes que tu cabezonería te ciegue. Escucha más a Alice, y deja que ella te ayude a sobrellevar los momentos más difíciles.

Alex, eres un hombre que lucha por lo que quiere, y lo demuestras cada vez que puedes con cada gesto que le demuestras a tú hijo, y en el futuro con tu mujer e hija...»

Mey se ríe en alto comentando que era un secreto, y que nadie lo sabía. Esta esperando una niña, y mamá Fuller lo ha desvelado. Dany se limpia las lágrimas de la cara, y continúa leyendo:

«Max, mi pequeño. No hace falta que te diga que cuides de Emilie, porque sé que lo harás. Y en caso de que alguna vez te pases de la raya, te recuerdo que ahora ella es la que tiene la receta de la tarta de calabaza.

Henry, no sabes la alegría que me dio cuando encontraste a Bella, necesitabas ese empujón que nadie más pudo darte para encontrar la felicidad. Disfrútala porque la mereces, nunca pienses lo contrario.

Y, por último, pero no por ello menos importante para mí, John. Siempre te comportaste como un hermano mayor para todos, tranquilo y cuerdo. Nunca sabrás lo mucho que disfruté viéndote perder la razón por dos personas tan opuestas, y la vez tan similares como lo son Nate y Dana. Cuidaos, sed una piña, y vivid la única vida que tenéis como os plazca.

Os quiero mucho, mis niños».

Dany finaliza doblando la carta con delicadeza sin dejar de llorar, miro a mi alrededor y la gran mayoría están en la misma situación.

—Tengo que daros algo que me dijo que debíais tener —comenta aproximándose con cautela a Adam, dado que por lo de ahora es el único que mantiene la distancia y se niega a conocerla. Dany mete la mano de nuevo el bolso, y cuando la saca de nuevo muestra una púa—: Me dijo que os diese una a cada uno de los Slow, también me comentó que movieseis el culo, que está esperando oír un nuevo tema, que como no os pongáis a ello es capaz de aparecer de la nada, y eso no os gustaría —su hijo suelta una pequeña risa forzada, en medio de las lágrimas que se deslizan por su rostro—. Insistió en que te dijese, que hagas lo que mejor se te da.

—¿El qué? —le pregunta levantando la mirada.

—Toca para ella Magister.

Estiro el cuello para observar la inscripción que tiene la púa, y sonrío.

«Cuando las palabras fallan la música habla».

Epílogo

CHARLES

Ha pasado un año y medio desde que el amor de mi vida nos dejó, y aun tengo la impresión de que en cualquier momento bajará las escaleras a para reunirse conmigo en el salón y tomarnos un té.

Hoy sé que la tengo a mi lado, ella jamás se perdería un concierto de los chicos. Sería la primera en saltar con el primer acorde, y quedarse sin voz con la última estrofa.

—¿Dónde habéis dejado a los niños? —le pregunto a Alice.

—Están en el camerino con Dana, y Mey. Se han quedado dormidos antes de comenzar.

—Voy a verlos, vengo en unos minutos. Que no empiecen sin mí —le guiño un ojo, y ella se ríe.

Saludo al equipo de sonido, que este año lo dirige Emilie, su padre ha elegido que era el momento de dejar volar a su niña y le ha pasado las riendas del oficio sin pestañear.

Avanzo por el *backstage* y en cuanto llego al camerino contemplo a mis nietos: Peter y Awen, como siempre, andan persiguiéndose el uno al otro intentando dejar atrás a Neill que intenta seguir el ritmo de los mayores.

—¿Cómo esta la pequeña? —le consulto a Mey, que mece entre sus brazos a su hija.

—Martha está despertándose porque sus primos, y su hermanito no dejan de jugar a su alrededor —Alex y ella me pidieron permiso para ponerle el nombre de mi esposa, y por supuesto para mí fue un honor que sigan recordándola.

—No seas mala y deja que jueguen... —interviene Dana.

—Ya veras cuando tengas hijos... —Mey agranda lo ojos—, me he convertido en mi madre.

Dana y yo no podemos evitar reírnos.

—No me hables de bebes, tengo a Nate y a John que no dejan de intentar convencerme para formar una familia —indica ella poniendo los ojos en blanco.

—¿No quieres ser madre? —inquiero dudoso de meterme donde nadie me llama.

—Sí, pero alguien muy sabio me dijo una vez que todo llega a su debido tiempo.

—Muy sabia esa persona.

—Y muy querida también —me comenta.

—Voy a volver, no quiero perderme el inicio del *show*.

Regreso por el mismo camino, y me siento en el sitio que me han otorgado para disfrutar del espectáculo. En el momento en el que los focos se encienden, y las pantallas del fondo del escenario se iluminan, la veo.

Su mirada se cruza por un instante con la mía, el brillo de sus ojos me devuelve el aliento, y su sonrisa consigue que todo lo que me rodea deje de existir. De pronto, la luz cegadora de un foco consigue que pestañee, y cuando vuelvo a mirar a la misma zona ya no está.

No importa, a su debido tiempo volveremos a entrelazar nuestras manos. Mientras tanto, como diría mi vida, el espectáculo debe continuar.

Fin